

Calle sin nombre / sin número



Paola Guidelli

PAOLA GUIDELLI

CALLE SIN NOMBRE / SIN NÚMERO

De una conversación con

Giovanna Alessandrini

Traducción al castellano de

Laura Calvo Valdivielso

Cualquier camino es sólo un camino y no es vergonzoso, ni para uno mismo ni para los demás, abandonarlo si así te lo dicta tu corazón...

Observa detalladamente cada uno de los caminos. Ponlos a prueba tantas veces como creas necesario. Luego pregúntate a ti mismo, y sólo a ti mismo, lo siguiente: «¿Tiene corazón este camino?». Si lo tiene, el camino es bueno; si no lo tiene, no sirve para nada.

Carlos Castaneda, *Las enseñanzas de Don Juan*

Dedicado a mi padre, Oliviero,
y a mi tía Valentina.

Prólogo

Ser madre no es sencillo: a veces tampoco lo es ser un buen hijo. Debo admitir que cuando Paola me comentó, hace unos años, la intención de escribir un libro con sus memorias, titubeé no poco, y por varios motivos. Desconocía el planteamiento, parte de los contenidos, y el tono que le quería imprimir al documento. Normalmente las biografías se escriben en edades más avanzadas, pero fui dándome cuenta que esta no era una biografía propiamente dicha, sino un diálogo, un relato, una especie de auto-análisis. Durante el proceso de creación del mismo tuve ocasión de discutir con ella muchas veces - siempre lo hemos hecho, y le expresé más de una vez mis miedos acerca del peligro que entraña este tipo de exploraciones.

Leer este libro ha sido una ocasión para conocer mejor a mi madre, y eso ha aumentado aún más - si cabe, mi respeto hacia ella. Enriquecer nuestra memoria es el objetivo de toda biografía, y ésta lo ha hecho. Pero, al mismo tiempo, el libro tiene otro significado importante: es el relato de una persona que, en un momento determinado de su existencia, resolvió cambiar su paradigma interior, abandonando por completo unas incertidumbres por otras, y eligiendo un camino distinto. No ha sido una vía libre de obstáculos, y tampoco inacabada, y por ello tal relato me parece sumamente admirable y conmovedor.

Los humanos solemos quedarnos con las explicaciones más sencillas y a menudo erróneas, llenando nuestros pensamientos de sesgos cognitivos y de construcciones perniciosas. Lo hacemos por comodidad, y porque reflexionar resulta costoso. Cuando mi madre se enfrentó a su creatividad y a su intuición, teniendo que compaginarlas con un ambiente familiar y social desfavorable, no tuvo más remedio que explorar hipótesis paranormales. La psicología moderna y las neurociencias estaban en pañales, y en la Italia de los años sesenta la divulgación científica no tenía prácticamente arraigo. No había muchos sitios en donde buscar respuestas.

Sin embargo, nunca dejó de preguntarse acerca de su comportamiento. Devoró sin descanso centenares de libros, a cada cual más insatisfactorio, buscando en vano una respuesta que, hoy en día, podría vislumbrarse sin demasiado esfuerzo en manuales de psicología cognitiva. Su curiosidad sólo pudo alimentarse de materiales que contribuyeron a aumentar su confusión, y a desplazar hacia fuera la responsabilidad de sus acciones, a menudo con resultados dolorosos. Jamás intentó aprovecharse de sus dudas y de lo que ella pensó que pudiesen ser "poderes": todo lo que hizo fue para intentar descubrirse a sí misma.

No es fácil pensar acerca de uno mismo. Lo sé como psicólogo y sobre todo como ser humano. El deseo de conocerse ha sido en Paola tan intenso que sólo se ha visto ensombrecido por la capacidad de cambio que demostró más tarde.

Mi formación, como ya he dicho, es la de un psicólogo. Conforme fui aumentando mis conocimientos, me interesé más y más por los pensamientos de mi madre. Al principio chocando, y más tarde discutiendo, le presenté nuevas interpretaciones de sus actos, más plausibles, sin contenidos paranormales que la aprisionaran en estereotipos o en jaulas de conceptos no verificables. Por supuesto, seguimos chocando incluso hoy en día sobre cualquier tema que yo traiga a colación. Estamos hechos así.

Aún así, ella ha sido capaz, por su cuenta, de hacer borrón y cuenta nueva, de cambiar radicalmente de rumbo y renegar de esas interpretaciones pasadas. Como resultado de ese cambio se siente ahora una persona más libre y, posiblemente, más feliz. Ha aceptado su creatividad desbordante y su forma de pensar atrevida, intuitiva y divergente como algo tangible, real y propio de la naturaleza humana.

Sospecho, por la relativa facilidad con la que ha podido liberarse de los miasmas paranormales, que nunca creyó firmemente en esas teorías peregrinas e improbables. Se subió a ellas como

quien necesita atravesar un paraje a lomos de alguna bestia, sin saber que el animal en cuestión no le llevaría a ningún sitio. En cuanto se percató de ello, se bajó y empezó a caminar por su cuenta.

Llámesese como se quiera: biografía, entrevista, relato, informe. El valor de este documento está en la audacia del cambio que en él se describe, y en la autenticidad de una persona que se analiza sin miramientos en busca de respuestas.

Fabrizio Ferri Benedetti

Agradecimientos

Quiero agradecer con todo mi corazón a mi marido, Silvano, y a mis hijos, Fabrizio y Flavio, que me han soportado pacientemente durante todos los meses que he necesitado para terminar el libro. Un agradecimiento muy dulce y sentido a sor Onorina y a Imelde Rasio por haberme enseñado y transmitido el amor y la ética por la profesión de la enfermería, a mis compañeras de colegio y de trabajo allá en Mantua: Anna, Adriana, Carla, Lina, a mi amigo y grandísimo anestesista, el doctor Francesco V., que trabajó con nosotras tantos días y noches y para el que todas nosotras tendremos siempre un pensamiento.

Un agradecimiento especial a Maria Rosa Bosini, amiga y colega allá en Sassuolo, rarísimo ejemplo hoy en día de lo que significa la amistad cuando va más allá del tiempo, las dificultades, los problemas y la distancia, y junto a ella su marido, Carlo Lori.

A ti, Marilena Guerrini, compañera de tantas interminables conversaciones telefónicas en las que entrelazábamos nuestras vivencias en un acuerdo común y tácito de ayuda psicológica. ¿Lo logramos? No lo sé. De todas formas, gracias y un beso...

A Enzo Ferrari va mi pensamiento con estima y respeto por haberme hecho comprender lo que es la voluntad, la terquedad y, en último lugar pero no menos importante, cómo se enfrenta una a un verdadero «Fórmula Uno». Gracias, ingeniero.

Con mucha nostalgia te doy las gracias, profesor Ermete Cuoghi, o sencillamente «profe», tú que has sido mi verdadero gran profesor de inglés, matemáticas, etcétera, no solo para mí sino para muchos, muchos chicos, así como un ejemplo de lo que se puede hacer en la vida a pesar de la enfermedad despiadada. Profe, un gracias es poco, y un mar de gracias todavía menos...

A Valerio Massimo Manfredi y a Marco Guidi por la amistad que me han demostrado en el pasado.

Al coronel Gianfranco Cavallo y a todo el cuerpo de los Carabinieri desearía expresarles mi gratitud por haberme entendido y protegido en tantas ocasiones, como lo han hecho con todas las demás personas con abnegación y sacrificio.

Le agradezco al profesor Vittorino Andreoli el haber resuelto mis dudas, tras haber subido a sus rodillas

pacientemente a dos niños revoltosos como mis hijos en aquel momento.

Mi agradecimiento a todos los profesores italianos, españoles, ingleses, suizos y alemanes que han comprendido, ayudado y creído en las posibilidades de mis hijos. Son y serán recompensados.

A mis amigos Sergio y Nicola les doy las gracias por haberme ayudado a superar el periodo del *Arcobaleno* y otras cosas...

A todas las radios libres desde las que he transmitido mi voz, en momentos para mí muy duros, y que me han dado la sensación de tener millones de amigos virtuales: gracias. Y en particular a Enzo Natali.

A Marco Dieci por haberme escrito, en su momento, una canción hermosísima.

A Angelo Bertoli, quien para mí representó mi primera preciosísima entrevista radiofónica, que le hice en los inicios de su carrera artística.

Al profesor Antonio Mingione le doy mis gracias más sentidas por haberme ayudado a comprender un poco mejor mi

parte «extraña» y recuerdo como empezaba a responder pacientemente mis preguntas diciendo «Doña...»

Al padre Volta, misionero, médico, profesor: gracias por haberme dicho «busca y hallarás, pero cuando halles, será para ti una cruz...». Y así fue...

A Natalia Augias por haberme entendido tan bien en un periodo muy duro.

Y de nuevo gracias a las personas que me han ayudado y me han querido, y pido perdón si, involuntariamente, no he estado a la altura de sus expectativas...

Y por último, gracias, España, tierra de sol y de toreros donde se me ha acogido con una casa, un trabajo, un colegio, tranquilidad y todo lo que mi tierra no me ha dado.

Val més un gust que cent panderos...



Mi primera foto

Aquí estamos, Paola. La grabadora está encendida.

Muy bien. Entonces empecemos. ¿Por dónde empezamos?

Por el principio. Por la infancia y por los recuerdos más lejanos.

No quería echar a andar. Cuando llegó el momento en que los niños empiezan a dar sus primeros pasos, yo hablaba perfectamente, pero me negaba a caminar. Mi madre, preocupada, me llevó a varios médicos y todos la tranquilizaban: «Usted tranquila, señora, la niña está bien, es sólo que no le da la gana andar».

Quizá no estaba tan bien como decían los médicos, porque yo hablaba y hablaba y mientras hablaba me frotaba los pies el uno con el otro hasta despellejármelos, hasta producirme laceraciones. Las mujeres del pueblo murmuraban, se persignaban: «Esta niña tienen unos ojos raros, habla demasiado bien, llévala a la curandera».

Mamá me llevó ante una vieja: «La niña no es normal –dijo la vieja–, morirá pronto».

Mi madre corrió a buscar al cura, mejor dicho, al obispo, para que me bendijese. Él me bendijo y la consoló: «¡Señora, quédese tranquila! Cuando quiera andar, andará».

Monseñor tenía razón. Un día eché a andar.

Pero los problemas no acabaron ahí, sino que surgieron otros nuevos porque tenía muchas dificultades para jugar con los demás niños. Todos me irritaban, pero sobre todo había uno que me ponía furiosa. Era un niño de mi edad. Yo, en el momento culminante de mi encolerizamiento, le mordía un brazo y no soltaba mi presa hasta que el pobrecillo sangraba. Su madre gritaba que ya no podía soportar más que yo mordiese a su hijo, entonces la mía me cogía, me encerraba en casa y yo me quedaba con la nariz pegada al cristal mirando a los niños que jugaban fuera.

Ésa fue mi infancia.

Cuando tenía cuatro años nos cambiamos de casa y la única persona que siempre tenía cerca, que me escuchaba, que

hablaba conmigo y que se sentaba a la mesa a comer conmigo era mi abuelo.

¿Tu madre trabajaba?

No, pero tras mi nacimiento se quedó enseguida embarazada de mi hermana y tuvo una crisis nerviosa, por lo que no estaba en condiciones de cuidar de mí. Me confió a la hermana de mi padre, Valentina, que era madre soltera; su hija se había muerto a los diez años por una apendicitis y mi madre le dijo un día: «Puedes considerar a Paola como tu hija».

Ella me tomó a su cuidado. Fue más que una madre para mí. Era ella la que estaba pendiente de mí, la que me daba de comer, me llevaba de paseo.

¿Entonces por qué dices que estabas sola, si tu tía cuidaba de ti?

No gozaba de la compañía de otros niños. Es cierto que tenía a mi tía, a la que adoraba. Cuando tenía quince años, tía Valentina se convirtió en la dama de compañía de la condesa Lavinia de Casa Saboya (la última descendiente de la familia Pío de Saboya), que vivía en la fortaleza de Castellarano. Tía Valentina le hacía compañía, la llevaba de paseo y llevaba en brazos a su gato, un gato castrado y enorme llamado Gughi. Ése era su

trabajo. Una vez concluido el paseo, estaba libre y entonces se iba a la cocina. Pronto dominó el arte culinario y más tarde me enseñó a cocinar a mí y a mis hermanas.

En el castillo de la condesa aprendió buenas maneras; en sus tiempos la educación no estaba al alcance de las clases populares, la gente normal estudiaba hasta el tercer curso de la escuela elemental; sólo los nobles eran cultos. Hablaba muy bien, leía y tenía interés por todo, y conservó una mente joven hasta el final de su vida.

La hija de la condesa Lavinia tuvo gemelos y, puesto que los nobles no cuidan personalmente de sus hijos, mi tía Valentina se ocupó de los gemelos, además del gato. El padre de los gemelos –que era veterinario– enseñó a mi tía Valentina cómo se crían los niños y ella lo aprendió todo tan bien que posteriormente nos crió a mí y a mis hermanas exactamente como él le había enseñado.

«Bien, Paola, haz esto y luego lo otro. Dentro de pocos días nos vamos a la playa, cambiamos de aires, niñas; hay que tomar el purgante, porque cuando se cambia de aires siempre hay que tomar el purgante.»

Se lo había dicho el veterinario.

En verano, después de haber estado en la playa, nos llevaban a la montaña a una casa de labranza. Tenía una paciencia infinita y para hacer que comiera se inventó un juego, sin saber que precisamente gracias a ese juego desarrollé este talento mío peculiar para percibir la realidad que me rodea en todos sus más mínimos detalles. Detalles tan pequeños que resultan imperceptibles e insignificantes para los demás.

Me gustaba jugar con la grava y ella lo aprovechaba: «Con la sopa, una cucharadita por cada montoncito». Nos sentábamos en el suelo, formábamos un montoncito de grava y me metía una cucharada en la boca. Otro montoncito de grava, otra cucharada, y así hasta el final. Y mientras me daba la cucharada, me hacía observar las florecillas. «Fíjate en el color de esta florecita, ¿ves las distintas tonalidades? Mira la sombra de la hoja.» Y yo lo observaba todo, incluso las piedrecillas más pequeñas, las hormigas. No se me escapaba nada y me detenía por largo tiempo en cada detalle porque no quería que llegase la siguiente cucharada.

Cuando nos metíamos en la cama y había salido la luna, veía las sombras de las hojas de la higuera proyectadas en las paredes de la habitación y tenía miedo. «Paola, ahora tenemos que rezarle al ángel guardián. Ángel de mi guarda, dulce compañía... dilo conmigo y ya verás como el ángel guardián te hace pasar el miedo.»

Después nos contaba cuentos, fábulas y retahílas hasta que nos dormíamos. Siempre nos contaba historias sobre el castillo, la condesa, el gato de la condesa, del criado del castillo que la cortejaba y ella le decía: «Vete, eres un demonio». No nos dejaba ni un instante. Ha sido determinante para mí y una fortuna para mi vida. Me enseñó a estar atenta y a respetar a los demás. Además me transmitió el gusto por tomarme la vida con un poco de sentido del humor.

Mi madre era más brusca, seguro que me quería pero nunca me dio un beso. Me tenía limpiísima y bien vestida, pero sin nada de cariño. Para ella sólo existía el deber. No le hecho la culpa, ella es así, es su forma de ser. Ésa era una actitud frecuente entre los de aquella generación. Cuando tuve a mis hijos siempre les estaba acariciando, besando, y ella me decía: «Pero qué tocas tanto, déjales tranquilos».

He tenido suerte de tener a mi tía, que había aprendido una cultura distinta, más amable.

¿Ella también sabía de tus experiencias?

Todo. Ella lo sabía todo. «Ten paciencia –me decía–, reza, ten fe, reza. Haz como yo, todos los días rezo por vosotros y me quedo aquí haciéndolo porque no puedo hacer otra cosa.»



La Tía Valentina

¿Y ella cómo se explicaba estas capacidades tuyas?

Como algo natural. Ella era la típica figura materna que siempre te escucha, que nunca te juzga y que no hace más que apoyarte. Cuando murió yo estaba aquí, en España, no pude marcharme, no la vi. Desde que estoy aquí, he viajado a Italia sólo una vez, hace tres años, dos meses antes de que muriese. Como si me hubiese esperado.

Fue mi confidente, mi amiga, mi madre, mi niñera, mi maestra. Mi madre no quería que la ayudase en la cocina. «Fuera de aquí, que te ensucias. ¡Vete!» En cambio ella me decía: «Ven aquí». Me ponía el delantal, cogía un paquetito, yo me subía y amasaba la harina.

¿Y tu abuelo, en cambio?

Mi abuelo Ildebrando era un auténtico «alemán». Hace varios siglos, en aquella zona, hubo un asentamiento de gente que venía del Norte. Eran soldados de fortuna que combatían contra los españoles. Muchos de ellos eran germánicos. No excluyo que mi familia descienda de ellos.

Mi abuelo y mi tía han sido las personas más importantes de mi infancia. No tengo recuerdos de otros niños o de juegos, nunca he jugado. No sé lo que es jugar. El único juego que tuve fue un diablo rojo. Cuando aún no había cumplido los dos años, mi padre llegó a casa con un regalo para mí: una enciclopedia. Mi madre le dijo que estaba loco. Más tarde, un día me hizo otro regalo; llegó a casa con un muñeco de goma, un diablillo rojo. Aún hoy pienso que he estado luchando toda la vida contra ese demonio, y todavía lo hago. Mi madre cada vez estaba más desconcertada. «Pero bueno, ¿primero la enciclopedia y ahora el demonio?!» Y me arrastró a la iglesia a que me bendijeran. «Nunca se sabe, nunca se sabe.»

En definitiva, he pasado mi infancia entre espantajos, bendiciones y premoniciones.

Para mi primera comunión me regalaron un muñeco, pero mi madre sólo me dejaba cogerlo dos horas al día para que no se rompiese. Estaba con mi tía, la ayudaba y para mí eso era jugar: yo observaba y aprendía.

¿Y cómo fue el impacto con la escuela, y con las compañeras?

Yo no hablaba. Siempre me quedaba encerrada en mí misma, muda. Estaba a disgusto, ellas no me interesaban. Me interesaba

la maestra, la pizarra, mi pupitre. Me sentía fuera de lugar porque yo veía cosas que los demás no veían.

¿Por ejemplo?

Minucias, cosas pequeñas que ellas no observaban, no notaban y yo sufría en mi fuero interno y me preguntaba: «¿Por qué yo lo veo y ellas no?». Tuve la suerte de tener buenos profesores. Aunque de todas formas, mi primera maestra de vida fue mi tía Valentina. Maestra de dulzura, de sentido del humor, de buen gusto y también de nobleza de espíritu.

Por mi padre he sentido un amor inmenso, aunque él estaba muy ocupado con su trabajo y le veíamos poco.

Se llamaba Oliviero. Nació durante la gran guerra, vivió la segunda guerra mundial y entre una guerra y la otra empezó a desarrollar sus capacidades. Era una persona inteligente, un genio en el verdadero sentido de la palabra; le ponían apodos que hacían referencia a científicos del pasado.

Me explicaba que cuando era niño se sentaba en la acera de enfrente de su casa y hacía construcciones con alambre. En su pueblo vivía un abogado que vivía en una villa hermosísima. Un día, el abogado, mientras paseaba con su mujer, se detuvo a

admirar sus construcciones. «Mira –le dijo a su mujer–, habría que hacer estudiar a estos niños, porque tienen grandes capacidades.» «Déjalo estar –respondió ella–, que ya hay demasiados hijos de pobres que estudian.»

Mi padre siempre recordó esta frase.

Cuando se hizo adulto, diseñó y construyó una máquina de serigrafiar, una máquina que con una redcilla hace dibujos sobre las baldosas de cerámica. La patentó y abrió un taller con un socio, que después se convirtió en una gran empresa. Siempre estaba sumido en sus pensamientos, de manera que mi madre tuvo que arrogarse toda la responsabilidad y el peso de la rutina familiar.

Me transmitió su pasión por la fotografía, tenía una de esas cámaras fotográficas de fuelle y a menudo, los domingos, nos llevaba a visitar los castillos de Emilia Romagna. Era un enamorado de los castillos, de todo lo que fuese antiguo e histórico.

Lo único que siempre me reprochaba era que no tuviese conciencia política. «Tienes que aprender a tener más conciencia política», me decía.



Mis padres

También él me acostumbró a observar los detalles. Me ponía sobre sus rodillas, abría el periódico y me enseñaba la fotografía de un partido de fútbol. «Si encuentras la pelota, te doy un besito.» La fotografía estaba en blanco y negro, grande y tan desenfocada que no se veía nada. No se veía ni siquiera al futbolista. «Encuétrame el balón.» Yo tenía tres o cuatro años, miraba, estudiaba la foto y al final decía: «La pelota está ahí.» «Muy bien, te doy un besito.» Yo quería el besito. Hacía como los animalitos adiestrados con terrones de azúcar. Y así empecé a observar, a observar siempre. Él me enseñaba los artilugios mecánicos, me explicaba cómo funcionaba un mecanismo, por qué giraba; yo era una niña, y unas veces me gustaba, pero otras me aburría.

Tenía un laboratorio difícil de describir, lo llamábamos «el búnker». Nadie podía entrar, excepto su ayudante, al que había escogido porque estaba seguro de que podía fiarse de ese chico y de que nunca le robaría sus secretos. Encerrado en el búnker, estudiaba los prototipos de las máquinas. Dibujaba y experimentaba una y otra vez hasta que la máquina quedaba perfecta. Siempre con ese chico, que trabajó con él toda la vida. Cuando se enfermó de un tumor cerebral, este chico quiso cuidar de él. Nunca le abandonó. Tenía a su mujer, su familia y su trabajo, pero aprovechó los permisos y las noches para estar con él. Le quería mucho y le estaba agradecido porque mi padre le había dado una colocación. Todos le respetaban porque era el ayudante de mi padre.

Después de la primera máquina para la cerámica, produjo atomizadores, esas máquinas que atomizaban la sangre animal y la reducían a polvo. Fabricó máquinas para la Buitoni, la Perugina y la Santi Pasta. También máquinas para la industria farmacéutica. Estábamos en los años cincuenta y aquellas máquinas eran innovadoras, las primeras de su tipo.

En casa tenía su búnker personal: una habitación grande, llena de herramientas, tornillos, destornilladores, hierros, material eléctrico, mecánico, láminas tiradas por todas partes. No se podía pasar. Él siempre estaba encerrado allí dentro.

Recuerdo que un día mi madre me dijo que llevase su orina al hospital para que las analizaran. En aquella época yo trabajaba como voluntaria, tenía unos dieciséis años. Un compañero me dijo: «¿Es tuya la orina, Paola?». «No, es de mi madre.» «Ha dado positivo. Tu madre está embarazada.» Mientras regresaba a casa sentí una gran emoción y me preguntaba: «¿A quién se lo digo primero? ¿A mamá o a papá?». Estuve dándole vueltas y más vueltas, hasta que llegué a casa y tomé una decisión: «Se lo digo a papá». Me asomé a la puerta del búnker y le llamé: «Papá». «¿Qué pasa?» «Te tengo que decir una cosa.» Silencio. «Papá, mamá está embarazada.» «Ah.» Y volvió a sus cosas. «Papá, te he dicho que mamá está embarazada.» «¿Y yo qué tengo que ver?», respondió mientras

buscaba un destornillador. «Pues... ¿si tú no tienes nada que ver, entonces quién...? ¿A quién se lo digo?» «Díselo a ella, ¿no?»

Cuando mi madre dio a luz yo la asistí y vi a mi hermana nacer. Mi padre se quedó en casa porque mamá no quería tenerle allí como un estorbo. «Déjale tranquilo, no le digas nada. Ya le llamaremos luego.» Cuando nació mi hermana le llamé por teléfono y le dije que había nacido una niña. «Ah, ¿ya ha nacido? Ah, muy bien.» Llegó al hospital y se quedó parado en la puerta de la habitación y yo tuve que empujarle dentro. Miró a mi madre y le preguntó: «¿Cómo estás?». «Estoy bien, acabo de dar a luz.» «Ah, muy bien, entonces me vuelvo a casa.» Siempre se sentía fuera de lugar. Para él sólo existía el búnker. Pero con la niña siempre fue muy tierno y ella cuidó de él hasta su muerte. Siempre le estaré agradecida por eso.

En aquella época estaba proyectando una máquina que era la obsesión de su vida. Quería fabricarla a toda costa. Toda la vida ha estado ideando esa máquina. A ratos la dejaba y luego la retomaba: era una idea fija. Se pasaba noches enteras estudiándola. Era una máquina que producía energía aprovechando la fuerza de la gravedad. «Los rusos lo han intentado, pero nadie lo ha conseguido y yo debo hacerlo.» «¿Pero te das cuenta –le decía yo– de lo que estás haciendo?» No, él no se daba cuenta. Para él sólo existía la máquina y nada más. Sólo una vez, como si estuviese pensando en voz alta, me

dijo: «Sí, para la humanidad sería una gran cosa». «Pero yo estoy pensando en ti. Si consiguieses patentarla, ¿qué pasaría?» «¿En qué sentido?» «¡Pero cómo que en qué sentido! Cuando se hacen este tipo de descubrimientos, uno no puede decir simplemente “Ah, qué bien, ahora ya no necesitaremos las centrales nucleares, el gas, etcétera...”. ¿Tú te crees que puedes pisotear así a las multinacionales?» Mi madre me telefoneaba desde Italia: «Está siempre igual, con esa máquina, siempre igual». Le veía cada vez más obsesionado. Un día, sonó el teléfono. «Soy papá. ¡He dado en el clavo! La máquina funciona, la he experimentado. ¡Funciona!» Si lo decía, significa que estaba seguro de ello.

En ese momento se desmoronó. Había llegado a la meta, había logrado su objetivo y enfermó. Un tumor en el cerebro había empezado a trabajar. Lo perdió todo. Perdió el sentido de la orientación, el habla, la memoria. Luego dejó de caminar y al final dejó de respirar. Yo insistía: «Papá, tienes que conseguirlo, espérame, que vuelvo a casa». Pero no lo consiguió. Fue un golpe tremendo, porque yo le adoraba. Buscamos enseguida un avión, pero había niebla, heladas y los aeropuertos estaban medio bloqueados. Mi madre nos prohibió meternos en un coche con los niños, las heladas y la niebla. «No, por favor, con uno ya basta. Quédate allí.» Y así no pude acudir al funeral. No volví a ver a mi padre.

Telefoneé a mi amigo periodista de Módena y le pedí que escribiera un artículo en conmemoración suya y más tarde le envié un corazón de flores rojas.

La máquina ya no existe porque él, después del primer prototipo, se había preparado para fabricar el modelo definitivo, pero su cerebro ya no funcionaba bien y se hizo un lío. Fue como si un Dios, algo o alguien hubiese querido que se detuviese allí. Su declive empezó con la máquina prácticamente lista. Y esa máquina era toda su vida, era su meta final, porque más allá no podía ir. Construir una máquina que produce energía a partir de la ley de la gravedad... ¡nada menos! Él decía: «Ya no habrá necesidad de la energía nuclear, del gas, del petróleo».

Mi hijo me explicó después que la máquina de mi padre era una utopía clásica, la del movimiento perpetuo, una cosa imposible desde un punto de vista físico, un sueño.

En la escuela primaria no tenía buenas relaciones con los compañeros, pero mi maestra me protegía y pobre del que se metiese conmigo.

Los años de la escuela media fueron muy difíciles y la dificultad no se debía a las materias de estudio, sino a la sensación de disgusto que tenía hacía mis compañeras. Las consideraba superficiales, nuestras visiones del mundo no eran compatibles, íbamos en direcciones opuestas y yo había elegido ir por mi cuenta. No tenía amigas ni tampoco amigos. Con los profesores había sólo frialdad. La profesora de lengua y literatura no era para nada maternal, pero había notado que tenía problemas de adaptación y durante los exámenes orales me hacía ir al fondo de la clase, con la espalda contra la pared, de manera que mis compañeras no pudieran mirarme. Me pedía que leyese, pero yo abría el libro y me quedaba callada. Toda la clase se quedaba así, sin un solo sonido durante cinco larguísimos minutos. Después me hacía volver a mi pupitre: «Guidelli, un cuatro».

Y así continuó la cosa durante meses. Al final, la situación se desbloqueó, empecé a hablar, ya cansada de la ristra de cuatros.

Inicié el primer año del liceo científico ya no en Sassuolo, sino en Módena, y todo fue distinto. No me callaba nunca, yo era la traviesa de la clase y fastidiaba a todo el mundo. Me presenté con arrojo desafiante y me gané el apodo de «Calimero, pollito negro» por mi estatura, mi presunción y el color de mi cabello. Estaba decidida a no volver a permanecer callada o quieta. Llegué incluso a las manos con los compañeros. Un día me subí a un pupitre para pelearme con un compañero que era el doble de grande que yo. Mientras tenía lugar esta pelea llegó el director y tiró de las orejas al chico, riñéndole porque estaba molestando a una «pobre niña». Me había hecho muy revoltosa, pero en casa nadie sabía nada. Ninguna pregunta, ningún diálogo; pero mi malestar estaba todavía ahí, escondido tras mi inquietud.

Tenía ganas de hacer cosas y me parecía que en el colegio no se hacía nada estimulante. Sentía que había nacido para la acción y a pesar de que hasta ese momento había tenido la intención de estudiar medicina, decidí que ya no perdería más tiempo tras los libros. Un día, al final del primer curso en el liceo, bajé al jardín y me acerqué a mi madre: «No quiero seguir en el liceo y no quiero ir a la Universidad. Siento que tengo otro destino, quiero irme de misionera a África». «¿Cómo? ¿Que quieres irte de misionera a África con quince años? ¡Ni hablar del asunto!» «Entonces me voy al hospital a hacerme voluntario y quiero averiguar si puedo hacerlo.»

Recuerdo aquel momento como si fuese hoy. Recuerdo los colores de las flores, la luz. Todavía hoy, cuando veo esas flores, aquel momento decisivo vuelve a mi memoria.

No había nada que hacer, no quise atender a razones. El director médico del hospital de Sassuolo quedó perplejo: «No lo sé, es una menor... ya veremos. Hablaré con la Hermana enfermera».

Había falta de personal, de modo que no fue difícil entrar, puesto que no recibía salario alguno. Mi madre me compró la bata, los zuecos blancos y la cofia de enfermera y así empecé. Me asignaron a la unidad de mujeres y empecé lavando a personas ancianas durante muchas horas al día.

El jefe médico, un hombre alto y austero, llegó a la unidad, me miró y dijo: «Pero qué haces aquí, si eres una niña». «Pues... me gusta.»

Me trataba bien porque era disciplinada, no decía nunca cosas fuera de lugar y callaba cuando había que callar. Siempre estaba impecable, limpia y sin un pelo fuera de lugar, y a él eso le gustaba, quería disciplina y, cuando empezaba a visitar, él siempre me quería a su lado. Había una enfermera más mayor, una de las mejores enfermeras que he conocido,



Hospital civil de Sassuolo 1966

pero estaba un poco gorda y nunca llevaba bien puesto el uniforme y él la detestaba.

Aprendí muchísimo porque allí observaba a todo el mundo; mi maestra fue ella, la enfermera gordezuela con el uniforme siempre mal puesto, y también la Hermana enfermera jefe.

La monja había estudiado enfermería. Todavía recuerdo su rigor y su firmeza. Cuando empecé con ella, alguien me dijo: «Pobrecilla, con la monja esa es para morirse».

Era la más temida en el hospital. No sé si todavía vive o no, pero yo la quiero con todo mi corazón. Me acogió desde el principio con la intención de enseñármelo todo, como hace el maestro artesano con el aprendiz en el taller. Me enseñó a observar al enfermo, cómo tratarle, cómo hablarle. Al principio siempre estaba limpiando los baños y a ella le parecía justo, que había que empezar por abajo.

Y tú, a los quince años, no pensaste nunca: «no, no, mañana no voy»?

No, me gustaba cada día más. Lavaba los baños, vaciaba los orinales y lavaba a las ancianas, y me gustaba. Sentía que

estaba haciendo algo útil. Un día, un médico del equipo pasó a visitar y me vio con la enfermera de turno mientras lavábamos y desinfectábamos toda la habitación. Llamó a la monja. «Sor Onorina, venga a la consulta, tengo que hablar con usted.» Cuando la monja volvió, dijo: «Paola no tiene que hacer más estas cosas, lo ha dicho el doctor». «¿Por qué? –dije yo– Hermana, yo no tengo ningún problema.» «No, el doctor no quiere. Tú no estás aquí para hacer de sirvienta, tienes que aprender otras cosas.»

Empezó a enseñarme a colocar los medicamentos en los armarios con la exactitud necesaria. Cuando, dos años más tarde, empecé a acudir a la escuela de enfermeras, ya sabía muchas cosas. El periodo del voluntariado fue el más intenso de mi vida.

Recuerdo un día estaban tratando a una chica embarazada con pulmonía. Surgieron complicaciones y ella entró en coma. En aquella época los familiares no podían estar junto a un paciente en coma, era la norma entonces. En aquel tiempo, la falta de personal no nos permitía estar cerca de los pacientes en coma excepto en las unidades de reanimación, pero en aquel hospital no existía tal unidad.

La chica estaba embarazada y el marido lloraba porque estaba sola, atada al respirador. También la monja se

disgustaba por la falta de personal, que impedía realizar un control constante. «Yo me quedo», dije. «¿Te ves con ánimo?» «¡Sí!» Estaba con ella todo el día y le cogía la mano. Cuando murió, el marido dijo: «Siento un dolor inmenso por la muerte de mi mujer y del niño, pero me queda el consuelo de pensar que una persona joven como usted la haya acompañado hasta el final. Cuando pienso que no estaba sola, el dolor me hace menos daño».

Para mí hacerlo era normal y natural y tenía quince años. Ahora, al pensarlo, me pregunto cómo podía acompañar a las personas que estaban a punto de morir. A los quince años sólo se piensa en ir a bailar y en los chicos, en salir con las amigas a tomar chocolate caliente. Yo me quedaba junto a ella y le decía: «Vamos, no te mueras».

En mi juventud e ignorancia, le dediqué mil atenciones, intentando interpretar cualquier pequeña señal en mi intento de interrelacionarme con ella positivamente, hallar un contacto. Ella permanecía inerte, no respondía, no hablaba y empecé a preguntarme: «¿Qué es la muerte? ¿Qué es la premuerte? ¿Puede sentir algo? ¿Percibe mi presencia?».

Desde entonces siempre he intentado romper esta barrera de la conciencia. La única respuesta era el soplido del

respirador. Aquel sonido me acompañaría durante muchos años de trabajo.

Aquella fue la primera vez y desde entonces la monja siempre me ha querido mucho. Después de muchos años la busqué para decirle que me había diplomado, que me había casado y que tenía dos niños. Ella se emocionó. «Paola, ya soy muy vieja, pero doy las gracias al Señor por haberme dado esta satisfacción antes de morir.» A mí las monjas me han dado mucho. En mi opinión, ha sido un gran error quitarlas del hospital. Siempre he considerado fundamental el papel de las religiosas. Hacían de colchón entre el personal médico y los familiares. Siempre estaban allí, eran un punto fijo, un placebo, si queremos. Aliviaban el dolor del espíritu mientras los médicos se ocupaban del cuerpo.

¿Nunca volviste a desear estudiar medicina?

No, porque comprendí que el médico no está junto al enfermo continuamente, no puede. Yo quería acompañar al enfermo, y es la enfermera la que está junto a ello.

Tras dos años de voluntariado fui a Bolonia a hacer el examen de admisión a la escuela de enfermeras. Era un examen muy selectivo, pero lo pasé y fui admitida.

Me trasladé a Bolonia, feliz. La directora, que se llamaba Cleopatra, iba siempre con uniforme blanco, abrigo azul y guantes blancos tirando de la correa de un pastor alemán. Con nosotras era una bestia, no el pastor alemán, sino ella. Yo, que estaba acostumbrada a la dulzura de la Hermana, me sentía fatal. Me mandaron a reanimación, en la última planta, con todos los moribundos, y tenía turnos de quince días seguidos de noche y quince de día y aun cuando me tocaba turno de noche tenía que asistir igualmente a clase. Después de quince días ya no sabías si era de día o de noche, ya no te enterabas de nada. Yo ya ni me tenía en pie y en las pocas horas en que podía dormir soñaba con los muertos que me perseguían. Y por si fuera poco, compartía habitación con dos lesbianas y yo, para ellas, era un estorbo. «Pero dónde he ido a parar...», me preguntaba.

Un día que ya no podía más me tomé un tubo de pastillas. Fue una locura, cada vez que lo pienso... Me tomé un tubo entero de analgésicos. Me encontraron en la cama, no sé muy bien cómo, como dormida, pero lo oía todo. Cuando llegó la directora la oí chillar: «¡Ah, la tonta esta! ¡Pero qué ha hecho esta tonta!». Se volvió a mis compañeras de habitación: «¿Qué ha tomado?». «Hemos encontrado esto en el baño.» Y le enseñaron el tubo de analgésicos. «¡Ah, qué idiota!» Me dijo de todo. Mis compañeras preguntaron: «¿Qué hacemos, la llevamos a reanimación?». Yo lo escuchaba todo. Llegó el cura y me recuperé. Después de algunos meses, hice la maleta y

volví a casa. A mis padres, que no sabían nada, les dije que había dejado la escuela porque no me veía capaz de continuar.

Mi padre fue a Bolonia a hablar con la directora. Quería conocer el motivo. «¿Por qué ha dejado la escuela? ¿Acaso va mal?» «Su hija no va mal –respondió ella–. Ha decidido que su vida no está aquí.» La directora comprendió que yo no había dicho nada. Que no había querido decir: «Mira, he intentado suicidarme porque ya no podía más. Porque dormía en una habitación con dos compañeras que me echaban fuera, que dormía poquísimo y no comía nada».

Abandoné la escuela y mi padre me hizo trabajar en la oficina de su empresa. Para mí aquél era un trabajo imposible y tras unos meses, una amiga mía, que también trabajaba con su padre y que también quería ser enfermera, se enteró de que en Mantua había una escuela maravillosa. «Me han hablado muy bien de ella –dijo–, yo quiero ir. Mi padre no quiere, pero yo sí quiero ir. Vamos, provemos.»

Fuimos a Mantua y nos presentamos al examen.

Nos machacaron bastante, pero fuimos admitidas en la escuela. Yo fui y empecé el curso en la Cruz Roja. Ella no, se quedó trabajando con su padre.



Villa Tazio Nuvolari

El primer día la directora nos recibió con un discurso. «Las que sólo piensen en casarse con un médico, que hagan la maleta y se vuelvan a casa.» Luego nos habló de la ética y nos dijo que el enfermo es sólo un enfermo, independientemente de su raza, procedencia etcétera. Allí fue donde empecé de nuevo la escuela, tenía una habitación para mí sola y eso me alegró. Había allí mucha disciplina, pero el ambiente era muy bonito y la directora muy eficiente.

Estábamos en el palacete de Tazio Nuvolari, la propiedad en la que vivió con su familia hasta que sus hijos, los dos con veinte años, murieron. Tazio Nuvolari, en agradecimiento a las enfermeras que les dieron cuidados, donó el palacete a la Cruz Roja.

En la entrada había un registro y nosotras siempre teníamos que anotar la hora de salida y la hora de entrada. Naturalmente, los chicos no podían entrar. Sólo habían admitido a dos chicos en el curso, pero iban a clase y enseguida se marchaban. Pobres de nosotras si algún chico venía a preguntar por nosotras. Pobres de nosotras, y ya estábamos en 1969, 1970. Pero para nosotras no existió el 68. Siempre íbamos con nuestros uniformes y perfectas.

Nos subíamos en grupos a un pequeño autobús que nos llevaba al hospital y luego nos devolvía al pensionado para las

clases. Un día, bajé del autobús y subí las escaleras abriéndome el abrigo y levantándolo por los aires. La directora me vio y me dijo: «Usted, hermana Guidelli, ¿quién se ha creído que es, Vanda Osiris? ¡Abróchese el abrigo! ¿Es así como se comporta una enfermera profesional? ¡Compóngase!». Luego me observó. «¿Y esas cejas? De ahora en adelante no se las vuelva a depilar y venga a dirección para que lo compruebe.»

Comprendieron que yo tenía un carácter un poco rebelde y me dijeron: «A partir de mañana usted hará el servicio en la casa». El servicio en la casa es algo así como el servicio militar. Hice el servicio en la casa, pero las “mujeres”, las cocineras, me cogieron cariño; cuando recogían por la noche me decían: «Hermana (no te podían llamar por tu nombre: las chicas de la Cruz Roja se llaman “hermanas”), Hermana Guidelli, le he guardado un filete».

Después del servicio en la casa me mandaron a reanimación con la Rasio. La Rasio era la enfermera jefe de reanimación y era el coco para todas. La Rasio y yo nos hicimos amigas; nos hemos querido con toda el alma. Una mujer estupenda. Pequeña, menuda, toda fuerza. Ha dedicado su vida a los enfermos.



Hospital Carlo Poma - Mantova

La sala de reanimación era redonda, con una escalera de caracol que bajaba. Debajo estaban las habitaciones de los familiares de los pacientes y encima las habitaciones de recuperación con su correspondiente vigilancia. Desde allí lo controlábamos todo. La Rasio entraba en todas las habitaciones y si veía una mota de polvo, nos llamaba a todos para que diésemos parte. Todo tenía que estar perfecto, y eso era lo correcto; allí había enfermos graves.

El primer día me hizo preparar los tambores de acero que se meten en la autoclave, con las agujas y jeringas que hay que esterilizar. Al día siguiente abrió el tambor, vio las agujas y gritó: «¡Mira lo que has hecho!». «¿No está bien?» «¡No está bien, nooo!» Había puesto todas las agujas juntas y ella me explicó que allí siempre había emergencias y que había que agruparlos según su medida. No había tiempo para mirar y buscar, era preciso abrir y coger inmediatamente lo que se necesitase. «Si pierdes un segundo, pierdes una vida.» Yo lo comprendí, y desde aquel momento nos hicimos amigas. Se convirtió en mi aliada y cuando empecé a hacer las noches como responsable, ella me decía: «Yo me voy a dormir, pero si tienes algún momento de crisis, llámame». No sólo con ella, sino también con otras tres o cuatro compañeras hemos seguido siendo amigas. Después de treinta años todavía nos llamamos.

Así que tenías buena capacidad de relacionarte. En el colegio no estabas bien, pero después has encontrado a las personas adecuadas.

Sí, las que en opinión de los demás eran las peores, las imposibles. De sor Onorina me decía «¡por amor de Dios!». De la Rasio, ya ni hablemos. Y en cambio, esas eran las personas que me entendían.

No sólo con estas personas, sino también con tus compañeras.

Sí, porque había un propósito común, existían pensamientos y experiencias comunes. Sí, después encontré amigas.

¿Cuánto duró la escuela?

Más de dos años, casi tres. Algunas cosas empezaron para mí allí, en reanimación. Al pasar una noche, dos noches, tres noches, dos meses, cuatro meses... empecé a intuir, a ver ciertas cosas.

Pasar las horas allí, en la luz nocturna, todo circular, observar a los enfermos y escuchar toda la noche los respiradores que se activan y ver a todas aquellas personas inmóviles... ésa es la antesala de la muerte.

Los familiares están debajo y tú sientes su desesperación. Sientes su pánico cuando ven a un médico o un enfermero corriendo por la unidad.

Era desgarrador para ellos no poder entrar a reanimación, pero estaba prohibido y yo me preguntaba cómo lo hacían las madres, las esposas para permanecer lejos. Sentía que era necesario que ellos estuvieran junto a los enfermos, que les tocasen. Una mañana entré y me dirigí enseguida a un enfermo para ponerle una vía. Buscaba las venas: en algunos casos las buscas donde puedes, porque todas están rotas. Le buscaba la vena en las manos y los pies. Le toqué el pie pensando: «Pobrecillo». Me detuve un momento para acariciarle el pie y en ese momento le cayó una lágrima. «¿Puedes sentirme? –pregunté–. Tú puedes sentirme, ¿verdad?» No respondió. Un día reuní valor y se lo dije a un médico. «Doctor, estoy segura de que este enfermo puede sentirme.» «Guidelli, ¿cuántas noches lleva? Escucha, vete a casa, a dormir.» «Pero ¿por qué?» «¡Porque no es posible!» «Pero doctor, le cayó una lágrima.» «Es lacrimación espontánea, fisiológica.» «Si usted lo dice... así será.»

Estaba convencida de que ellos oían todo lo que decíamos y sentían lo que hacíamos, pero tuve que callarme porque era una joven alumna, no podía hablar. Sufría mucho en aquella situación porque habría deseado hacer algo.

También con los familiares, si hubiese podido, les habría dejado acercarse a sus enfermos. Ahora, después de tantos años, han comprendido que eso es lo que hay que hacer: estar cerca de los enfermos y hablar con ellos. Hace más de treinta años, más aún, cuarenta, estábamos en el sesenta y nueve, el setenta, todo eso era ciencia ficción. Yo sufría mucho, porque nadie me escuchaba. Era una adelantada a mi tiempo. Siempre he sido una adelantada a mi tiempo. Entonces me decían que estaba loca. Por suerte, había un equipo médico y enfermero extraordinario. Estoy convencida de que salvaron a todos los que podían salvarse.

En la unidad había una pequeña cocina. Había una cocina porque vivíamos allí, no se abandonaba nunca al enfermo. Y como me gustaba cocinar, porque mi tía me había enseñado, los médicos solían preguntar: «¿Cuando está de guardia la Guidelli? Póngame en el mismo turno que la Guidelli, que quiero comer tortellini».

Una noche de julio que estaba de guardia y habíamos comido estaba descansando un momento y me abrí el sobrecuello porque hacía un calor tremendo y me había quitado el velo para airearme la cabeza, que me sudaba mucho tan cubierta. Pasó un enfermero de cirugía, me vio y lo comunicó inmediatamente a la directora. Por la mañana, cuando finalicé mi guardia, la directora me mandó llamar.



Escuela C.R.I. Mantova

«Guidelli, a dirección.» «Dios mío, ¿qué he hecho?» Entré en su despacho. «Anoche la vieron con el uniforme desabrochado e incluso se quitó el velo.» «Sí, tenía calor y estaba en mi descanso.» Me impusieron un castigo.

No obstante esta rígida disciplina, allí me encontraba a gusto. Había camaradería entre nosotras y amor por los enfermos. En cuanto salías de aquella escuela con tu diploma, te contrataban inmediatamente en cualquier hospital. Era una escuela famosa por la calidad de su formación. Nos llamaban «las mujeres de hierro». Todavía sonrío cuando lo pienso. ¡Pero qué hierro ni qué ocho cuartos! Cuanto más pasa el tiempo, más te oxidas. Una se quema fácilmente. El síndrome del *burnout* es como lo llaman. Cuando se está en contacto con la gente durante tantas horas al día y cuando le dedicas al trabajo todos tus recursos y toda tu alma, es fácil consumirse y a veces es difícil encontrar la fuerza para continuar.

¿Cuando tú pasabas las noches junto a enfermos terminales, qué es lo que pensabas, que sentías dentro de ti?

Los primeros tiempos no pensaba en nada, pensaba en hacer bien mi trabajo y en combatir el cansancio y el sueño. Cuando eres joven y tienes veinte años, tienes sueño, necesitas dormir. Acababa mi turno de noche pero después tenía que estudiar y asistir a clase. Por la noche tenía que combatir el sueño. Había

que resistir. Rezaba para que no pasara nada, porque allí de repente podía llegar cualquier cosa. Era como estar en guerra. Cuando aprendí a hacer bien mi trabajo, empecé a pensar en otras cosas.

Y había algo que no me cuadraba. «No es posible que estén allí tumbados junto a un respirador y que no sientan nada.» Estaba atormentadísima y convencida, absolutamente convencida, de que ellos advertían algo. Sí, hay varios grados de coma, con el coma *depassé*, o muerte encefálica, quizá no, pero hay varios grados y yo me daba cuenta de que ellos me sentían cuando les pasaba al lado, cuando les tocaba, que me oían cuando hablaba con ellos. No había reacciones, ni movimientos, no me podían responder. Mi rabia era grande porque tenía que callarme, no podía hablar de ello con nadie, de lo contrario me decían: «Háztelo mirar porque tú no estás bien». Me arriesgaba a no obtener mi diploma. Por no hablar de cuando nos llegaban niños. Cuando ves a un niño te sientes hundida, te sientes una mierda porque no puedes hacer nada. Entonces empecé a no aceptar la muerte y pensaba: «No puede ser que este cuerpo que yo estoy mirando esté quieto, frío, inmóvil, que ya no reaccione. ¿Qué es lo que ha escapado de él, qué es lo que le falta?».

No podía entenderlo. Creo que todos lo que hemos trabajado en sitios como aquel, no podemos resignarnos.

¡Nunca! No puedes acostumbrarte a ello. Cuanto más mayor te haces, eres más hipersensible. No es cierto que realizando ese trabajo te construyes una coraza. Al contrario, aumenta tu sensibilidad. Ves demasiadas cosas y cuando ves demasiadas cosas, empiezas a... alguien que no sabe, no sabe. Es una escuela de vida tan fuerte que todas las que hemos trabajado allí hemos sido chicas de un determinado tipo. También Anna, que era una de mis compañeras, ahora trabaja para rehabilitar a los tóxico dependientes y hace mucho voluntariado, porque ese tipo de experiencias te transforma.

Quizá sois distintas ya desde el principio, porque hacer una elección así a los quince años...

No, allí no te quedas. No, en reanimación no te quedas aunque seas enfermera. Tienes que tener una motivación especial para afrontar un trabajo así. Todavía recuerdo a un anestesista: un día llegó una mujer que había tenido un accidente de tráfico; no puedo describir en qué condiciones había quedado. En efecto, no la describiré. Él estaba allí con la paciente y en un momento determinado se apartó. «No soy capaz, llamad a otro.» Se marchó porque no se veía capaz, no resistía ver lo que estaba viendo.

En aquella época estudiaba inglés con un profesor particular que daba clases a muchos otros chicos. Tenía distrofia muscular y por eso estaba en una silla de ruedas y se ocupaba de todo lo que tenía que ver con su enfermedad. Era una persona de una inteligencia y una humanidad excepcionales. Había formado un grupo de estudiantes que le ayudaban en sus investigaciones y yo era uno de ellos.

¿Estabas con él mientras asistías a la escuela de enfermería?

Yo estudié con él muchos años. Cuando iba al colegio, antes de los estudios de enfermería y más adelante. Trabajábamos en el problema de la distrofia, hacíamos investigaciones, recogíamos datos. En aquellos años la investigación todavía estaba en sus inicios, no se sabía nada y cada uno de nosotros teníamos la responsabilidad de ir a hablar con la gente para sensibilizar y recoger ayudas, como se suele hacer cuando hay un problema de ese tipo. Un día el profesor me dijo: «Paola, tenemos la oportunidad y también la necesidad de ir a hablar con una persona a quien se le ha muerto un hijo con distrofia muscular. Esta persona subvenciona el instituto Negri para realizar investigaciones sobre la enfermedad. ¿Te ves con ánimos de ir a hablar con él en mi nombre para informarle de

lo que hacemos? Para conseguir su apoyo, un apoyo moral, no necesariamente económico. Es una persona importante, se llama Enzo Ferrari». «Sí, de acuerdo, iré.»

¿Cuántos años tenías?

Poco más de veinte.

Pocos días después el profesor me dijo que Enzo Ferrari me estaba esperando. No era verdad que me estuviese esperando, no era verdad. El profesor le había enviado una carta de presentación para comunicarle que mandaría a una alumna suya para informarle de lo que estábamos haciendo.

Yo cogí mi Fiat *cinquecento* azul y allá fui. Aparqué delante de la Ferrari y entré. Un señor me preguntó qué quería y respondí que quería hablar con el ingeniero Ferrari. Él abrió unos ojos como platos. «Pues verá...» Llamó al secretario del ingeniero, Valerio, que me preguntó si tenía una cita. «No.» Valerio me miró dubitativo, pero después me hizo una señal de que le siguiese. Entramos en un espacio inmenso, lleno de coches, de Ferraris, todos rojos. «Espere aquí.» Volvió poco después. «Ha tenido usted mucha suerte.» Me acompañó hasta la oficina del ingeniero. Entré en una habitación enorme, su escritorio estaba al fondo. «Usted dirá.» No me dejé

intimidar por su tono áspero y me acerqué rápidamente. «Vengo de parte del profesor Ermete Cuoghi, estamos trabajando en el problema relacionado con la distrofia muscular porque él está afectado por esta enfermedad.» El ingeniero me hizo señal de que callara. Llamó a su secretario, Valerio, y le ordenó que trajera la carpeta rosa. Yo miré de reojo y vi que la carpeta llevaba escrito mi nombre y apellido. Me la puso en las narices como diciendo «mira, ya sé quién eres». Luego empezó a gritar. «¿Pero usted sabe qué es la distrofia muscular?» «Sí...» «¿Pero usted sabe los problemas que acarrea?» Gritó no sé cuánto tiempo. «¿Qué se cree, que me interesa la fórmula uno?» «No lo sé.» «Mire, vuélvase, ¿ve aquel cuadro? ¿Lo ve?» Me giré y vi, colgado en la pared, un cuadro con la fotografía de su hijo con candelitas encendidas debajo. «¿Ve usted qué es lo que me interesa?»

Él seguía gritando y yo permanecía quieta. No me movía, le miraba y me quedaba callada, no me inmutaba, pensaba: «Muy bien, si quiere echar abajo toda la oficina, que lo haga». Era tremendo, otro hubiese dicho: «Adiós, me marchó». Yo no me moví para nada. Entonces me miró, se levantó y, siempre gritando: «Muy bien». Dio una palmada sobre el escritorio. «Muy bien, entiendo. Dígame todo lo que quiera y lo haré.» Por fin se calmó, habló tranquilamente, nos pusimos de acuerdo en varias cosas e incluso me dijo que si quisiera ir a Milán al instituto Negri a estudiar la enfermedad, me mandaría él a su costa.

Cuando regresé junto a mi profesor le relaté el encuentro con Ferrari. «¿Conseguiste hablar con él?» me preguntó sorprendido, y empezó a reírse. «Sabes, estaba preocupado, sé que es una persona a la que es difícil acercarse, no te lo quise decir por miedo a que lo dejases correr... sabes una cosa, le llaman el *Drake*.»

Lamentablemente, Ferrari murió poco después. Yo seguía pensando en nuestro encuentro. Hablé con el profesor y supe que Ferrari siempre era así de agresivo. También con sus pilotos. Si el piloto no entendía su carácter y no había *feeling*, estaba acabado. Él exigía seriedad y limpieza interior. Odiaba la falsedad, si alguien acudía a él para sacarle algo, lo tenía crudo. Quizá conmigo pensó: «Si se marcha significa que es una persona que no puede hacer nada, ni siquiera en este sentido. Si resiste la prueba, quiere decir que merece confianza». Cuando salí de su oficina miré el coche rojo. «El coche no vale nada –pensé–, la fórmula uno es él.» Después de él, nadie más me ha dado miedo.

*Me has dicho que hay un episodio en concreto que te cambió la vida.
¿Quieres hablar de ello?*

Fue un «terremoto» y me marcó profundamente y para siempre. Sucedió después de dejar la escuela de Bolonia, antes de empezar la escuela de Mantua. Era verano y fui de vacaciones a la playa con mi hermana, una amiga y con tía Valentina, que cuidaba de mi otra hermana, la pequeña.

Mi hermana, la amiga y yo estábamos todo el día en la playa. Una tarde, al final del día, decidimos volver a casa, había que andar un poco y un chico, un conocido, nos llevó en coche. Cuando llegamos, mi hermana y mi amiga salieron del coche y yo, en aquel momento, recordé que quería comprar rímel para las pestañas. Me dirigí al chico y le pedí bajar con él al pueblo. Así, me quedé en el coche, cogí el dinero para el rímel y le di mi bolsa a mi hermana.

Una vez en el centro, le di las gracias y le pedí que se detuviese porque ya había llegado. No se paró. Le miré: «Perdona, ¿puedes frenar?». No paró. «Párate, por favor. Es que ya he llegado.» Continuó la marcha. «¡Por favor, pero qué haces, detente!» Se alejó del centro y emprendió el camino que



Liguria Verano 1971

va hacia la colina. Nos alejábamos cada vez más, dirigiéndonos hacia una zona aislada. Yo le agarré del brazo y empecé a sacudirle y le gritaba que se detuviese. Seguí sacudiéndole y gritándole. Él seguía en silencio.

Una vez en la cima de una colina, frenó el coche, cogió las llaves y me las puso bajo la nariz. «Ahora, si no haces lo que te digo, no vuelves viva a tu casa.» «Pero estás loco, no voy a hacer nada de nada.» Me puse a chillar de rabia y de miedo. «Entonces, no regresarás a casa y no te encontrarán nunca.» Me puso las manos encima. Yo estaba acurrucada y encogida y él me tiró del pelo. Empezó a golpearme la cabeza contra el cristal. Yo no comprendía nada. Lloraba y gritaba: «¡Mamá, mamá!». «¡Sí, grita! Cuanto más gritas más me excitas.» Entonces me callé. «Ahora te callas, eh... zorra, puta. Sois todas unas putas.» Me golpeaba la cabeza contra el cristal y después me pegaba a puñetazos.

En un momento determinado me cogió por las caderas e intentó sentarme encima de él pero yo estaba tan rígida que no lo consiguió. Hubo un movimiento, una fracción de segundo en la que me encontré en la posición adecuada y con toda la fuerza de mi desesperación le di un golpe tremendo en los genitales. Él gritó de dolor, me empujó lejos de sí, abrió la portezuela y salió doblado en dos. Yo aproveché la ocasión y eché a correr bajando por un precipicio. Atajaba los recodos

recorriendo un caminito de tierra, veía al fondo la carretera provincial y corría desesperadamente con las sandalias de playa intentando no caerme. Corría con los puños cerrados, todavía estaba agarrada al dinero del rímel. Llegué a la carretera provincial y al primer coche que llegó le hice señal de detenerse. Me recogió un señor mayor. «Señorita, ¿¡qué le ha ocurrido!?» «No me pregunte nada ahora. Lléveme lejos de aquí. Lléveme lejos, ¡rápido!»

El otro se había vuelto a montar en el coche y nos seguía. Llegamos al pueblo y entramos en una calle de un solo sentido. Él estaba aún detrás de nosotros. Vi a un guardia, indiqué al viajero que se parase y le dije al guardia: «Por favor, pare aquel coche, ése de allí». «Disculpe, ¿por qué tengo que pararle?» «Míreme a la cara, por favor.» «¿Pero qué ha hecho?» «Pare el coche. ¡No deje que se escape!» El guardia paró el coche y ordenó al chico que se bajase. Él respondió con arrogancia: «¿Qué quiere de mí?». El guardia llamó a los carabinieri y acabamos todos en el cuartelillo. El capitán me hizo sentar y me pidió que se lo contase todo. A mí me daba vergüenza y no podía hablar, pero el capitán intentó hacerme sentir a gusto. «Señorita, mire, ésa es una foto de mis hijos, soy un padre de familia. Vamos, cuéntemelo todo.» Se lo conté todo. Me preguntó si quería denunciarle. «Sí, naturalmente.» «Muy bien –me dijo– es usted una muchacha valiente. Pero usted es menor de edad, tenemos que llamar a sus padres.»

Llegaron mis padres y mi padre me preguntó si estaba segura de querer poner la denuncia. «Sí, naturalmente.»

Se celebró un juicio. El abogado defensor recurrió a la típica tesis: «Pero cómo es posible que estas chicas vayan a la playa tan provocativas... estos chicos tienen que reaccionar por fuerza.»

Le condenaron a siete años. Después obtuvo la condicional y como tenía que hacer el servicio militar le mandaron a una isla, no sé dónde. Yo quise borrarlo todo. Ya no recuerdo el rostro de aquella persona.

Pero me viene a la memoria que entonces me parecía verlo en cualquier lugar al que fuese. Detrás de mí, delante de mí. Fue entonces cuando empezó todo el mecanismo, no sé por qué.

Desde aquel momento todo lo que es violencia hace que salte en mí un mecanismo... tengo que hacer algo, tengo que actuar... es más fuerte que yo. Es como si sonase una alarma, entro en fibrilación, he de actuar.

Si ahora te encontrases con esa persona, ¿cómo reaccionarías?

¿Si me lo encontrase ahora? No lo sé, porque cuando pienso en él, pienso en la persona de entonces; si ahora lo viese en persona, no lo sé. Después de la denuncia vinieron a mi casa los padres para ofrecerme dinero a cambio de retirar la denuncia. Me negué.

Completé el segundo año de la escuela, me diplomé, trabajé en Mantua, más tarde volví a casa y empecé a trabajar en mi pueblo. Intentaba siempre alejar mi inquietud, si bien sentía que estaba incubando algo que empezaba a aflorar y que aún no podía distinguir bien. Durante dos años me desperté todas las noches gritando, empapada en sudor.

Más adelante, cuando ya había empezado a trabajar en el centro de salud, sucedió el primer caso.

Espera un poco antes de hablar del primer caso. Volvamos a tu «terremoto».

Diez grados en la escala de Mercalli. Tras un terremoto hay un periodo de asentamiento durante la cual escarbas entre las ruinas para encontrar tus cosas y salvar lo que pueda salvarse, a continuación aplanas el terreno para empezar a reconstruir. Hace falta calma. Hace falta tiempo, paciencia y vida cotidiana normal. Sin sacudidas. Replantas el primer arbolito, que crece poquito a poco. Para hacerlo, se necesita ayuda, pero a veces tienes que hacerlo sola porque no hay nadie que te ayude. Yo tuve que hacerlo sola, encontrar en mí misma la fuerza para reaccionar, para intentar comprender lo que había sucedido. Me dije que lo que me había ocurrido les pasaba todos los días a muchas mujeres. No hay que desesperarse, sino armarse de buena voluntad y hacer lo posible para que estas violencias no sucedan más. Pero sientes que ese terreno sobre el que apoyas tus pies ya no es el de antes, los fundamentos seguros que había en tu vida ya no existen y debes comprender dónde y cuándo reconstruir.

Sencillamente escuchándote.

Escuchar, porque escuchar es una de las facultades más importantes del ser humano. Hoy todos hablan y nadie escucha. La escucha, en cambio, es el fundamento de la vida. ¿Por qué poseo ciertas capacidades? Porque siempre he escuchado. En silencio, escuchaba. Escuchaba a mis profesores. Escuchaba a los enfermos, escuchaba el ruido más nimio. Cuando no me encuentro bien, escucho. Escucho mi cuerpo y le respondo. Me ayudo, me curo.

Para mí, la palabra del hombre deriva de la escucha. A menudo leemos «en el principio fue el *verbo*». Pero si no escuchas, no hablas. El niño debe escuchar antes de poder hablar. Hoy lo principal es ver. Estamos en el mundo de la imagen y ya no escuchamos. Hoy sólo vemos con los ojos, imágenes rápidas, dos segundos y después las olvidamos. Pasamos a otra cosa.

Las personas con trastornos psicológicos son demasiado peculiares para adaptarse a las normas vigentes y perciben la realidad de forma distinta. Tienen una sensibilidad distinta, precisamente, porque todo se queda dentro de ellos y cuando exteriorizan lo hacen con una fuerza que nosotros no conocemos, porque no somos capaces de enfrentarnos a ella. Yo empecé escuchándolo todo.

¿Entonces tu capacidad de escucha te ha llevado a escuchar más allá?

¿En qué sentido?

Escuchas cosas que los demás no escuchan.

No. Empecé escuchando; a continuación está la vista, que tengo que relacionar con la escucha. La escucha llega directamente a mi cerebro y enfoco mi vista según lo que recibo a nivel auditivo. Si tú me dices: mira fuera. Yo escucho la voz, ésta llega a mi cerebro y a continuación miro. Después está la observación. Cuando observo con los ojos se enciende en mí la necesidad de profundizar, por lo que participan en el juego todos los demás sentidos; el tacto, tocar me ayuda. Y el olfato. Recuerdo que yo lo olía todo. También lo hacen los niños, es uno de los primeros instintos. Y después, todo se hace un uno. Escucho, veo, toco, huelo, siento lo que transmite y noto las diferencias, las variaciones, que a pesar de todo deben ser mínimas. Hay individuos que no notan ni siquiera las variaciones más grandes. Si un oído no está entrenado y tú le haces sentir una nota, no la sabe reconocer; hay otros individuos que distinguen incluso la más mínima nota. Ciertamente, ha de haber una aptitud; pero también ha de haber un entrenamiento. Cada uno de nosotros tiene una aptitud, una misión en el mundo, si queremos.

¿Los seres humanos nacen con una misión?

Todos los seres en la naturaleza. También los árboles tienen una misión. También un guijarro en el río tiene una misión.

¿Cuál es tu misión?

Ser yo misma.

¿Pero eso qué significa?

Cada uno de nosotros tiene la misión de ser uno mismo. Vienes al mundo con talentos. Que sean de una clase o de otra, no tiene importancia. Tus talentos tienes que desarrollarlos y para desarrollarlos debes reconocerlos, razón por la cual la necesidad de ser uno mismo en profundidad es inevitable. Si, pongamos por caso, yo hubiese nacido para pintar, debería ser yo misma y pintar. No podría ir en contra de mi naturaleza. Sólo así evitaría hacerme daño a mí misma y a los demás. Pero si tú impides a un ser humano que sea él mismo, le haces daño a él y él acabará haciendo daño a los demás.

¿Cuál es tu naturaleza, cuáles son tus talentos?

Ojalá lo supiésemos al nacer... hace falta tiempo para comprenderlo. Yo he sufrido mucho para entender determinados mecanismos. Mi misión es llegar, con mucho sufrimiento, a determinados mecanismos a través de los cuales es posible ayudar a los demás. Pero sencillamente son mecanismos que todo ser humano quizá puede «activar». Yo he pensado en ello muchas veces y no encuentro ninguna otra explicación.

El sufrimiento a causa de la agresión de que fuiste víctima fue el principio de una nueva comprensión para ti. ¿El principio de un nuevo recorrido?

De una nueva forma de escuchar. El cambio es natural, fisiológico, debe aceptarse como un luto, hay que superar ese luto y es una cosa progresiva y lenta. Y está bien que así sea, porque cuando sucede un «terremoto» no puedes reconstruirlo todo al día siguiente. Hace falta tiempo. Y las cosas más duraderas son las que requieren más tiempo. Con lentitud, día tras día, nació una nueva forma de escuchar.

Por lo que a mí respecta, al final surgió aquello que yo no sabía, algo que ya estaba ahí pero que yo no conocía. Una hipersensibilidad, añadida a la que ya había desarrollado de niña.

Para entender lo que me estaba sucediendo, también fui a hablar con personas que estudian lo paranormal. Quería saber de dónde se derivaba esta hipersensibilidad mía en relación con el mundo que me rodea. Nunca me han dado una respuesta satisfactoria.

¿Es como una identificación? Después de haber vivido la experiencia de una agresión y el miedo a morir a manos de aquella persona, ¿tú sientes cuándo los demás están en esa situación?

No, no es que la reconozca en los demás, la reconozco en todas partes. Es como conocer el rostro de una persona: en cuanto vuelves a verlo, es un *flash*.

Reconocer un estado del ser es importante porque, al mismo tiempo, se trata también de conseguir encontrar en ti mismo la capacidad de poderlo transformar. El miedo que siente un ser humano o un animal en peligro es siempre una energía que se libera y es una energía distinta de la que se emana en situaciones normales. Es una energía fortísima.

Por lo tanto se trata de sentir una cierta «energía». Pero eso no es suficiente. Es como si pintase un cuadro sólo con el color rojo. Sí, podría hacerlo, pero estaría incompleto y quizá no llegaría nunca a expresar lo que yo quiero. Si en cambio puedo disponer de todos los colores, entonces puedo dar una

imagen más cercana a lo que siento. Para expresar lo que siento en determinadas circunstancias tengo que tener todos mis sentidos activos y cada uno debe encajar con los demás. Cómo encajan, de qué manera y por qué, no lo sé. Todavía no conocemos bien el cerebro. Pero estoy segura de que se trata de algo mental. Es cuestión de entrenamiento... Yo soy como un atleta, he entrenado mi mente en una dirección determinada. La de la supervivencia. Y por supervivencia quiero decir peligro, terror, enfermedad, angustia. La hipervigilancia me ha protegido.

¿Por eso empezaste a colaborar con la investigación de algunos casos de secuestro?

El primer caso surgió de manera completamente espontánea.

Una mañana estaba de guardia en el ambulatorio de Sassuolo. Alguien había dejado un periódico en recepción; yo estaba esperando a que llegase el médico y me puse a hojear el diario. Leí una noticia sobre un chico que había desaparecido y al que estaban buscando; miré su fotografía y dije: «Le están buscando, pero... pobrecillo, ya está muerto». Mi compañera me miró. «¿Pero estás loca? ¿Cómo puedes decir algo así?» «Sí, está ya muerto.» Ella me lanzó una mirada torva. «Tú hoy no estás bien.»

La cosa quedó ahí y empezamos a trabajar. El día siguiente leí que lo habían encontrado, habían lanzado el cuerpo a un lago. Volví a casa, me senté en la mesa de la cocina y volví a observar la fotografía de aquel muchacho. Lo miraba fijamente y sentí las primeras tres letras de un nombre. Se formaron algunas imágenes en mi mente, no fantasmas, sino imágenes mentales. Me pregunté qué podían significar aquellas tres letras que veía en mi cabeza con toda claridad. «Son las primeras tres letras de un nombre. ¿Pero de quién? Del muchacho, no, de la madre, tampoco... ¡ahora lo entiendo! Son las primeras tres letras de quien lo ha matado.»

Pensé, además, que detrás de todo ello había una mano femenina y veía esta mano femenina gracias a la proyección mental que me dictaba el rostro del muchacho. No sé decir por cuál conexión de ideas. Advertí además que había un peligro de vida o muerte, lo advertí con fuerza y me dije: «El peligro de vida o muerte ya no existe, ya está muerto. ¿Entonces para quién hay un peligro de vida o muerte?». Yo sentía el peligro al mirarle a él. Entonces até cabos y pensé: «La mano de una mujer, estas tres letras, el peligro de vida o muerte relacionado con el chico ya muerto... es alguien más cercano al muchacho, que también podría morir».

Releí el artículo, visualicé y razoné, esforzándome por percibir el más mínimo detalle. Intenté averiguar si los

investigadores sabían la verdad o no. «No lo saben», me dije a mí misma. «Hay que advertir a quien esté en peligro. ¿Pero cómo lo hago? ¿A quién llamo? ¿Qué le digo? Si mis sentidos notan el peligro como un animal, tan fuerte, si este peligro puede acechar a alguien de la familia, entonces debo ir a esa casa para averiguar si esta sensación aumenta o disminuye.»

Cogí el coche, recuerdo que el mío no funcionaba, pedí prestado el de una amiga y me dirigí a casa de la madre del muchacho. Cuanto más me acercaba a la casa, más me temblaban las piernas, a duras penas lograba conducir. Quizá fuese la emoción, pero sentía verdaderamente el miedo, y cuanto más me acercaba, más sentía el miedo dentro de mí. Me di ánimos y pensé: «Si tengo tanto miedo, entonces es verdad, mi intuición es correcta».

Bajé del coche, me acerqué al edificio, llamé al timbre y dije: «Señora, usted no me conoce, sólo le quiero preguntar si tiene algún otro hijo». «Tengo un hijo más pequeño.» «Señora, se lo ruego encarecidamente, hasta que todo esto acabe, tenga al niño siempre junto a usted, no lo pierda nunca de vista.» Yo sentía que estaba en peligro. Comprendí después que esta sensación había sido exacta: la víctima había sido asesinada en el garaje del edificio porque había visto algo que no tenía que ver y el hermano pequeño estaba también allí, jugando al balón con otros niños, por lo que podría haber visto algo.

¿Cómo reaccionó la madre cuando te presentaste y hablaste con ella?

A mí me preocupaba la reacción de la madre, pero para mí era más fuerte la necesidad de proteger a alguien del peligro. Para ella fue igual, no se preocupó de saber nada de mí, en esos casos entra en acción el instinto maternal y en ese trance ni siquiera se preguntó quién era yo. Ella sólo pensó que podría tener razón. La madre siguió mi consejo.

Me encontraba emocionalmente exhausta por lo que había hecho, volví a casa y quise olvidarlo todo. Pero el día siguiente volví a pensar en las tres letras del nombre; entonces me puse en contacto con los investigadores, que me pidieron que nos viésemos y hablásemos. Llegaron tres y yo les dije lo que intuía de esta historia, les conté lo de la mano femenina, yo siempre digo «siento», pero en realidad debería decir «comprendo». Más tarde se supo que se trataba de la mano de la mujer. Una de las esposas de los asesinos, dos hermanos, que les ayudó a hacer desaparecer el cadáver. Les dije, de todas formas, que sentía las tres letras del nombre.

En este caso tuve mucha suerte, porque lo que yo decía pudo haber contado bien poco si no hubiese sido por un investigador competente. En esa tesitura el investigador lo entendió todo inmediatamente y puso en práctica mis

intuiciones. Fue muy sencillo porque sólo hubo que girarse, volver la cabeza y ver el timbre frente al piso del chico asesinado para leer aquel nombre. Toda la verdad salió a la luz.

Por lo que respecta al niño, creo que fue el sentido del peligro que siempre he tenido después de la agresión que sufrí. En cuanto a la mano femenina, me la transmitía la imagen del rostro del chico. Y sobre las tres letras, no lo sé. Sinceramente no lo sé. Seguramente habrá una explicación a nivel psicológico. Qué sé yo, como un artefacto, una sacudida, como cuando se unen dos partes que encajan perfectamente: en aquel momento es un relámpago. Es una décima de segundo que hay que captar; si no la captas, no vuelve a suceder. Es rapidísimo. En aquel instante he hecho encajar las tres letras. Se acabó, después ya no es posible hacerlo. En aquel momento en el que me concentré en el rostro del muchacho y relacionaba todas las cosas mentalmente, saltó un mecanismo, una chispa.

Después, todo acaba. Tiene que volver a establecerse el mismo mecanismo, pero es difícil, porque es como cuando se hace un experimento: todos los elementos deben permanecer inalterados y difícilmente ocurre que todas las variables del caso se encuentren todas juntas en las mismas condiciones. Recomponer una circunstancia con elementos de la misma

intensidad y del mismo valor es imposible. Creo que se trata del mismo principio de la intuición. Se enciende la chispa cuando todos los elementos se hallan presentes. Además, está la creatividad: a menudo añado elementos que no son pertinentes para la situación pero que me ayudan a hacerla más comprensible. No obstante, estos elementos no llegan de la nada. Es todo psicológico.

¿Cuando te presentaste ante los investigadores, no se mostraron escépticos?

Los buenos investigadores son siempre escépticos. Pero si el investigador que tengo ante mí es abierto, yo consigo comunicarme con él. Es importante la manera en que una persona se presenta y se comporta. Si empiezas a hablar enseguida con datos y con conocimiento de causa y no farfullas cosas sin sentido, ellos, aunque quieran desconfiar, te escuchan, porque a ellos les interesa ver hasta dónde puedes llegar. Y después el elemento decisivo es proporcionar un dato concreto del que ellos digan: «Pero si esto lo sabemos sólo nosotros».

¿Qué dato les has presentado que ellos ya conocían en aquel caso?

La presencia de la mujer. Esto ya lo habían averiguado. Y las primeras tres letras, que ellos aún no habían podido relacionar

pero que ya habían leído. Está claro que si tú vas y dices: «Pues... en serio, mire que el espíritu que me guía me ha dicho que...», entonces ellos te despachan rápidamente. Y hacen bien. «Gracias, señora, y adiós», te dirían.

¿Cómo reuniste el valor para presentarte ante los investigadores?

Tenía un deseo fortísimo de verdad, de justicia. Había llegado hasta el Presidente de la República; no me importaba cómo me trataran. Estaba tan convencida de lo que sentía que nada me detendría. Siempre he sido muy testaruda. Es un elemento importante: si no lo fuese, mis intuiciones habría acabado allí.

¿Pero cómo se lo dijiste? ¿«Soy alguien que siente cosas»?

No, porque eso me molesta. Les dije: «Buenos días, me llamo Paola Guidelli, soy enfermera profesional y trabajo aquí. Deseo hablar con el responsable de la investigación porque debo comunicar una información. Ellos me respondieron: «Nos lo puede decir a nosotros». «No, de ninguna manera, sólo hablaré con el responsable.» Cuando me llevaron ante el responsable le dije que estaba relacionado con el caso del chico. «Tengo dos informaciones, yo se las doy y luego haga con ellas como usted crea conveniente.» «¿Cómo es que usted sabe eso?» «Usted investiguelo, reflexione, y luego si quiere venga a hablar conmigo.» Cuando vino, me preguntó cómo

había podido intuir la verdad. «No sé cómo lo hice.» A continuación le ayudé a resolver otros casos. Era como si yo les enseñase una película, ellos discutían sobre ello y corroboraban los detalles. Era una colaboración, un estudio realizado entre todos; pensamiento de grupo, quizás. Cada uno hacía su parte, hacía su contribución, hasta que se llegaba a un resultado, como en una «tormenta de ideas». El resultado dependía del equipo, no dependía de un individuo y mucho menos de mí.

Ayudaste a resolver este caso y otros más, pero lo hacías de forma anónima. ¿Por qué más adelante empezaron a escribir sobre ti en los periódicos?

Tras la resolución del caso, no volví a pensar en ello. Pensaba en mi marido, en mis hijos, en mi vida. Pero todo eso estaba ahí, era como vivir en un jardín en el que te dedicas a cultivar otras plantas. Pero las que ya has plantado continúan allí. Después llegó el día en el que raptaron a la niña y tras aquel caso salió el artículo.

¿Qué sucedió con la niña?

Tenía hijos pequeños, uno muy pequeñito y el otro tenía dieciocho meses. Acababan de dar por televisión la noticia de un secuestro. Habían secuestrado a una niña de la misma edad

de mi hijo pequeño. Yo miré a mi hijo y pensé que era algo tremendo. Pensé en su madre y en lo mucho que estaría sufriendo esa mujer. «¿Qué puedo hacer yo? Nada.»

El día siguiente volví a ver la televisión y pensé: «¡No, no, no puede ser! Hay que encontrarla». En ese instante se accionó el mecanismo. Sentí el peligro, la niña, la angustia y todo eso me movía, me provocaba. Es cuando los sismólogos detectan un terremoto. Yo detecto dentro de mí el peligro, como si el terremoto se me viniese encima. Empieza a temblar todo y en un cierto momento escucho. Escucho y nada más.

Es una cuestión de escuchar. Algo ha pasado y no se encuentra la clave del enigma, pero la verdad está ahí. No la vemos, pero está. Realmente existe un lugar donde se encuentra esta niña: no se ha desvanecido en la nada. Existen las personas que la han secuestrado... y entonces ¿dónde puedo leer y buscar la verdad? La leo en los seres humanos, la leo en nosotros mismos, porque la verdad está en nosotros aunque nosotros no la conozcamos o no sepamos que la conocemos. En aquel caso la verdad estaba en la madre, que inconscientemente sabía algo, porque ella conocía a la persona que había raptado a la niña.

Pero tú no lo podías saber.

No, yo no podía saberlo, pero partía del presupuesto de que alguien tenía que saberlo, que la verdad estaba ahí. Pensé: «¡La verdad está ahí! Siempre hay una verdad, así que ahora me pongo a escuchar».

¿A escuchar el qué?

De todo, porque todo tiene un sentido que encaja. Intenté sentir a la niña, a la madre, al padre. Nunca les había visto, no había visto a ninguno de ellos antes, pero escuchaba, escuchaba el silencio. Todo habla, las cosas hablan, las imágenes hablan, los sonidos. Siempre hay momentos especiales en los que yo tengo mis intuiciones. En ese momento especial, todo encajó. Fue una milésima de segundo, el padre, la madre, la casa, la niña. El color azul. Las braguitas.

¿Habías visto al padre y a la madre en televisión?

No, no mostraron a ninguno de ellos. Yo ni siquiera sabía qué cara tenían. Intenté hacer encajar lo que sentía dentro de mí y en un momento determinado llegó.

Es como si llegase una energía. Pero si no eres lo suficientemente rápida para atraparla en ese instante, se

escapa. En aquel momento, yo «vi» el color azul, pero también estaba el blanco y después escuché y pensé en la niña, en la madre y fue como si todo se acercase. Observé una imagen dentro y fuera de mí, escuché sonidos a mi alrededor. Era como si sintiese que todo se me acercaba y en el momento en que todo se acercaba, fui atraída por un objeto que estaba ante mí, pero no era el objeto, sino su color, el azul. Empecé a pensar en el color azul. «¿Qué puede llevar la niña de color azul? ¿El vestido? No. ¿Las braguitas? Las braguitas son azules... pero no completamente azules.» No sentía la totalidad del azul. «Entonces son a cuadros. Muy bien –me dije– pero ¿adónde he llegado? He llegado a sentir que lleva braguitas a cuadros blancos y azules. ¿De qué me sirve esto? Quizá pueda servirme para averiguar si el dato al que he llegado es correcto. Si es correcto, puede que me llegue otro dato. Es una posibilidad mínima, pero intentémoslo.»

Si no lo hubiese intentado me habría sentido culpable. «¿Con quién puedo hablar?» Pensé en el sacerdote de su pueblo. Pensé que en tales casos era fácil que contasen con la presencia de un sacerdote. Llamé a la centralita telefónica para preguntar el número de la parroquia del pueblo y llamé al sacerdote. No sabía cómo presentarme. Me di ánimos y llamé. «Padre, soy una señora, y le parecerá extraño lo que voy a decirle pero creo que lo más importante es ayudar a esa madre. Lo demás no importa nada. Yo no me veo con ánimos de molestar a la familia, por eso le he llamado a usted. Le pido

que haga una prueba, de forma discreta, sin ponerles sobre aviso, sin infundirles miedo. Quizá yo consiga ayudarles.» «¿Cómo podría ayudarles?» «Mire, ahora se trata de un problema de tiempo, si empiezo a explicárselo no acabaremos nunca, sólo estaremos perdiendo el tiempo.» Él lo entendió. Le pedí que comprobase si, cuando la secuestraron, llevaba la niña unas braguitas a cuadros blancos y azules. «Es todo tan extraño –repuso el párroco–, pero en el fondo no cuesta nada y no le haré daño a nadie si hago lo que usted me pide.» El párroco habló con la madre de la niña y cuando le volví a llamar me dijo: «Señora, la niña llevaba unas braguitas a cuadritos blancos y azules cuando la secuestraron. La madre quiere hablar con usted».

Nos pusimos en contacto y los analizamos todo, día tras día. Todas las noches estábamos al teléfono reflexionando sobre todo ello. Un día mandaron la petición de rescate. Pero yo esto no lo sabía, porque estas cosas sólo las conocen los investigadores. Yo estaba en casa y recuerdo que esta una empleada doméstica que me ayudaba. «Mire, Paola –me dijo–, he encontrado una cadenita de plata, ¿dónde la dejo?» Le respondí que la dejase dentro de una concha que tenía sobre la mesa del salón. Cuando se marchó, me senté y miré la concha con la cadenita dentro y en aquel instante se activó el mecanismo. Todo encajaba y todo se acercaba. «¡Ésta es! Ésta es la persona que ha recibido la carta del rescate.»

¿Lo he entendido bien? Has cogido la concha con la cadenita y has dicho que ésta era la persona que había recibido la carta del rescate?

Sí, has comprendido bien. Telefoneé a la madre. «Hay una persona que sabe algo.» «¿Quién es?» «Es alguien que conoces.»

¿Has imaginado, visualizado a una persona?

No, he sentido a un ser humano. La madre conocía la carta, acababa de llegar y conocía a quien se la había entregado en mano, no había llegado por correo. Se la habían enviado a esta persona.

«Paola –me suplicó la madre–, dime todo lo que sabes.» «Hay una cadena de plata y una concha. ¿Representan algo para ti?» «¿Cómo puedes saberlo? –me preguntó trastornada–. No lo sabe nadie, sólo lo sabemos yo y los investigadores.» «¿Qué es lo que sabéis? Explícamelo.» «Hemos recibido una carta con una petición de rescate, la persona que me la ha entregado es una chica, le ha llegado a ella la carta. Esta chica tiene una tienda de conchas y de objetos de plata.» Después se supo que aquella chica había recibido la carta porque durante un tiempo había sido la novia de uno de los de la banda.

Todo esto aumentó la tensión, la concentración, porque comprendí que iba por buen camino. La madre me preguntaba todos los días si percibía dónde podía encontrarse la niña. «Cambia de lugar continuamente –le respondía–. Es muy difícil, no hay que preguntarse dónde está, sino con quién está.»

Un día, siempre a través del mismo mecanismo, le dije: «Está en un lugar donde hay vapores que salen de la tierra». Se llevaron a la niña a Sicilia, pero esto se supo después. Yo estaba cada vez más concentrada en la madre y no ya en la niña, quizá porque a la niña la sentía en movimiento, en demasiado movimiento, mientras que a la madre la sentía quieta. Ignoré al padre, en efecto, cuanto más se estrechaba el círculo en torno a la madre, más sentía que tenía que ignorar al padre. Hasta el punto de que un día sentí un malestar notable, un fastidio. «Hay algo que no me gusta, me molesta, me irrita.» ¿Y qué es lo que me irrita cuando yo reacciono así? La mentira. Sentía la implicación de la madre. Esto no quiere decir que la madre me estuviese escondiendo algo, ella nunca fue una mentirosa, ella estaba ajena a todo, por el contrario, fue heroica. La buscaba con una tenacidad extraordinaria, se habría encadenado a un muro. En un momento determinado le dije a mi marido: «No quiero saber nada más sobre este caso, me molesta, se acabó, ya no aguanto más. Se terminó.» La rabia que sentía era demasiado fuerte. «Quién me manda a



Mi casa de Sant´Antonino

mí, por qué tengo que hurgar en la vida de la gente, para eso están los investigadores. Que lo hagan ellos.»

No contesté más al teléfono, y si mi marido contestaba, tenía que decir que yo no estaba. Paola no está, una vez, dos veces, hasta que un día me encontré en la puerta de mi casa a una mujer que parecía un fantasma, una sombra. «Soy la madre de la niña.» «¿Cómo? ¿Que eres quién? Oh, Dios mío... Pasa.»

La hice pasar. Nos sentamos, era por la mañana y nos quedamos allí hasta la noche. Ella me preguntó por qué no me ponía al teléfono, me dijo incluso que había venido a mi casa porque tenía la sospecha de que la niña estuviese conmigo.

¿Por qué? ¿No se fiaba ella de ti?

Sí y no.

«Búscala –le dije–: búscala bien, registra la casa.»

Me preguntó por qué no quería hablar más con ella. Le respondí que si quería que continuase, me tenía que dar su permiso. «No quiero adentrarme en cosas que no me incumben, en cosas privadas. No me veo con ánimo, siento rabia dentro de mí y por eso he perdido las ganas y el deseo

de continuar.» «Continúa, no tengo nada que esconder, mi hija es lo más importante de todo.» «Reflexiona, piénsalo bien porque tú conoces a la persona que ha secuestrado a tu hija.» «Pero qué dices... ¿cómo? ¿Yo conozco a quien se la ha llevado?» «Te lo aseguro, tú la conoces y la conoces muy bien.» «No, es imposible, Paola.»

Le describí su aspecto físico, su profesión, su coche y el tipo de casa en la que vivía.

«¿Quién es? ¿Entonces... no le conoces?»

Ella me miró. «¡Ahora lo entiendo!», exclamó.

Su secretario, que la había acompañado a mi casa, dijo que seguramente yo tenía razón, que ella siempre se había negado a pensar que fuese aquella persona. Ella no podía, no quería pensar que aquel hombre que ella conocía pudiese haber hecho algo así. Aquella persona se comportaba como un amigo, pero se comportaba como un amigo porque tenía que estar cerca para averiguar sus costumbres. En el momento en el que supo que el marido no estaba, la golpeó a ella y se llevó a la niña. Ella no podía pensar que esta persona tan amable pudiese haberlo hecho. Después de casi cuatro horas de conversación entre ella y yo: «Ahora lo he comprendido

-repitió- ¿Puedo hacer una llamada?». Al cabo de ocho días lo cogieron. Una vez que le capturaron a él, que era el jefe de la banda, los demás abandonaron a la niña en la calle dentro de una caja de cartón.

Después de aquel encuentro, ya no supe nada más. Siempre deseé ver a la niña, abrazarla, pero no fue posible. Escuché su voz al cabo de veinte años. Después de exactamente veinte años. Un buen día me llamó su madre y me dijo: «Paola, no cuelgues porque hay una persona que quiere hablar contigo.» «Hola, soy E.» Escuché su voz al cabo de veinte años. Había luchado de día y de noche para encontrarla y después de veinte años escuchaba su voz y no podía hablar, no conseguí preguntarle nada.

«Tengo todavía una muñequita que me mandaste», dijo. Cuando la madre vino a mi casa, antes de que se marchase la detuve en la puerta y le di una muñequita. «Estoy segura de que la encontrará. Dásela.»

Pasé así quince días. Quince días y quince noches mirando a mis hijos y pensando: «Tengo que encontrarla, tengo que encontrarla».

Llegué hasta el punto de atrancar la puerta con los muebles porque tenía miedo. Sentía el miedo dentro de mí. Era tremendo. Pero la alegría de saber que esta niña estaba de nuevo con su madre fue muy grande, aunque al final... al final debes volver a convertirte en un fantasma. Nadie debe saber

nada sobre ti. Las cosas las conoces tú y punto. Después de este caso, conocí a aquel periodista.

Un periodista rondaba siempre a la familia de la niña. Y ya sabes cómo hacen: están un día, dos y luego se plantan allí.

Al final del caso, el periodista se enteró de mi existencia y habló con la madre de la niña. Él me llamó por teléfono para pedirme una entrevista. Le respondí que no me parecía apropiado y él replicó que, aunque yo no quisiera hablar con él, escribiría de todas formas un artículo sobre mí. «No, ya le explico yo antes de que usted escriba lo que le dé la gana.» Llegados a ese punto pensé en hablar con él, más bien, fui yo la que más tarde insistió para que me entrevistase, porque deseaba que me describiese como una médium o vidente. Lo hice para protegerme, temía que alguien viniese a buscarme porque le había «fastidiado». Temía por mí y por mi familia. También lo hice siguiendo el consejo de varios expertos que me explicaron que a quien se le considera un médium o un vidente es poco creíble y ni siquiera los delincuentes los toman en serio.

Tras la publicación de aquel artículo, se formó el caos.

Tuve la casa sitiada, el teléfono sonaba constantemente, recibía todos los días sacos de cartas. Nos mudamos de casa y nos fuimos a vivir a Sassuolo, pero también me encontraron allí. Me enteré de que en un bar del pueblo se vendía mi número de teléfono. Tuve dos caídas de presión arterial. Cuando mi marido me decía: «Paola, hay mucha gente delante de la verja», me asaltaba la ansiedad, el pánico. Entiendo que había mucha gente que necesitaba ayuda, pero yo siempre temía que en medio de aquellas personas hubiese alguna a la que hubiese «fastidiado». «Menos mal que creen que soy una vidente, una loca visionaria.» Prefería hablar con el periodista porque temía que me describiese como la ayudante de los investigadores.

Pero es cierto que tú veías cosas.

Para mí no. No es cuestión de ver, sino de comprender.

¿Qué diferencia hay entre el hecho de que haber visto las braguitas a cuadros blancos y azules y decir «soy una vidente»? ¿Qué significa ser una vidente?

Ah... ¿qué significa ser una vidente?

Pues eso mismo, ¿no te parece?

Cuando yo te digo «¿ves esto?», es lo mismo que decir «¿entiendes esto?». El ver es también entender, está conectado con el cerebro. Se dice «veo», pero significa «entiendo». Para mí ver es entender, pero luego la gente lo interpreta como ver, pero yo no tengo visiones. Yo entiendo las cosas con el cerebro. Sí, después la mente ve una imagen, pero en primer lugar yo la entiendo. Yo no veo nada cuando digo «sí, he visto la presencia de Battisti...». Su imagen yo la tenía dentro del cerebro. Pero de esto ya hablaremos más adelante.

Cuando pienso en un supermercado, veo los estantes, las cajas, etc. Tengo clara esta imagen. Pero es distinto del tener clara en la mente la imagen de una niña con braguitas a cuadros blancos y azules que nunca has visto. ¿No?

No, para mí no. Es una intuición. No creo en los fenómenos paranormales.

Una intuición después de mucha investigación y reflexión.

Entonces quizá haya en mí una capacidad especial, algún tipo de talento. No lo sé.

¿Y no es eso la videncia? Repito, ¿qué quiere decir para ti ser vidente?

¿Que qué quiere decir ser vidente? Para mí no existen los videntes. Es absurdo. Videntes de qué. ¿Videntes del futuro? ¡No! En mi opinión nosotros advertimos, sentimos o intuimos sencillamente porque lo hemos deducido a través de algunos datos. Si consigo llegar hasta ello es porque tengo la mente adiestrada en este sentido. Por ejemplo, si tú me explicas cómo funciona la televisión, me vuelvo loca, no entiendo nada. Para mí eso es ciencia ficción. Si me lo explicas, eres tú la vidente, porque yo no veo, no entiendo lo que me estás explicando. Para mí son cosas del otro mundo. Mientras que lo que yo hago es normal, es como beber un vaso de agua.

¿Qué significa tener la mente adiestrada?

Probablemente es un ejercicio que me realizo desde la infancia. Aprendí enseguida a observar y a percibir. La observación de la luz, la percepción de los sonidos, del calor y de la palabra. Por ejemplo, yo no tengo un oído adiestrado para la música, pero probablemente si hubiese estudiado en el conservatorio lo tendría. Mi oído se adiestró para otra cosa, en cambio. Yo oigo incluso la más mínima vibración. Incluso la más fina. Mi hijo Flavio tiene un oído maravilloso para la música. Desde pequeño le hacías escuchar una nota y la interpretaba con una

entonación perfecta, sin pensar. Yo probablemente tengo ese oído maravilloso, pero no para la música. Cuando estoy en casa y mi hijo hace algo que no debe a mis espaldas, le digo: «Fabrizio, ¿qué estás haciendo?». Yo lo oigo. Oigo incluso el movimiento del aire. Cuando entro en casa y alguien ha estado ahí, yo me doy cuenta enseguida, aunque aparentemente todo siga en su sitio. Me doy cuenta de todo. Recuerdo un día cuando en el hospital un médico que quería averiguar esta, digamos, «sensibilidad» mía. Me llevó a recorrer las habitaciones. «Paola, ven conmigo, yo hablo con el enfermo, tú no digas nada, y luego me dices qué es lo que tienen.»

Y así lo hicimos. Él hablaba con el enfermo sin hacerle preguntas sobre su estado y yo tras él lo observaba y llegué a un punto en que necesitaba tan solo poquísimos instantes. Una vez fuera de la unidad, le decía lo que tenían los enfermos. Yo veía al paciente, oía el timbre de su voz, escuchaba las pausas que hacía en relación con sus gestos. Las pausas en relación con los ojos, con el color del rostro, del cabello, como un todo, un mosaico, y en un determinado momento lo comprendía todo.

Aún recuerdo un episodio: fui con un amigo a casa de unos amigos suyos que tenían un niño con hidrocefalia (pero no estoy segura del diagnóstico que me dieron). Yo miré al

niño y dije que para mí no tenía hidrocefalia, para mí el niño no tenía nada grave. Después me enteré de que el niño estaba bien. También puede ser que los padres hubiesen entendido mal, no lo sé, yo lo que sentí es que el niño no tenía nada, que el niño estaba sano.

Volvamos al artículo.

Yo estoy enfadadísima con aquel periodista.

Cuando la madre de la niña secuestrada lo leyó, le llamó por teléfono y le dijo: «Pero qué has hecho, pero cómo la has descrito».

En el artículo cuentas que cuando eras niña eras muy revoltosa.

Sí, mordía a todos los niños.

Además leo que nunca estabas tranquila y que tenías necesidad de desahogarte. ¿Por qué nunca estabas tranquila?

Tenía siempre una especie de inquietud, pero probablemente dependía del hecho de que no había tenido contacto físico con mi madre. Mi madre sólo me tocaba para vestirme, lavarme,

pero nunca un abrazo, un beso. Yo sentía esa inquietud. Estaba a disgusto, así que me frotaba los pies, mordía. Si lees o hablas con un psicólogo o un psiquiatra infantil, te dirá que los hijos de madres de ese tipo presentan todos problemas de conducta.

También dices que fuiste a la consulta de Inardi porque no entendías lo que te sucedía.

Sí, tenía unos veinte años. «Bah... –pensé– mi amigo Federico me ha pedido que vea a un niño hidrocefálico. Tal vez esto sea una locura, yo estoy loca o algo que no va bien o que yo no entiendo.»

Alguien me dijo que el doctor Inardi era un médico famoso que estudiaba estos fenómenos. Yo fui a verle para entender cosas sobre mí. Recuerdo que el doctor Inardi sudaba y sudaba. Me acuerdo de todo ese sudor y de que no era verano, llevaba puesta la chaqueta. Estaba sentada ante él y pensaba: «Pero cómo suda éste... caray...».

No me dijo nada. Me trató con frialdad. «En mi opinión a usted no le pasa nada de nada.» «Ah, entonces vale, estoy sana. Me habrá reconocido como médico y ya está», pensé. Volví a casa y decidí no volver a pensar en ello, porque una no

puede estar pensando siempre en estas cosas. Sólo dijo unas pocas palabras: «Tienes que resolver el problema tú sola».

Leo otro fragmento de este artículo.

“Me sentí mejor en cuanto salí de allí. Hubo pocas palabras:

–Tienes que intentar resolver el problema tú sola. Tienes tanta energía en tu cuerpo que tienes que encontrar el modo para descargarla.

Fueron pocas palabras, pero decisivas para mí. Extrañamente, cuando salí de casa de aquella señora...”

¿Qué señora? Ah... leo que Inardi te aconsejó que visitaras a una estudiosa de fenómenos paranormales. El artículo continúa:

“Cuando salí de casa de aquella señora empecé a sentirme mejor. Mi voz cambió de tono, se volvió ronca y profunda. Fue entonces cuando comprendí que mi vida tenía que cambiar, sentí una emoción violentísima, casi me hacía daño.”

Inardi me recomendó una estudiosa que se llama Paola Giovetti. Yo fui a visitarla, hablé con ella, y ella me dijo: «Sigue tu camino tranquila, no debes preocuparte por comprender nada. Deja las cosas como están». Cuando salí, pensé: «Pues

claro, tengo que dejar de pensar en ello, así me encontraré mejor».

Después tuve una reacción violenta, que no me explicaba y que he entendido después, en los años siguientes. Había ido allí con humildad, sólo quería intentar comprender lo que me sucedía, quería comprender quién era yo, el por qué de muchas cosas, y ella... como lo diré, me abrió la puerta de su casa, una casa señorial, noble, llena de muebles antiguos, de cuadros. Y desde su altura me dijo: «No te preocupes. Ve, querida, ve». Y yo me dije, muy bien, me voy; pero después, al pensar en ella, me ponía nerviosa. Entonces no lo entendía, lo entendí después, comprendí muchas cosas sobre esta persona. Con ella también tuve un enfrentamiento radiofónico, donde la habían invitado a ella como experta y a mí como invitada. Ella dijo sobre mí que yo era un fraude, y yo respondí que el fraude era ella. «¿Usted no comprende que una persona también necesita comprender lo que le pasa, que necesita buscar para serenar su espíritu?» «No hay nada que comprender, no hay nada que estudiar», respondió ella. Según ella, una tenía que quedarse así, vivir con las propias angustias y pensar: «A lo mejor estoy loca y mañana me meten en un manicomio». Lamento que ella piense así, que la gente como yo no debe preocuparse de comprender.

Creo que, probablemente, yo percibía de forma distinta a los demás, una percepción mental auxiliada por los sentidos que confluían en el cerebro y formaban un pensamiento. La

gente define ese pensamiento como una visión y entonces te llaman vidente. Pero es el fruto de una elaboración muy sutil. Te pongo un ejemplo: ¿qué ves en el aire? Nada, ves la luz, pero si lo analizas mediante instrumentos, en el aire hay muchísimas formas de vida diminutas que nuestros ojos no pueden ver. Pero si tú ejercitas los sentidos desde pequeña en un cierto modo, tienes la percepción de lo que los demás no perciben.

He hecho muchos esfuerzos para intentar comprender, porque es importante entendernos a nosotros mismos y los mecanismos de nuestra vida. Creo que todo empezó entonces, cuando mi tía me daba de comer. «Siéntate», me decía. Y hacía el primer montoncito de piedras. «¿Ves estas piedrecitas?» Ella intentaba camelarme porque quería que me comiese la sopa. Pero yo me obstinaba, lo comprobaba todo, lo observaba todo, lo analizaba todo para retrasar la próxima cucharada; mientras tanto, me acostumbraba a observar los detalles, los matices, los olores, los sonidos relacionados. Y luego, cuando mi padre me decía «busca la pelota», yo actuaba. Es un entrenamiento. Un atleta se entrena a nivel muscular, pero también está relacionado con el cerebro y hace cosas increíbles. Para mí es lo mismo. Fue tan sólo un adiestramiento sensorial, y todo implicaba al cerebro; pero no fue sistemático. Desconfío de quienes se dicen capaces de enseñar tales facultades. Cada persona las aprende de forma distinta. Hoy estoy convencida de que conseguir encontrar a una persona desaparecida me

recompensa psicológica y afectivamente del mismo modo que cuando encontraba la pelota en la fotografía del periódico y mi padre me daba un besito.

Todo esto continuó durante los primeros años en el hospital, donde acompañaba al médico a pasar visita. También allí observaba, escuchaba. Lo veía todo, veía también que el día anterior estaba aquel pequeño pliegue en la cama que al día siguiente había desaparecido. Tenía tiempo para hacerlo, estaba allí, tenía que estar allí, tenía tiempo para observarlo todo. Sabía si un pelo había cambiado de lugar. Entendía por qué se había movido. Luego continuó en el trabajo en Bolonia, en Mantua, con la reanimación. En reanimación están todos allí tumbados, no se mueven, no dicen ni pío. Tienes tiempo para observar, mejor dicho, tienes que hacerlo. Tienes que observar al enfermo, con todo detalle, tienes que darte cuenta cuando les cambia el color, una mínima respiración. Yo llegué al punto de que incluso estando de espaldas, sentía cualquier pequeño cambio. Para mí era normal, no era nada especial.

Pero tú misma dices que te dabas cuenta de que había algo especial en ti, de lo contrario no habría ido a ver a Inardi o a la estudiosa de lo paranormal para preguntarles qué era lo que te sucedía. Porque evidentemente eras consciente de que no era tan normal.

Por supuesto, yo me sentía distinta a los demás, porque mis visiones no encajaban con las tuyas, mi forma de ver las cosas era muy diferente, y entonces me preguntaba quién tenía razón. ¿Son los demás o soy yo la que se equivoca?

Sí, pero el hecho de que te dirigieras a investigadores de lo paranormal era porque sentías dentro de ti que había algo que iba más allá de lo normal. Si no, habrías ido a ver a un psicólogo clásico, como hace todo el mundo.

Yo trabajaba con médicos.

Entonces habrías acudido al colega médico, en cambio tú te dirigiste a ellos.

Es cierto, porque al trabajar con médicos, discutía con ellos de estas cosas. «Vamos, déjalo estar», me decían. Así que yo quise escuchar otras opiniones.

Si tú ibas a los médicos y éstos te decían que eras normalísima era porque tú les planteabas una consulta, ¿no? Tú misma, quizá, ponías en duda el hecho de ser normal, porque también tú, evidentemente, veías extraño ver o percibir determinadas cosas.

No, yo no lo veía extraño. Yo veía extraño que a los demás no les pasase lo que me pasaba a mí. Le decía a una compañera mía: «¿Tú no ves esto?». «No, yo no veo nada.» Era como decir, ¿pero tú no entiendes la situación? Entonces me preguntaba: «¿Soy yo la que se equivoca o es ella?». Y por eso quería comprenderlo.

¿Qué veías en ellos que los demás no veían?

Características tuyas, de su carácter, de su vida.

Una cosa es tener la sensibilidad de comprender el carácter de una persona, ¿pero qué veías más allá del carácter? ¿Cosas que podían suceder?

Nada de particular: si tenía una amiga, intentaba averiguar si era sincera. No intentaba averiguar si se casaría o si se moriría y cosas por el estilo. Y me daba cuenta de que muchas veces las cosas no eran como parecían.

Y luego el artículo dice, no sé si es cierto, que tú descubriste que tenías poderes extraordinarios con el niño hidrocefálico. Ése fue el primer caso y después empezaste a ver otras enfermedades y a curarlas. Incluso a curarlas.

Ves, allí empezó el follón.

El periodista te pregunta:

“Señora Guidelli, ¿cómo puede estar segura de que no se equivoca? La respuesta fue sorprendente: Del tono de mi voz. Cuando se hace ronca, estoy segurísima de que no me equivoco.”

¿Es eso cierto?

Cuando capto una determinada situación exterior... es difícil de explicar, debería hablar con un experto y yo soy una profana. Capto una cierta situación que luego hago mía. La transmito al cerebro y «siento», sin darme explicaciones. Es normal que cambie el tono de voz, es así para todo el mundo. Si una persona cambia de estado de ánimo, también le cambia el tono de voz, ¿no crees? El periodista escribió lo que quiso. En definitiva, yo percibo una situación: sonidos, colores, cualquier desplazamiento, el calor, todo me llega al cerebro y yo cambio. También cambia mi temperatura, pero eso le sucede a mucha gente, a todos. Por un arranque de miedo, te quedas helada.

Desde entonces han pasado muchos años. Este artículo se escribió en el 85, por lo tanto, ¿cuántos años han pasado? Muchos. Desde entonces he comprendido muchas cosas. Entonces advertía que había una variación en mi físico, pero no es magia, está el cuerpo humano, está la mente del ser humano y ésta es la verdadera magia, la mente del ser humano.

Creo que lo que tú crees es a menudo lo que te hace curarte o lo que te hace morir. Es cierto, alguien puede ser de ayuda, un médico, a veces también una madre sabe curar instintivamente al hijo. Una persona que da impulso y te hace llegar a ese punto. Cuando estaba en el hospital veía que si proporcionabas un contacto, si acariciabas a los bebés prematuros, si les dabas masajes, ellos crecían, florecían. Si les dejabas solos en la incubadora, les costaba mucho. La piel es el primer órgano que tenemos, sensorialmente. Se transmite todo, se transmite la energía que llega al cerebro. Ahora se hace el masaje a los niños pequeños, la caricia. Pero sólo ahora. ¿Cuánto tiempo ha hecho falta para entenderlo? ¿Sabes cuál es mi problema, entonces? Me lo dice también mi marido: estoy adelantada a mi tiempo. En reanimación tiraba de la bata a los médicos y decía: «No os lo creéis, pero me oye». Ellos no me creían, me tomaban por loca. En pediatría era lo mismo, siempre ha sido lo mismo. Pero no estaba loca, sencillamente lo sentía y nada más. Mi cerebro recibía impulsos que podían ser energía transmitida por ellos. En el aire hay electricidad,

hay energía. Podemos decir que no, porque no la vemos. Pero llega a la piel.

Pero estar adelantada a tu tiempo no es sólo como no estar en tu tiempo, sino que es lo peor que puede pasarte. Te rechazan, te denigran. Así pues, también sobre esto que te estoy diciendo, respecto a todo esto pseudo-paranormal, te digo que todo es normal. El hombre es así, y dentro de veinte, treinta o cuarenta años estaremos convencidos de todo esto y ya no hablaremos más de lo paranormal y ya no hablaremos de brujas, hablaremos del hombre y punto. El hombre y sus capacidades. Nada de extraordinario. Hemos tardado todos estos años para entender que a los niños hay que tocarles, que estimular a una persona en coma, a veces, es útil. Eso quiere decir que nuestro conocimiento va tan lento... somos como caracoles. Luego, llega un momento en que tenemos la iluminación y decimos: «Dios mío, ahora lo entiendo». Pero los que ya lo han entendido es mejor que se escondan.

El estar adelantada a mi tiempo empezó cuando tenía quince años, cuando fui a hacerme voluntaria al hospital. Ahora es normal hacerse voluntario, a nadie se le critica por eso. ¿Sabes cómo me consideraban los chicos de mi edad en los años sesenta? Como una tonta que perdía el tiempo sin que le pagaran. A los quince años. Y ahora los voluntarios son estupendos.

Ayer hablaba de las hormiguitas, quizá es un ejemplo estúpido, pero es natural.

Hay diversos estadios de vida. La piedra, el árbol, el grano de arena, todo pertenece a la vida. Partamos de las hormigas, por ejemplo: son formas vivientes que nacen, tienen su ciclo vital y luego mueren. Tú vas al mar a nadar, estás en medio de los peces, te ven, ¿pero tienen conciencia de que eres tú? No creo. Un pececillo no se para y dice: «Oh, ¿has visto a ese ser humano?». Tú tienes un nivel de desarrollo ulterior, por el cual eres más consciente, has comprendido que ahí está el pez y que el pez no es como tú. Lo mismo la hormiguita: ella sigue impertérrita haciendo su trabajo con las miguitas, para su supervivencia, porque está programada por naturaleza; y cuanto más avanzas, hasta llegar a los perros, los gatos, que están más cerca de nosotros, más entienden, te reconocen. Ellos tienen una «programación» más avanzada, reconocen al hombre, también captan sus emociones, pero no hablan, no estudian matemáticas, porque no tienen las estructuras mentales del hombre. ¿Tú cómo ves al perro? Sabes que es distinto a ti. Tú tienes poder sobre él, el perro tiene poder sobre la hormiga, el gato también. Lleguemos al ser humano, ¿qué hay después del ser humano? ¿Las estrellas? Si miramos directamente, están las estrellas y el salto es enorme, pero la naturaleza no da saltos, es imposible. Así que un vacío así forzosamente tiene que llenarse, y no con los ángeles alados.

Pero nosotros no éramos hormigas que se han convertidos en seres humanos. ¿Puedo coger una galleta?

Pues claro que sí... haz como si estuvieras en tu casa. Coge, coge. Hay más paquetes por ahí, cómete las que quieras.

Sigue, por favor..

Son formas paralelas. La hormiga tiene una evolución distinta pero vive en el mismo momento. La hormiga vive ahora. Son las cuatro de la tarde, y también para la hormiga son ahora las cuatro, vive fuera, en la calle, en el mismo año, día y minuto, como nosotros. Estamos nosotros y está ella. Está ella, está el perro. Conviven, al mismo tiempo, todas las demás formas vivas. Quizá también esté al mismo tiempo algo por encima de nosotros, otra vida paralela que vive en este mismo tiempo y que no somos capaces de percibir porque tienen una evolución distinta de la nuestra. Nosotros tenemos una energía y una evolución distinta a la de la hormiga, entonces, ¿por qué no tendría que existir otro ser vivo que viva en nuestro mismo tiempo pero que tenga otro desarrollo, otra «energía»? Del mismo modo que la hormiga no se percató de nosotros, probablemente nosotros no nos percatamos de ellos y no los vemos. Nuestro ojo no los ve porque el ojo selecciona y enfoca sólo lo que conoce o lo que quiere ver.

Pero nosotros no llegaremos nunca a ser como él, porque estamos en una dimensión distinta, la hormiga nunca podrá ser un ser humano.

No, la hormiga nunca será un ser humano.

Y nosotros no seremos nunca como éstos de ahí que están más evolucionados que nosotros, porque si somos realidades paralelas, no nos encontramos.

Más evolucionados no: distintos. Esto no lo puedo decir porque mi conocimiento llega hasta aquí. Puedo proponer una hipótesis: yo no lo sé, porque mi «programación» mental no va más allá. Pero mis sentidos perciben que hay algo más. La fantasía del hombre imagina cualquier cosa. Uno puede imaginarse al ángel, al espíritu... En la naturaleza existen muchas formas de vida, muchas «programaciones», pero quizá haya algo más. Y en mi opinión existen otros seres vivos como nosotros. Un hombre, una mujer...

¿Por qué dices un hombre o una mujer? Si la forma humana es ésta que llega a este nivel, habrá aquellos más o menos inteligentes, artistas, poetas...

Ah no, espera, nos hemos saltado algunos escalones. Si en la naturaleza no se dan los saltos, entonces hay que ir paso a

paso. No tres escalones a la vez, sino pasos regulares. Así que después del ser humano, puede existir otro tipo de ser humano evolucionado de forma distinta.

¿Y que nosotros no vemos?

No, no los reconocemos.

¿Y en cuanto a ti?

Se han inventado de todo. Han dicho de todo. Sencillamente porque utilizo todos mis sentidos. Me he encontrado envuelta en muchas situaciones desagradables porque, sí, utilizo los sentidos pero no soy lo suficientemente madura para saber protegerme y no me imaginaba lo que me pasaría. Seguramente una persona más experta, que ha adquirido determinadas capacidades, no lo diría. Yo soy un poco como la hormiguita, la hormiguita no tiene conciencia de que tú existas, llega hasta la miguita, pero no sabe que estás tú, que puedes aplastarla si quieres. Yo me he arriesgado como la hormiguita, sin saber que después alguien me pisaría.

No sabemos quiénes son los seres humanos que tienen un desarrollo distinto y no sabemos dónde están. Existen, quizá alguien lo sepa. Quizá no existan. ¿Entonces?

En definitiva, tu consideras que estas facultades tuyas no son más que una afinación de ciertas características que todos tenemos y que tú has desarrollado, primero con tu tía, después por otros motivos. Estas características te permiten percibir lo que hay en el mundo, en el universo, y por tanto incluso desde la distancia puedes ver los detalles. Esto está un poco cogido con pinzas... si tú eres capaz de distinguir los detalles a distancia... bah...

Sí, ahora te enseñe un libro de John Downer que habla de ciertos «aspectos paranormales» –esta palabra me disgusta– pero habla de los animales. Los animales tienen algunos «aspectos paranormales» increíbles. Y sin embargo, nadie dice que son videntes. Algunos animales perciben la llegada de un terremoto antes de que suceda, etc. ¿Son videntes en tu opinión? No, es puro instinto. Pero ¿qué sabemos nosotros de la mente humana? Todavía sabemos muy poco. Así que no creo que haya que sorprenderse si una persona puede afinar ciertas capacidades. No nos sorprendemos de que un atleta haga cosas increíbles, pero respecto a otras cosas nos quedamos con la boca abierta. Bueno, ¿cosas sobrenaturales? No, para nada, existen faquires indios que pueden hacer unas cosas... No sabemos hasta qué punto llega el cerebro humano. Yo no pondría límites, dejaría abierta cualquier posibilidad.

¿Nunca has utilizado tus capacidades en provecho tuyo?

No, al contrario, para mí ha sido una gran desventaja. Ha sido un peso, una cadena muy difícil de arrastrar.

Volvoamos atrás. ¿Cuando sufriste la agresión ya habías ido a ver al niño hidrocefálico?

No. Con el rapto tuve una sacudida enorme. Como ya he dicho, fue un terremoto. Luego tuve un periodo de asentamiento, pero como ocurre con un terremoto, cambia el paisaje, ya no es el mismo. El cerebro se trastorna, mis pensamientos ya no eran los mismos. Siempre se trata de un hecho sensorial y cerebral. Si luego queremos entrar en el campo del espíritu, del alma y todo lo demás, entonces vamos todavía más allá. No lo sé, llegamos a los santos, los místicos, a algo que no es para todos.

Efectivamente, consideremos a los místicos. Ellos viven en el mismo tiempo que los demás, pero los demás no están a su nivel. Y sin embargo, son seres humanos como los demás. Tienen manos, piernas, comen, duermen. Son como nosotros, pero no son como nosotros. Viven en nuestro mismo tiempo, pero no es la misma vida. ¿De qué nos sorprendemos? Su mente no es igual que la nuestra, ¿pero qué es lo que son? ¿Impostores? No, son distintos. Nada más.

¿Yo qué sabía entonces de los periódicos? No sabía nada. El periodista me encontró y me pidió que le explicase cómo había ocurrido todo. Me he fastidiado yo sola, porque cuando recibes a un periodista es como si hubieses concedido una entrevista. Así se publicó el artículo. Ese artículo puso toda mi vida patas arriba y desencadenó otro terremoto. La gente se desmadró.

Me han atribuido poderes de pranoterapia, de curación por las manos, pero yo nunca he creído que el simple contacto curase. Nunca he suplantado al médico. Siempre he aconsejado acudir a los especialistas. No obstante, la gente acudía a mí, y yo, a veces, les tocaba (siempre bajo control médico). Quizá sea un poco el mismo mecanismo de empatía con el que hoy se realizan iniciativas como el *Gesundheit* o el uso de animales domésticos en el hospital.

¿Acudían a ti en busca de ayuda?

Sí, yo ya no podía más. Vendimos la casa y nos mudamos. Ésa fue la primera mudanza. Después hubo otras: dondequiera que fuese, siempre me encontraba alguien. Al cabo de unos años empezó el problema de los hijos y el mismo periodista volvió a publicar el artículo de cinco años atrás. Esa experiencia no tenía nada que ver con la batalla que estaba librando por la integración escolar de mis hijos. Me hizo un

daño enorme y provocó que me rechazasen en el único colegio de religiosos que podía acoger a mis hijos. También nos fuimos de allí.

Hubo otro caso y para ése no hay explicación. Para ése no hay ninguna, por más que yo intente ser práctica o realista.

Habían secuestrado a un niño. Yo había hablado con el padre una o dos veces, pero no había sintonía, no había colaboración, y yo pensé que no podía hacer nada, no conseguía entrar en ese historia.

Era casi verano, mi marido y yo fuimos a la costa a buscar un apartamento para las vacaciones. Tras encontrar el apartamento, por la tarde estábamos cansados y decidimos ir a la playa a descansar. Llegó un vendedor de alfombras, yo dije que no necesitaba ninguna alfombra y luego le miré a la cara y le pregunté: «¿Tienes sed?». «Sí.» «Entonces, siéntate.» Mi marido fue a comprarle una bebida. Él puso en el suelo las alfombras y se sentó. Le pregunté de dónde era. «De Casablanca.» Le pregunté si estaba casado. «Sí, tengo mujer e hijos allí. Es difícil estar aquí, pero tú eres persona buena.» Hablamos de Marruecos, de Casablanca, de Italia, de cómo le iban las cosas allí y de cómo le iban aquí. No sé por qué, le dije: «Ten cuidado, porque aquí pasan cosas malas. Aquí raptan incluso a los niños. ¿Sabes lo que significa raptar?». «Sí, sí, rapto. Lo sé. Donde yo vivo alguien ha raptado a niño.»

«¿En Marruecos?» «No, personas que conozco en Italia.» Me dijo, en su escaso italiano, que él conocía a personas que habían raptado a un niño, personas que vivían en Italia. Hablaba con dificultad y se expresaba mal en italiano, pero me habló de lugares concretos. Yo reunía todas sus informaciones, reelaboraba su discurso y en determinado instante, pensé: «Dios mío, hay cosas que encajan».

Seguí haciéndole preguntas, él me respondía y yo mientras tanto reunía todos los datos. Nos despedimos y él se marchó.

«No es posible –pensé–, me ha contado la historia de este secuestro. ¿Pero qué significa? Todo esto no tiene sentido. De todos modos, nunca se sabe, mañana volveré a hablar con los investigadores.»

Y así lo hice. «Capitán, prepárese porque le tengo que contar algo inverosímil.» «Señora –respondió el capitán–, con usted ya no me sorprende de nada.» Le conté que había conocido al marroquí en la playa y que me había contado aquellas cosas. Él se quedó desconcertado. «Veamos, valoremos estas informaciones.»

Yo no sé lo que hizo el capitán, porque no me atañía saberlo, pero el niño volvió a los brazos de su padre sano y salvo. No puedo dar más detalles, pero los datos probablemente fueron relevantes. Cuando volví a la playa de vacaciones estuve pendiente, miraba por si veía pasar al marroquí. Pero no le volví a ver más.

Esto sí que no me lo explico. Voy un día a la playa, muerta de cansancio, invito a una persona a un refresco y ésta me cuenta lo del rapto. Había una probabilidad muy pequeña de que ocurriese, y sin embargo, ocurrió.

Si bien desde un determinado punto de vista, es más plausible o explicable esto en comparación con los demás casos. Me resulta más fácil aceptar que se dé una probabilidad entre un millón que tú veas, o entiendas, como prefieres decir tú, un par de braguitas a cuadros blancos y azules. Me sorprende menos.

Sí, pero para mí es totalmente absurdo. Yo voy precisamente allí, a ese lugar, en aquel momento... bah. Si le hubiese dicho: «No, no quiero nada», sin pararme ni siquiera a mirarle, porque casi siempre pasa que se dice que no y punto, él habría pasado de largo, pero yo le miré a la cara y en cuanto le vi, le pregunté si tenía sed. No sé por qué. Fue aquel instante.

Normalmente tú aprovechas el instante cuando estás concentrada en el caso y percibes el detalle que hace que todo encaje. Pero ahí era distinto, estabas en la playa descansando.

Estaba muerta de cansancio.

No estabas pensando en ningún caso.

No, para nada, no quería ni pensarlo. Recuerdo que no comenté nada más sobre lo sucedido con el capitán porque no sabíamos qué decir.

Después de aquello me fui de vacaciones, regresé a casa con los niños y llegó el momento de matricularlos en el colegio.



Mis hijos años 80

Leo en este artículo publicado en «Oggi» en 1989

“Obligados a estudiar en casa. Han sacado partido de su minusvalía, ya que son grandes miopes desde su nacimiento.

Tras haberse visto obligados a estudiar en casa los dos primeros años de colegio, Fabrizio y Flavio, de siete y seis años, se han convertido en dos pequeños genios y ahora no les admiten en los colegios normales. Son demasiado inteligentes, les dicen. Su cultura es muy superior: Fabrizio y Flavio hablan inglés perfectamente y saben exponer el teorema de Pitágoras.”

Como siempre, la prensa exageró: por ejemplo, no era verdad que los niños hablasen inglés perfectamente, sino que lo estaban aprendiendo. Además su problema no era la miopía, sino la hipermetropía complicada por el estrabismo. Es cierto, no conseguía integrar a mis hijos en el colegio. Tuve que dejarlos en casa y ocuparme yo, junto a mi marido, de su educación. Todo esto en una soledad completa.

“La extraordinaria historia de dos hermanos de Sassuolo. Demasiado inteligentes para ir al colegio. Tras ser educados en casa, han alcanzado niveles excepcionales y la escuela

elemental no está preparada para ellos.” (de nuestro enviado Marco Guidi)

Son demasiado inteligentes o bien es la escuela italiana la que no lo es en absoluto. Quizá son ciertas las dos cosas y en el fondo sólo se trata de un grave malentendido. Pero, hoy por hoy, dos niños que saben demasiado para su edad tienen problemas, y graves. En Sassuolo, tierra de azulejos y empresarios, viven Fabrizio y Flavio. Llegamos a su casa por la mañana, pero los dos niños no están en el colegio. Uno de ellos juega con el ordenador y el otro lee un libro de ciencias naturales. Todo ello es bastante extraño, pero su historia lo es aún más. Nos la cuenta su madre, Paola. Los dos niños, desde el nacimiento, estaban afectados por una forma muy grave de estrabismo y miopía. Los médicos dijeron que había que hacerles una cura muy larga para que recuperasen una visión más o menos normal. De modo que yo, que soy enfermera profesional, dejé de trabajar. Hemos tenido resultados, porque su vista ha mejorado pero no pudieron ir al parvulario y nosotros, de alguna forma, lo hemos compensado enseñándoles a leer, intentando darles una base. El año pasado, cuando el mayor, Fabrizio, tenía que empezar el primer curso de la escuela elemental, su hermano, Flavio, protestó diciendo que si él sabía tanto como su hermano, ¿por qué no podía ir también al colegio? Lamentablemente rechazaron la admisión del más pequeño, mejor dicho, en el colegio nos aconsejaron la escuela familiar, es decir, que estuvieran en casa, que contratáramos a un maestro y les educásemos nosotros. Y así lo hicimos. Y ha tenido que funcionar estupendamente, porque Fabrizio, mientras habla su madre, estudia inglés y Flavio me enseña sus dibujos, cómics infantiles, pero llenos de detalles. La madre continúa: tengo que añadir que los dos niños

han superado el examen de admisión al segundo curso de primaria. Todo perfecto, pero tras el examen nos llamaron para una larga entrevista y nos explicaron que el colegio no podía atender a dos niños como los míos.

–¿Quiere decir dos genios?

–Aclarémoslo ahora mismo: para mí son dos niños normales, es cierto que aprenden muy rápido, tienen curiosidad por todo. Al final de la entrevista con las maestras, ellas dijeron: si fuesen mis hijos yo no les matricularía en segundo curso, sino en una escuela superior.

–¿Qué significa una escuela superior, señora Paola?

–Quizá se referían a una escuela de alto nivel, donde sea posible hacer un seguimiento individual de los niños.

–¿Dónde se encuentran estas escuelas?

–Yo las he buscado, pero no las he encontrado.

La señora explica cómo el director del círculo le propuso formar una clase experimental, con tres profesores. ¿Y si el experimento no funcionara? Me han dicho que quizá podría volver a llevármelos a casa. ¿Pero qué broma es ésta? Mientras tanto, los niños siguen estudiando por su cuenta y no van al colegio. Hacen lo que quieren con el ordenador. Las matemáticas y la geometría les fascinan, ya están con el teorema de Pitágoras, y lo mismo con los idiomas, la música. No tiene que ser fácil para un profesor tener tales alumnos. No es fácil sobre todo porque la escuela pública no está muy preparada. Quien habla es el doctor Luigi Giacobazzi, director didáctico del círculo de Sassuolo, del que dependen (...)"

Luego está « *Il Resto del Carlino* », n°20, 1989

“Vuelven a la actualidad Fabrizio y Flavio, dos hermanos de siete y seis años de Sassuolo, dotados con unas capacidades intelectuales extraordinarias

(.....) con el inicio del curso escolar se ha vuelto a plantear el dramático problema de su matriculación. El segundo curso de la escuela elemental, el que les correspondería tras haber superado brillantemente el examen de admisión, no es adecuado para ellos. Como mínimo se aburrirían en clase y terminarían por no integrarse y convertirse incluso en un problema. El director didáctico mismo admite que los niños necesitan una escuela de nivel medio superior. Así que los padres han decidido dejarles en casa y buscar una escuela privada. Pero tampoco en este caso han ido bien las cosas, ya que los niños no han sido admitidos. No sé qué puedo hacer, dice la madre, que para cuidar de estos excepcionales hermanos incluso ha tenido que abandonar su puesto de trabajo. Aquí no existe ese tipo de escuela de nivel alto a la que hace referencia el director didáctico. ¿Cómo es posible –se pregunta– que en nuestro país no haya una legislación adecuada que tenga en cuenta a estos niños? Es cierto, se trata de una minoría, pero a las minorías hay que protegerlas, ¿o no?”



Profesor Andreoli con mis hijos

Domingo 8 de octubre de 1989, «Il Resto del Carlino»

La escuela autoriza a los niños superdotados a estudiar en casa con su madre. Paola Guidelli (...) ha obtenido el primer reconocimiento de su batalla al conseguir el reconocimiento de la dirección didáctica y la autorización, de acuerdo con la ley, de proveer por su cuenta, durante el curso escolar actual, la educación de sus hijos. La carta que autoriza la educación familiar fue recibida ayer. Lamentablemente, la serenidad en casa de los dos niños de Sassuolo todavía está lejos. El teléfono no para de sonar desde hace algunos días con una riada de peticiones que llegan de toda Italia después de que un semanario desvelase que Paola Guidelli había dado en el pasado pruebas de poseer facultades intelectuales definidas como paranormales. La señora Guidelli ha declarado en este sentido: –Querría declarar –dice– que sin mi conocimiento y sin mi permiso ha sido publicado en un semanario un artículo que, bajo el pretexto de hablar acerca de la integración escolar de mis hijos, ha desnaturalizado y comprometido seriamente la finalidad de carácter socioeducativo de todo el asunto, aludiendo arbitrariamente y sin motivo al tema de mi pasado como “pranoterapeuta” y “vidente”, del cual ya el mismo medio había hablado hace cinco años. Todo esto me ha perjudicado mucho en todo lo que estaba haciendo. Además, de esta manera el periódico ha dado a entender erróneamente a cientos de personas que servidora está dispuesta actualmente a ayudar a gente que, desgraciadamente, padece graves problemas, cuando en realidad, desde hace varios años mi único trabajo es el de madre. Esta gente, a menudo desesperada, llama desde todas partes de Italia para conseguir mi dirección. Por lo tanto, quiero subrayar que mi función

actual es exclusivamente la de madre. No puedo hacerme responsable de ninguna manera de lo que el artículo ha provocado. Considero todo esto una grave injusticia hacia mí y hacia todas las demás personas relacionadas con mi familia y mi vida privada, por cuanto todavía soy también una enfermera profesional de la Cruz Roja. Me interesa mantener con todas mis fuerzas una buena línea de conducta y una ética profesional."

Ese artículo me hizo muchísimo daño. Telefoneé al periodista. «Me has creado un problema enorme, ¿no te dice nada tu conciencia?»

Después sucedió algo curioso: me enteré de que él no quería hablar más conmigo, porque después de esa llamada, al parecer, tuvo algunos problemas de salud. Eso me han contado.

No volvió a escribir artículos sobre mí. Entre otras cosas me dijo que sabía que yo había hablado con la periodista de «Oggi». «Hablé con ella del problema de mis hijos, no de mí. Y puesto que estoy luchando para que se integren en el colegio, pensé en hablar con ella, mientras que tú has hablado de mí y de cosas que no tenían nada que ver.»

En aquella época tenía siempre a los fotógrafos al acecho y me molestó mucho el hecho de que vendieran las fotos de los niños. Esto lo encontré ilícito y no pude hacer nada, porque todavía no existía la ley sobre la privacidad.

Sucedió un episodio que me molestó mucho. Habíamos ido a la costa, a la playa, al sitio de siempre. A cierta distancia vi a un tipo solitario, con una bolsa. Vi que de la bolsa colgaba una cámara fotográfica con teleobjetivo, que apuntaba aquí y allá. Al principio hizo como si nada, pero luego lo apuntó hacia nosotros. Mi marido cogió a los niños y se los llevó al agua, yo me fui hacia esa persona y le dije que guardase la cámara. «Estoy sacando fotos de la playa.» «No, usted está fotografiando a mis hijos, son menores y no puede hacerlo sin mi permiso. Si veo alguna fotografía publicada, le denuncio.» «Mire, usted se está equivocando.» Llamé al socorrista, al que conocía muy bien. «Llama a la policía y secuéstrale la cámara.» El fotógrafo guardó la cámara en la bolsa y se fue. Yo me enfadé con el socorrista. «Es culpa tuya, porque él no podía saber que yo estaba aquí.» Él se quedó confuso y admitió que le había avisado. «Lo siento mucho –le dije–, porque hace muchos años que nos conocemos.»

La «Gazzetta». Martes 21 de noviembre de 1989. Noticias de Sassuolo.

“Ahora el caso de los niños genios será dar a conocer en toda Italia para juzgar las reglas de la escuela

(...) El caso de la madre coraje acaba bajo los focos de la RAI. Un programa de RAI3, Samarcanda, que emitirá el programa especial el próximo 30 de noviembre, llevará a la televisión el caso de los llamados niños genios de Sassuolo. Natalia Augias ha llegado desde Roma con su equipo para grabar el desarrollo de un hecho paradójico a través de los protagonistas de esta historia a la italiana. Me parece –dijo ayer la Augias entre una toma y otra– que en el caso de estos niños que no han podido, como todos los demás, asistir a la escuela elemental hay una deformación. Si la escuela, no necesariamente la de Sassuolo, en la que deberían haberse integrado Flavio y Fabrizio, no ha sido capaz de acoger su diversidad positiva, ¿cómo será posible ayudar a los mucho más numerosos niños que tienen dificultades de aprendizaje? Evidentemente el modelo que se persigue con este tipo de enseñanza es sólo la transmisión estandarizada de una serie de nociones. Quien no encaja en el modelo base, tiene poquísimo espacio y tienen que arreglárselas solo. Hasta aquí la opinión distanciada de la periodista de la RAI que esta mañana hablará con los demás protagonistas del caso: el director didáctico, los profesores y los padres de los demás niños de la escuela Vittorino Feltri. En definitiva, intentará ver cómo ve la opinión pública a dos niños apartados de las aulas sólo porque ya son capaces de (...).”

Ha sido verdaderamente una odisea infinita. En aquella ocasión descubrí que no estaba sola para enfrentarme ante ciertos problemas. También había gente que estaba peor que yo. Padres e hijos que han sufridos verdadera vejaciones sólo porque deseaban una escuela adaptada a las capacidades de los chicos.

La desconfianza que rodeaba también a mis dos hijos era fruto tan sólo de la superficialidad. Todos los niños a los que se les presta atención y se les valora pueden obtener resultados espléndidos. Pero si son educados como en una cadena de montaje y obligados a avanzar a fuerza de nociones, ¿en qué se convertirán de mayores? De este modo desperdiciamos recursos y energías.

Cuando aparecieron estos artículos sobre los niños, Cristiana Bartoli, una estudiante de la Universidad «La Sapienza» de Roma, me llamó por teléfono porque quería escribir su tesis de licenciatura sobre este tema. Yo me mostré dispuesta a proporcionarle toda la información de que disponía. Vino desde Roma, conoció a los niños y luego salió su tesis, que fue publicada. Quiero citar aquí sus conclusiones.

“De todo lo dicho hasta ahora se manifiesta cómo a menudo el “ser superdotado” puede representar para un niño todavía en fase de desarrollo un problema, una condición que hace más fácil el aislamiento y la inadaptación social.

Y sin embargo, al niño superdotado, igual que a los demás o incluso más, hay que ayudarlo a crecer y a expresarse en todos sus aspectos y potencialidades. Y ello no sólo porque como todos los seres humanos tiene derecho a una educación en igualdad que se articule de manera que satisfaga y respete sus múltiples necesidades y niveles de conocimiento, sino también porque nunca como en nuestra época, tan cambiante, es tan necesaria una mejor utilización de los talentos y los recursos intelectuales.

El mundo necesita personas inteligentes, grupos-guía renovados que sepan incrementar el nivel general de los valores y de la conciencia humana. Esto no significa potenciar el compromiso y las energías en el campo tecnológico, cosa que, por otra parte, se ha realizado hasta hoy, sino, más bien, adquirir aspectos de una inteligencia creativa, dirigida más hacia la realización de metas elevadas a largo plazo que a la continua búsqueda de beneficios prácticos a corto plazo.

No se entiende, por tanto, cómo pueden descuidarse todavía cuestiones como la del niño “dotado”, puesto que nuestro futuro está en manos precisamente de algunos de ellos.

Università Degli Studi di Roma

“La Sapienza”

Facultad de Magisterio
Licenciatura en Psicología
Año académico 1989 - 90

Tesis di Licenciatura:
“EL NIÑO SUPERDOTADO”

Director: Prof. Roberto Mayer
Co-Director: Prof. Aldo Carotenuto
Alumna: Cristiana Bartoli

He luchado con fuerza para conseguir el derecho para todos los niños a asistir a una clase adecuada a sus capacidades. Conseguí muchos certificados de solidaridad, incluso la RAI se preocupó por mi caso, pero la burocracia ministerial hizo oídos sordos, mejor aún, informalmente me dio a entender que era mejor que lo dejase estar, que no existía una ley que permitiese estos saltos. Si mis hijos sabían utilizar el ordenador, hablar, resolver el teorema de Pitágoras, tenían que ir al colegio a aprender el silabario partiendo de cero.

Fue una batalla muy difícil y debería haber evitado a los niños toda aquella notoriedad. ¿Pero qué tenía que haber hecho? ¿Obligarles a que renunciaran a sus capacidades, o coger mis bártulos y trasladarme a Suiza abandonando mi ciudad y mi familia? Era una situación absurda: mis hijos, de seis y siete años, se quedaban en casa para educarse y mi marido y yo nos arriesgábamos a que nos denunciaran por absentismo escolar. Pero al mismo tiempo no nos quedaba más remedio que hacerlo, porque las mismas maestras de la escuela elemental que habían examinado a los niños se habían desentendido del problema. «En la escuela elemental estarían desaprovechados.»

Con las escuelas privadas la cosa no fue mejor. Muchas felicitaciones, pero las puertas cerradas, para evitar un mayor trabajo.

Gazzetta di Modena 6-1-90

Se crea en Sassuolo el comité nacional para niños superdotados.

Entre sus promotoras está Paola Guidelli, con el apoyo de centenares de padres. Los problemas de las madres coraje ya no tendrán que permanecer en silencio, y junto a ella otros padres han denunciado los abusos y vejaciones de los compañeros de clase de sus hijos y la ceguera del sistema escolar ante las exigencias de niños superinteligentes. Para Paola Guidelli ha empezado una nueva batalla, la de la "Revolución Amable", como se ha denominado el comité nacional que se ocupará de centenares de casos de niños castigados en la escuela a causa de sus capacidades de aprendizaje superiores.

—No queremos afirmar que nuestros hijos pertenecen a una raza especial de superniños —ha repetido siempre Paola Guidelli, hablando en nombre de otros padres—, pero no es posible que en el umbral del año 2000, en la víspera de la integración europea, la escuela italiana no esté preparada para los niños que tienen distintos grados de aprendizaje, como sucede en los Estados Unidos, Inglaterra o la Unión Soviética. Una escuela que no se preocupa de desarrollar las potencialidades de todos los niños cumple a un nivel mínimo su función de educación e instrucción. Empezando por la asistencia a niños con discapacidad que tienen dificultades de aprendizaje.

Fabrizio y Flavio habrían encontrado centros especializados en varios países europeo y en los Estados Unidos. En Italia, en aquella época, sólo existía una escuela privada dirigida a niños de este tipo, en Milán. A los hijos de una enfermera de la Cruz Roja aficionada a la pintura como yo y de un ceramista apasionado de la fotografía como Silvano, no les quedaba más remedio que apañárselas, porque el coste total esta fuera de nuestro alcance, lamentablemente.

Desde pequeños empezaron a dar los primeros signos de precocidad. A los dos años, tanto Fabrizio como Flavio pasaban horas observando, con gran atención, las revistas que encontraban por casa, los libros, las etiquetas de las botellas, todo lo que estaba escrito. Luego me preguntaban la diferencia entre las figuras, los colores, las letras. Silvano enseñó a leer y escribir a los niños cuando tenían 3 y 4 años. Él y yo hacíamos lo posible para saciar su sed de conocimiento. Silvano transmitió a los niños también su pasión por la música. Les hacía escuchar un fragmento de música clásica, primero a una velocidad normal, luego a una velocidad lenta y les enseñaba a distinguir los distintos instrumentos, los sonidos, las alturas, los distintos timbres... Era un juego que les divertía muchísimo, que hacía a petición de ellos. Nada se les imponía, eran ellos lo que lo pedían. A los cinco años quisieron aprender el inglés o el alemán. Nosotros hacíamos lo que podíamos. Yo sólo sé que me encontré estudiando de nuevo todo el día. Una madre no puede sustituir al colegio, mis hijos

soñaban con sus pupitres, sus cuadernos, compañeros de juegos; también el contacto con otros niños era un problema. Era como si mis hijos hablasen otra lengua, como si fuesen marcianos. Preguntaban cosas extrañas a los niños de su edad y también a los mayores, y nadie quería jugar con ellos. Flavio, ahora, recuerda con afecto cuando, a los cinco años, les preguntaba a los niños que jugaban en el parco de qué signo zodiacal eran, mientras que ellos le respondían que no sabían ni lo que era un signo zodiacal, de manera que Flavio enumeraba correctamente en orden los doce signos.

En otra ocasión, también Flavio, en una visita experimental a la escuela elemental de Sassuolo, mientras intentaba entender lo que estaban haciendo en primer curso, propuso a un grupo de compañeros leer el texto de la página sin pronunciar en voz alta, cosa que estos niños no sabían hacer y cuyo mecanismo no comprendían. Flavio quedó muy decepcionado. Pero los dos hermanitos se divertieron mucho más cuando pudieron asistir como juego a alguna clase de la escuela media de Vignola, gracias a la magnánima comprensión de la Directora, que aceptó este delicado experimento, considerando que tenían seis y siete años y que se encontrarían en la misma aula con chicos de 11 años. Su clase preferida era la de informática, donde ayudaban activamente a los compañeros más mayores a teclear en aquellos ordenadores de finales de los años 80, con gran dominio. Hay que decir que el momento más difícil era con

toda seguridad el del comedor y el del recreo, porque se encontraban un poco fuera de lugar entre chicos tan mayores, aunque de todas formas habían tenido el mismo problema con niños de su edad.

Il giornale. 6-1-90

Está a punto de nacer en Emilia el comité de padres en defensa de los niños superdotados. La promotora es una enfermera de Módena que se ha dirigido al ministro Mattarella para pedir escuelas específicas

(....) está a punto de constituirse un comité en defensa de (.....) Su principal objetivo es una ley que adapte las estructuras escolares según el modelo de las norteamericanas, soviéticas, británicas, donde existen programas especiales para estos niños. (.....) El caso de Falvio y Fabrizio parece aislado, pero a Paola Guidelli han empezado a llegarle numerosas llamadas de teléfono de otros padres con problemas similares. Nombre del comité (.....)"

La noticia de la batalla que estaba librando por la integración escolar de mis hijos llegó hasta algunos diarios de Alemania e Inglaterra.

En Alemania los familiares de la esposa de un profesor, un tal profesor Logan que vive en Seattle, en un centro de investigación neuro-genética, le informaron de que en Italia había unos niños que podían ser interesantes para sus

estudios. El profesor Logan se embarcó en nuestra búsqueda y consiguió, no sé cómo, mi número de teléfono. Me llamó pero no lográbamos entendernos, y nos pusimos de acuerdo para una cita telefónica en casa de Cristina, una amiga americana que me hizo de intérprete. Me dijo que estaba estudiando los efectos de una metodología que había establecido para el desarrollo intelectual del feto y quería saber lo que había hecho yo durante el embarazo. Si hablaba con el niño, si le hacía escuchar música. Yo le respondí que lo había hecho de forma totalmente natural. Él me dijo que esto era muy importante para las células cerebrales del feto. Me preguntó si le daba permiso para incluir mi ejemplo en el libro que estaba escribiendo. Le dije que sí, que no había problema. Yo le pregunté por qué le interesaba, si me llamaba sólo para saber lo que había hecho en el embarazo.

«No –respondió–. Estamos buscando niños de este tipo por todo el mundo. Hemos encontrado en varios países, en India, Israel, Rusia. Un día, cuando estos niños sean mayores de edad, podrán hablar entre ellos mediante un código.» Me dijo que quería dar algún apoyo a los chicos. «¿De qué manera?», le pregunté.

Me respondió que podría llevarles a los EE. UU., que ellos se ocuparían de su educación, les habrían pagado los estudios. Silvano y yo no entendíamos el sentido de una cosa

así. Nos parecía que era como vender a nuestros hijos a Norteamérica y decidimos no hacerlo. Él me mandó cartas de apoyo diciéndome que se las podría llevar a los profesores. Se lo agradecí, pero no hice nada con ellas, porque a los profesores seguramente no les interesaban las cartas de esta profesor, que además estaban escritas en inglés. Después me aconsejó que hablase con especialistas italianos que él conocía, pero no conseguí obtener estos contactos.

Para supervisar a mis hijos tuve que dimitir de mi puesto. Primero pedí una excedencia del trabajo, pero luego lo dejé. Incluso en aquel caso me obligaron a pelear porque no querían pagarme la liquidación. Después de casi trece años de trabajo no querían pagarme la liquidación. Había una ley que decía que el personal sanitario paraestatal no tenía derecho a la liquidación hasta un determinado número de años. Yo necesitaba ese dinero, no es justo trabajar tantos años sin que te liquiden. Yo no pedía una pensión, obviamente, pedía una liquidación, que es distinto. De nuevo todo el mundo me trató como una rompepelotas, sencillamente porque no doy mi brazo a torcer. Fui a los sindicatos para resolver la cosa y se me rieron a la cara. Yo decía: «Si no existe la ley, hay que hacerla, ¿no os parece?». Ellos me miraban con lástima, como queriendo decir: «Pobrecilla, tú, una hormiguita, ¿quieres cambiar la ley?». «Seré una pobrecilla, seré una hormiguita, pero tengo derecho a ese dinero. Es un dinero mío que cada año ha sido reservado.»

Hice la cuestión pública a través de los periódicos. La RAI local hizo un programa en el que me entrevistaban y yo explicaba cómo estaba el asunto. Después de un tiempo me llamaron a casa y me preguntaron: «Señora, ¿cómo quiere que le hagamos el ingreso?».



Nuestro Cuadro - Arcoiris

¿Quieres contarme la historia de L'Arcobaleno¹?

Ya estaba en España. Aquel día había acompañado a los chicos a la librería, estaba en el coche y mientras les esperaba, abrí el periódico, «Il Corriere della Sera», y leí: Ha muerto Lucio Battisti.

Me quedé de piedra, me sentí fatal.

¿Eras una fan de Lucio Battisti?

No, simplemente era un cantante que me gustaba, sus canciones me acompañaron en muchos momentos, como les ocurrió a todos los de mi generación. Me gustaba y punto.

Leí todo el artículo, los comentarios sobre él escritos por personas que le habían conocido, lo que llaman en la jerga el «cocodrilo».

¿Cocodrilo? ¿Qué quieres decir?

Se trata de los artículos que se escriben cuando alguien muere. «Este cocodrilo no me gusta nada», pensé. Más tarde vi el telediario y todos los reportajes que hablaban de su muerte y de su vida. También vi la entrevista a Mogol. En un momento determinado se desencadenó en mí una rabia, una rabia mía, personal, por toda la situación.

«Todos estos que dan su opinión eran todos amigos suyos –pensaba–. Cuando alguien muere a todos les gusta hablar de lo muy amigos que eran, de todas las cosas que han hecho juntos.»

Me pregunté lo que dirían si hubiese muerto yo. Y así empecé a reflexionar sobre este asunto, me daba cuenta de la falsedad de esas personas que honraban la memoria del muerto. Escuché las palabras de Mogol que decía que, por su puesto, si Lucio no hubiese muerto habrían vuelto a trabajar juntos. Me encontré pensando: «Quién sabe, tal vez sea cierto. Sólo Lucio Battisti podría decirlo, pero ya no puede hacerlo».

Ocho días después de su muerte, yo estaba en el baño, me estaba secando el pelo y vi un arco iris que se deslizaba desde el mueble blanco. Me pareció extraño y abrí la ventana

¹ «El arco iris», canción compuesta por Mogol y Gianni Bella e incluida en el álbum de Adriano Celentano *Io non so parlar d'amore*, aparecido en 1999 poco después de la muerte del cantautor italiano Lucio Battisti.

para ver si había llovido, pero no había llovido en absoluto y menos aún había salido el arco iris. «Qué raro, ¿de dónde vendrá?» Observé, y mientras observaba, por ese mecanismo del que ya te he hablado, me puse a escuchar, y en ese momento fue como si... tac... como si atrapase el instante: «El arco iris, el arco iris... la canción... es una canción...». Sí, pensé en Battisti. Pero no lo vi, pensé en él.

¿Battisti te vino a la cabeza?

Fue todo uno ver el arco iris y, por aquel mecanismo habitual, en un cierto momento en aquella fracción de segundo, imaginar su figura junto al arco iris. Los colores, los sonidos.

Y el sonido era una nota continuamente repetida. Esta nota repetida era el principio de la canción.

«El arco iris es el puente entre vosotros y nosotros.» Lo escuché o lo imaginé o, no lo sé, pensé que Battisti me estaba comunicando este pensamiento. «Sí, eso es –dije en voz alta–, el arco iris es un puente, un puente entre nosotros y otro mundo.»

Después lo dejé estar y continué con mis asuntos. En ocasiones me venía a la cabeza Lucio Battisti. Volvía a pensar

en el arco iris y en las dos notas. «Ahora se lo mando a Mogol.»

En mi opinión te está saltando algo.

No.

¿Dónde estaba la canción? Tú sólo habías visto el arco iris.

En aquel momento, sólo eso.

¿Entonces qué es lo que le ibas a mandar a Mogol si todavía no tenías la canción?

Un mensaje: «Le mando un mensaje y le digo “ésta es la canción que hay que componer para Lucio, se titula el *Arcobaleno*. La música es una nota que se repite”. ¡Venga ya! –me decía– cómo voy a mandárselo... todo esto no tiene sentido. Ni siquiera conozco a Mogol. No sé ni dónde está, no sé ni cómo encontrarle, y además, ¿te lo imaginas?, voy, le llamo y le digo: “escribe el *Arcobaleno*. ¡Es absurdo!»

Pero luego este pensamiento me rondaba constantemente.

¿Ese pensamiento te rondaba la cabeza ese día concreto o también los días posteriores?

También los días posteriores. Empecé a pensar en buscarle de verdad, pero no sabía dónde encontrarlo. ¿En Milán? ¿En Roma? No tenía ni idea. Entonces pensé que algún periodista sabría dónde vivía Mogol. Llamé a un periódico y me respondió el telefonista. No sé decirte por qué, pero decidí hablar en español. En lugar de decir «buon giorno», dije «hola».

El telefonista me respondió:

«Hola.»

«¿Usted habla español?»

«Sí, yo hablo español.»

«¿Eres español?»

«No, soy italiano.»

«¿En serio? Entonces, ¿por qué hablas español?»

«He trabajado en Madrid mucho tiempo.»

«Ah, mira qué coincidencia. Perdona la molestia, quería saber el número de teléfono de una persona que vive en Italia»

Le dije una mentira, le dije que era una periodista española y que buscaba a un compositor de canciones que se llamaba Mogol.

«Ah, sí, sí. Claro que lo conocemos.»

«¿Podrías darme su número de teléfono?»

«Mira, en este momento no hay nadie en la redacción, pero si llamas dentro de una hora te lo puedo dar. ¿Tú cómo te llamas?»

«Me llamo Paula.»

«Vale Paula, llámame dentro de una hora.»

«Vale.»

Le volví a llamar y el telefonista me dio el número del centro musical donde trabajaba Mogol. Cuando tuve el número empecé a dudar: «Ay, Dios, ¿qué hago ahora?». Después de varios titubeos, decidí telefonar: «¡No es para tanto! Lo hago. Llamo. ¿Pero por qué lo estoy haciendo? ¿Por qué estoy haciendo esto?» Quizá porque me daba rabia aquella situación, quizá porque me había identificado con Battisti y deseaba hacerle justicia. Era como si quisiera hacerme justicia a mí misma por todo lo que había vivido por culpa de los periodistas.

Te paro porque no te estoy entendiendo. Tú querías llamar a Mogol para decirle: «Yo siento que Lucio Battisti me ha mandado un mensaje, siento que hay que escribir una canción». Porque en realidad cuando viste el arco iris, sentiste, visualizaste a Lucio Battisti, ¿no? Luego pensaste que tenías que decirle a Mogol que escribiese una canción para Lucio. ¿Estamos de acuerdo? Entonces, ¿qué tienen que ver eso con hacer justicia, por qué tenías que hacer justicia? No lo entiendo, dándole este mensaje a Mogol... ¿cuál era el propósito?

El propósito era el mensaje: «Hay una canción que tú puedes componer. Una canción que tiene que ver con Lucio Battisti, una canción en su memoria. Haz lo que quieras. Puedes componerla o no, haz como te parezca. Si la escribes, ten en cuenta que esta canción es especial, no es una bruna, es una cosa muy seria. Es una oportunidad de demostrar que eres de verdad su amigo. En lugar de escuchar y de hablar con todos esos cocodrilos en la televisión, una persona que ha trabajado contigo veinte años muere y llega alguien y te da una canción. Ese alguien puede ser cualquiera, pero si te dan ganas de hacer esa canción, puesto que la cosa ha surgido de manera tan especial, tenlo en cuenta y, por lo tanto, actúa con tus más limpios sentimientos».

Sí, pero ¿por qué hay rabia en ese momento concreto?

Era rabia por todo lo que había leído y escuchado sobre él. Yo escuchaba a esas personas: «Son falsas –pensaba–, estas personas que están hablando de él son falsas».

¿En cambio tú pensabas que Mogol podía ser un verdadero amigo?

No, me habría gustado averiguar si era cierto lo que decía. Me he puesto en el lugar de Lucio Battisti. «Veamos cómo tratas esta canción, veamos cómo la utilizas.»

Pero la canción todavía no existía.

No. Existía un esbozo de la música, existía un título y existía esta rabia mía. Marqué el número de teléfono. Me respondió enseguida una voz femenina: «Perdone, quería hablar con el señor Mogol». «El señor Mogol no está, ¿puede decírmelo a mí?» «Tengo que dejarle un mensaje.» «Si le da igual, está su secretaria personal.»

Me pusieron en contacto con la secretaria. La rogué que no se sorprendiera, porque lo que le iba a decir podía resultarle un poco extraño. Le dije que mi nombre no tenía ninguna importancia, que lo que importaba era el mensaje.

«¿De qué se trata?» «De un mensaje de parte de Lucio Battisti.» «¿De parte de Lucio Battisti?» «Sí, ya lo sé, le parecerá extraño. Sé que está muerto... tómesele como quiera, yo se lo digo y después haga como le parezca.» «De acuerdo, tomo nota.»

Le conté de la existencia de esta canción y que su título era *L'Arcobaleno*.

No, no, cuéntamelo bien. Repite la llamada palabra por palabra.

Ella dijo: «Soy Daniela, la secretaria de Mogol». «Puedo decirle quién soy, pero mi nombre no importa. Quería hablar con Mogol porque hay una canción que querría... es un mensaje, este mensaje concierne a una canción, una canción especial que me ha dictado Lucio Battisti.»

En ese momento dije exactamente: «Que me ha dictado Lucio Battisti». «¿Perdón? ¿Cómo? Que le ha dictado... ¿Lucio Battisti?» «Sí, sé que está muerto. No se sorprenda, quizá yo tenga unas capacidades especiales, no sé cómo explicarlo, pero ha surgido esto y, de alguna manera, he sentido su presencia que me rogaba que escribiese esta canción. No sabía si hacer o no esta llamada, pero la he hecho, porque entre hacerla y no hacerla, es mejor hacerla, aunque me tome por loca.» «Es un

poco extraño, pero dígame.» «La canción se titula *L'Arcobaleno*. En la melodía se repiten estas dos notas y el significado el arco iris es el de un puente entre nosotros y ellos. Puede decírselo a Mogol... esto es todo.»

Nos despedimos y ahí acabó todo. Pasaron algunos días, me hallaba en el centro de la ciudad porque tenía una cita con una persona que trabajaba en la radio, con la que estaba preparando un programa radiofónico. Esta persona estaba ocupada y tuvo que aplazar la cita conmigo. Entonces decidí dar un paseo por el centro. De repente tuve una sensación extraña. Una sensación mía, que me empujaba hacia una librería y un pensamiento, que en mi opinión era mío, que me decía: «Entra y a tu izquierda, en el estante a la altura de los ojos, encontrarás un libro especial». «Hoy estoy muy rara –pensé–, no es posible, ahora entro en la librería y voy y encuentro este libro en un estante a la altura de mis ojos. ¡Qué va!»

¿Pero tú sabías qué libro era?

No, para nada. Entro en la librería, sigo al pie de la letra las indicaciones y cojo el libro. Aquí está, mira, su título es *Más allá del arco iris...*

Me quedé de piedra. Compré el libro, regresé a casa, lo hojeé y vi que el último capítulo se titulaba «El arco iris». Empecé a leer y cogí un bolígrafo porque había frases que me gustaban y decidí subrayarlas. Lo hice instintivamente: «Esta frase hay que subrayarla. Estas palabras hay que subrayarlas, éstas también. Qué bonitos, estos pensamientos. También esto hay que subrayarlo».

Llegó un punto en el que comprendí que todo lo que había subrayado estaba relacionado con la canción, con su contenido y su significado.

Me levanté, cogí el teléfono y llamé a la secretaria de Mogol. «Perdóneme, creía que todo había terminado, pero tengo un segundo mensaje. Coja una grabadora porque es largo y está en español y tengo que traducirlo. Aquí tiene el mensaje, déselo a Mogol:

“Y allí se había retirado, decidido a resolver el problema, el enigma del arco iris, a cualquier precio. Después de todo ese tiempo podía ver un aspecto físico y la lluvia podía formar un arco iris de la nada. Hay una forma de ir más allá del arco iris, tú posees esta forma, tienes que descubrirla tú mismo dentro de ti. –Yo pensaba que ése era el motivo para escribir la canción, para ir más allá. Y luego continuaba–: La cabeza no tiene nada que ver con la esperanza y es un regalo del

corazón. Es un mensaje para el corazón, pero si fuese lo contrario, si la cabeza se rindiese, entonces en ese momento empezaría lo bueno. Los hombres piensan demasiado. Las cosas del corazón se saben o no se saben. Lo crees o no lo crees, es inútil mentir. No existe una fórmula, ni un sistema, ni una técnica, ni un movimiento. O se saben o no se saben. Los seres humanos pretenden controlarlo todo con la cabeza y no se dan cuenta de la eficacia que pierden al hacerlo así.”»

Es bonito cuando dice «las cosas se saben o no se saben». Está relacionado contigo, cuando dices: «No tengo dudas, lo sé. ¡Es así!».

Y después seguía:

«Yo no me pregunto cómo puedo volar, sencillamente siento que puedo hacerlo. Y que puedo hacerlo con mi cuerpo, con mis plumas y lo hago. Nada más».

¿Quién es el que habla, un pájaro?

¿En el libro?

Sí.

En el libro es un espíritu. Y dice:

“Todo tiene dos partes, dos mitades que bailan juntas, desde los límites del tiempo. Y en medio de esta danza nosotros conocemos a todos los seres que gravitan a un lado y a otro desconcertados y confusos. Lo que estoy diciendo no puedes entenderlo con la cabeza porque no es una respuesta que tiene que ver con la cabeza, tienes que dejar que el corazón lo sienta, que lo perciba y que lo palpe. El corazón sí que puede entender las paradojas. El universo es una paradoja inmensa y maravillosa. Incomprensible para la razón, pero perfectamente accesible al sentimiento y al corazón de los hombres. Para las cosas importantes de la vida, no existe el cómo, ése tipo de cosas sencillamente ocurren. La transformación es algo mágico y misterioso. Sucede por sí misma, sin que nadie la invoque, sin que nadie la active. Vendría a ser alguna cosa, así como la consecuencia del amor. Cuando se dejar de rechazar algo, dentro o fuera de nosotros surge la aceptación amorosa, es en ese momento cuando todo se transforma. Los hombres piensan demasiado. Los hombres piensan demasiado. El universo es mágico y misterioso y por mucho que os esforcéis por medirlo y pesarlo o predecirlo, continuará siendo mágico y misterioso. Vosotros, los hombres, pensáis demasiados. Nunca sabremos en qué momento, en qué pequeña circunstancia dará un cambio a nuestra historia. Solamente podemos saber que todo está bien hecho y que, de una manera u otra, todo se encamina hasta alcanzar su perfección. Sabía que los hombres hablan de oídas de la libertad y que, aún mejor, hablan de libertad así, en minúsculas, con la boca pequeña, con el corazón lleno de miedo.

Soy libre, total y completamente libre. Libre de todo tipo de temores y de miedo. Libre de todo tipo de tensiones o de exigencias impuestas. Libre de todo tipo de culpa y de todo tipo de necesidad. La vida no es un drama, pero es aún mejor que una inmensa representación teatral donde cada uno de nosotros interpreta un papel y

acaba perdiendo la conciencia de ser un actor. En ese momento algo empezó a reír en mi pecho y vi que allí estaba el arco iris, entre el sol y yo, y levanté la cabeza por encima del puente gigantesco entre el cielo y la tierra. La risa salió de mi pecho hasta mi garganta y después hasta mi boca, finalmente hasta mis labios y reí como nunca había reído. Una risa sabrosa pero estúpida al mismo tiempo y sentí que era el espíritu, mi espíritu en ese momento y que lo hacía como si no hubiese podido nunca reírse así hasta ese momento. Después de una vida amordazada y en silencio. Era el universo. Y vi que también el arco iris reía. Lo saludé con la sonrisa del corazón. Lo saludé con el gusto de la libertad, de igual a igual, y con él hablé sin palabras, sin ideas ni conceptos. Sin marcos donde encerrar la realidad pura e inmaculada. Sabiendo que nadie ni nada me obliga. Y entonces decidí libremente, me di libremente, no por obligación moral, ni por sentimiento, ni por culpa alguna, sino sencillamente por amor, porque esto es lo que me estaba naciendo del corazón, más allá del arco iris.»

¿Tú tradujiste este mensaje y la secretaria lo grabó tal cual?

Sí, se lo dije: «grábalo».

¿Pero le dijiste de dónde lo habías sacado?

No, para nada.

Porque, en efecto, el texto está extraído de este señor, Grian, el autor del libro.

Sí, pero yo extrapolé las palabras. El mensaje lo compuse yo.

¿La canción que se escribió más tarde es así?

No, éste era el mensaje, a través del cual deberían encontrar el texto para la canción. Es como si te dijese: «Te voy a contar una historia».

Y yo tengo que sacar una canción de las cosas que tú me has dicho.

Sí.

¿La canción es parecida? Perdona, es que no la conozco.

Sí.

¿Y es el resultado de este mensaje?

Sí, sí. Además la encontré absolutamente coherente, me parecía que aquellas palabras representaban a Lucio Battisti diciendo: «Yo ahora estoy en esta vida, soy libre, no tengo culpas, no siento obligaciones».

El texto de esta canción lo escribió Mogol, así que comprendió el mensaje. Tuvo una buena capacidad de síntesis.

Sí, tiene una gran capacidad, no tengo nada que decir, esas palabras son preciosas. Son suyas.

Bien, ¿entonces qué pasó?

Cuando terminé de dictar este mensaje se produjo un silencio. Yo le dije a la secretaria de Mogol: «Daniela, ¿está todavía ahí?». «Sí, estoy aquí, se lo haré escuchar a Mogol.»

Desde entonces no volví a saber nada más hasta un día en el que me dije a mí misma que tenía que llamar a Daniela porque tenía que decirme algo. La llamé y ella me respondió: «Iba a llamarla yo, porque quería decirle que se ha hecho la canción, la canta Adriano Celentano y se lanzará pronto». «Ah, ¿y cómo es?» «Es preciosa.»

Así acabó la charla y después no volví a saber nada más.

¿No te llamó Mogol?

Nunca, ni siquiera una palabra. Le escribí yo una carta, le mandé también el catálogo de mis cuadros para que supiera quién era. En la carta le expuse mi deseo de hablar con él, quería decirle que aquella canción había que tratarla bien, con respeto, que no era algo comercial, no podía ser algo comercial. Pero nada. Nunca una respuesta.

Se lanzó la canción. Y a continuación hubo todos los comentarios, luego todas las historietas en los periódicos y al final sucedió el contacto con Michele Bovi.

Detente. Qué comentarios, qué historietas.

De varios tipos; Mogol, en la presentación del disco, dijo que la canción era algo mágico, que habían sucedido cosas extrañas, pero que no las quería contar. Pero ya sabes, un periodista al que le dices que hay algo extraño empieza a tener curiosidad, a insistir.

Después me entrevistaron también a mí.

Un momento, tú no aparecías, ¿cómo es que te hicieron la entrevista?

Tras la aparición del disco, yo me enfadé un poco. Un poco bastante. Me pareció que estaban aprovechándose del origen de la canción para promocionar el disco. Hablé con una persona que estudia fenómenos paranormales y, aunque yo no estaba de acuerdo con su visión, le conté lo de la canción. Esta persona me preguntó si podía escribir un artículo en su revista y yo acepté. No recuerdo bien cómo fue, pero al cabo de un tiempo mi hijo encontró un mensaje en el ordenador en el que Michele Bovi me pedía ponerse en contacto conmigo porque estaba interesado en el caso muy en serio, y se presentó de un modo correcto y educado.

Creo que él había hablado con Daniela para pedirle mi número de teléfono y ella le dio la dirección de correo electrónico de mi hijo Fabrizio, desde la que yo misma le había mandado mensajes. En un primer momento decidí no hablar con él, después acepté conocerle, luego lo pensé mejor y en el último momento no quise verle. Pasaron algunos días y volví a pensármelo. «Quizá sea mejor que explique algo, pero no diré quién soy.»

Él cogió el avión y vino aquí. Grabamos la entrevista, una entrevista bastante larga.

Yo decía que la canción se había escrito exactamente como debía escribirse, que el título era el que tenía que ser y que también la música era correcta. La entrevista fue emitida por la RAI y yo tenía la cara cubierta. Después de este programa en la RAI, hablaron de ello en Canale Cinque. Todos hablaban de ello, todos decían su opinión, incluso alguno, Renzo Allegri, por ejemplo, dijo que me conocía en persona desde hacía veinte años.

Recibí otro *email* de Michele Bovi en el que me comentaba la repercusión de la noticia, publicada en 19 periódicos, y me explicó la forma en que los críticos se habían ocupado del asunto. Además me hizo notar que las ventas del disco se habían multiplicado...

En los periódicos empezaron a recibir llamadas de pseudo-médiums que afirmaban estar en contacto con Lucio Battisti. Llegado este punto decidí salir del anonimato, a través de un artículo en la "Gazzetta di Modena". Después de eso escuché comentarios de todo tipo, historias, historietas, hipótesis, leyendas metropolitanas, escuché cosas de todos los colores. Mogol siguió dando entrevistas y los periodistas siguieron haciendo de las suyas, con sus chismes.

El asunto continuó durante un tiempo.

Un día me encontré pensando: «Le he regalado una canción a Mogol, que no ha entendido mi intención, y él la ha utilizado como ha querido. Los periodistas han escrito lo que han querido. ¿Cuál ha sido el resultado final? Que Mogol ha exaltado el mito de Battisti, que ha escrito una canción bellísima en su memoria, mientras que yo soy una charlatana y además parece que estoy enfadada porque no he visto ni un duro».

Envié una carta a Mogol en la que declaraba que no pretendía ningún derecho sobre la canción.

Llamé a la agencia de noticias ANSA y declaré que no era la médium de Battisti, que nunca había hablado con el espíritu de Lucio Battisti y que *L'Arcobaleno*, la idea, era harina de mi costal.

El desmentido se publicó en algunos periódicos, pero sólo en algunos porque los demás no quisieron publicarla. Empezaron las llamadas: «¿Por qué lo has desmentido? ¿Es verdad o no es verdad?».

El único que publicó un bonito artículo fue «Il Mattino» de Nápoles. En resumen, pocos creyeron en el desmentido. Al final todos estaban convencidos de que la canción había sido dictada por Lucio Battisti. Alguien dijo que quizá yo nunca había hablado con su espíritu, sino que había hablado con él personalmente. Nada más lejos de la realidad, porque yo nunca le conocí. Después, el CICAP, el centro de observación de lo paranormal, se hizo eco del desmentido. «Por fin se ha detractado la Guidelli.»

Por su puesto que me detracté, y con eso demostré que hay muchas, demasiadas, personas que especulan sobre lo paranormal.

Pero lo que se me ocurre decirte es ¿por qué dijiste al principio que eras médium?

¿Cuándo?

Al principio.

No, cuando Daniela me preguntó si yo era una médium, le respondí: «Podría decirle que sí, pero no lo soy».

No entiendo por qué no le dijiste a Mogol: «Ha pasado esto: yo tuve esta visión, porque estoy acostumbrada a tener visiones. Toda mi vida he tenido visiones».

No habría servido de nada. Todo el mundo cree que quien tiene visiones es médium, vidente. Es inútil que les expliques cuál es tu mecanismo... ¿qué les iba a explicar? ¿Y a los periodistas? ¿Cómo lo explico en un artículo de periódico? Hacen falta cien páginas para explicarlo. Si alguien entiende quién soy, entonces comprenderá por qué lo hice. No era el momento de explicar nada, hay un momento para cada cosa. Yo sólo quería decir eso y ver lo que pasaba. En estos años siempre he esperado que alguien entendiese que no era justo tratar aquella canción de aquel modo.

Así que lo desmentiste.

Sí. Mejor dicho, declaré: «*L'Arcobaleno* no es la única canción, existen otras diez».

La gente quiere a la médium porque es más sencillo, ¿no? Es más sencillo llamar a una persona vidente o médium.

Porque no dispone de otros términos.

Porque no acepta que haya personas que consiguen hacer ciertas cosas sólo gracias a su cerebro.

Perdona, pero no puedes pretender que lo acepten. Tú dices «tengo una canción que me ha sugerido Lucio Battisti». Pero él está muerto.

De acuerdo, pero yo partí de un instinto de justicia.

No lo dudo, pero te complicas tú misma la vida, porque ya sabes cómo va esto.

Sí, los instintos de justicia se pagan. Es cierto, luego te preguntan: «¿Pero quién te mandaba hacerlo?»

Yo, al principio, no pensaba que daría tanto de qué hablar.

Pero con este asunto se han demostrado muchas cosas. Uno, que se especula sobre lo paranormal. Dos, que si queremos parar todo esto y a todos estos charlatanes que hay por el mundo, es necesario aprender a pensar de forma distinta. Esta especulación tiene que servir para que no puedan sacar dinero de esta forma. No podemos ser chacales y hay que respetar a las personas que ya no están con nosotros. Y tampoco hay que enfangar a alguien al que no se conoce.

Hasta ahora no he tenido la oportunidad de explicar las cosas como habría querido, porque además no puedes hacerlo con un periodista y tampoco en dos líneas o en dos columnas en el periódico.

En definitiva, ¿al final como es esto? Este es tu mecanismo de siempre. De vez en cuando te concentras y ves cosas. Pero esta vez fue distinto, porque en las demás ocasiones había un problema. Desaparece una persona, tú piensas, sientes, reúnes algunos detalles y en un brevísimo instante todas las cosas encajan y tienes una intuición. Y si hay alguien inteligente que te escuche, a partir de esa intuición se puede continuar. Pero en este caso no había ningún problema.

No. Te explico por qué. Yo siempre he intentado combatir la violencia, los atropellos, la falsedad. Son cosas que odio. En este caso no había violencia, no había un atropello, pero sí había falsedad. Entonces pensé: «¿Cómo puedo combatir esta falsedad?».

No, espera, detente. Tú no estabas ahí pensando en combatir la falsedad de esta gente, de los cocodrilos, etc. Tú estabas en el baño, secándote el pelo, y has visto el arco iris. Es distinto, no estaba esforzándote para resolver un caso de rapto.

Cuando vi el programa de televisión que hablaba de su muerte, me enfadé muchísimo. «Pero qué falsos, qué hipócritas», pensé. «¡Pero dejadlo tranquilo! ¿Y si estuviese yo en su lugar? ¿Qué dirían estos periodistas? –Ha muerto la Guidelli, la médium, la vidente de Sassuolo.–» Ah, qué horror. Nadie puede defenderse de la falsedad cuando está muerto.

¿Entonces ya tenías la intención de proporcionarle la canción antes de que llegase la imagen del arco iris?

Tenía la intención de la verdad. ¿Cómo, con qué medios? Lo ignoraba. Él decía que la reconciliación estaba cercana, que habrían vuelto a reunirse. Veía la mentira, y yo la odio, cuando veo a alguien que miente me... no lo sé, para mí es una violencia. Pero yo sí que dije una mentira: fue cuando permití que aquel periodista en 1985 publicase que yo era una médium, pero lo hice para protegerme.

Sí, pero me pregunto, en ese momento concreto te habías enterado de lo de Battisti, pero con todas las cosas malas que pasan en el mundo, ¿qué te importaba a ti Mogol? ¿Cómo es que te ha sorprendido tanto el hecho de que en la conmemoración del muerto él dijese que era amigos? Estas cosas pasan todos los días, ¿no? Un tal Mogol que dice que era amigo de Battisti, y a quién le importa...

Mira, yo estaba aquí, en España, desde hacía poco tiempo. Desde hacía tres años. Tres años durísimos, tres años con la boca cerrada, con los demás que calumniaban y cotilleaban entre sí. Tres años después de las batallas feroces en Italia con los periodistas. Tres años de tragar y tragar. Yo era como una olla hirviendo, me identifiqué con Battisti porque ya no podía hablar y llegó un punto en el que la olla se abrió. Repito, si hubiese muerto, habrían dicho, ah, ha muerto la médium, ha muerto la pesada que hace guerras por la escuela de sus hijos, y luego alguien habría dicho «Ah, yo era amigo suyo».

Yo creo que a través de esto demostré más de una verdad. ¿Y sabes lo que pensaba la gente? Que yo era millonaria, porque cuando te sacan en el periódico significa que has ganado dinero con ello. Y entonces este conjunto de mentiras, toda esta gente que se permite el lujo de escribir lo que le parece y en cambio tú tienes que quedarte con la boca cerrada y no puedes hablar... Lucio Battista había llegado a un punto en que ya no hablaba, se encerraba y callaba.

Yo me identifiqué con él. De la misma forma en que me identificaba con las personas que desaparecían. También allí había una forma de violencia. Con respecto a un muerto. Después el caso siguió su curso, hice creer que era una médium. Quien lo haya creído es estúpido y quien no lo haya creído es un hipócrita. Y entonces me he dado cuenta de la

manipulación del ser humano, de la verdad, de la explotación de la personal. ¿Dónde está la justicia? Yo decía cosas, pero ellos las modificaban, las manipulaban y yo no podía replicar. Y encima la broma de que yo me he hecho millonaria.

De todos modos, yo también quería decir otra verdad: no existe lo paranormal. Existe el hombre. El más allá, entendido como espíritus que llegan allí, no existe. No, él, Lucio, nunca le habría dado algo así a Mogol, se habría guardado muy bien de ello. Se lo di yo. Pero esta búsqueda de la verdad la pagué cara, igual que he pagado caro lo demás. Así fue, y de todas formas me parece bien, me parece bien igualmente. Yo creo que tengo una seguridad y que he entendido que todo lo que tengo no es nada paranormal, es el fondo de mi inconsciente que se desata cuando hay una ocasión para desatarse. Mis capacidades puede tenerlas todo el mundo. Mi hijo Flavio tiene una voz estupenda y es mérito del trabajo y del estudio. Eso es todo. Lo que cuenta es el hombre, con su inteligencia y su corazón; y ya esto es un milagro. Es algo divino. Cuando un feto está creciendo, se forma el corazón, ¿pero quién da el primer latido? ¿No es eso un milagro? Tenemos lo divino, lo milagroso, al alcance de la mano, pero eso no nos basta y tenemos que ir a pensar en lo paranormal. Yo pido perdón a Lucio si me he aprovechado de su fallecimiento, pero lo hice por una buena causa, y además le doy las gracias porque con su fallecimiento he entendido muchas cosas. Aunque me haya costado. Hay que tener paciencia, por lo mucho que he

pagado, y no lo hice por dinero. Estoy convencida de que el dinero no son el medio para descubrir la verdad. Estoy convencida de que existe un contacto entre los que están y los que ya no están aquí y ya son polvo, pero el contacto se explica sencillamente por el hecho de que existe esta ósmosis durante la vida, que luego permanece incluso tras la muerte. Así como existe la ósmosis entre células, a nivel material, también puede que exista la ósmosis a nivel espiritual que te deja un equipaje que llevas para siempre dentro de ti. Pero todo siempre en tu mente, en la realidad tangible.

Envié a la atención de los medios esta reflexión mía:

“Muerte y resurrección

Hay siempre una lógica perversa que teje una trama en torno a los muertos. Se les celebra después del deceso, se cantan sus gestas, se les conceden alabanzas póstumas desproporcionadas con el pañuelo en una mano y el vaso en la otra. Existe un llanto auténtico y también las lágrimas de cocodrilo. Quien no tiene escrúpulos incluso puede enriquecerse generosamente a la sombra de las lápidas: a diferencia del enterrador, que da sepultura a los muertos, aquí se habla de desenterrarles para arrancarles de su eterno descanso, de hacerles bailar para siempre los mismos estribillos de siempre por toda la eternidad. Es la tortura de la memoria y de la fama, inevitable. Pero si el pasado puede recordarse con garbo y con buen gusto, sin especular, como un sepulturero de los medios de comunicación, ello no se debe ciertamente

al trabajo de los hábiles mercaderes de imágenes y músicas, explotadores de recuerdos que nos pertenecen a todos. Si es posible celebrar lo que se fue con sensibilidad y honestidad es gracias a quienes sienten devoción y efecto desinteresado por todas aquellas agradables sensaciones que el paso del tiempo quiere arrebatarnos de las manos. A veces se tiene luego la suerte de ser espectadores de fenómenos singulares, portavoces de pensamientos que en realidad no tienen ni siquiera cuerdas vocales. Que se les llamen «apariciones» o «alucinaciones»; que se las clasifiquen como «criptomnesia» o «inspiración». Que se les atribuya libremente el rango de creación artística o de revelaciones místicas, de ilusiones de una psique que vuela demasiado o que toca tierra firme demasiado poco. El que exista un imaginario colectivo o un «armario de esqueletos» muy especial no tiene importancia; lo que cuenta es que nadie puede hacer bailar a un fantasma y recibir una recompensa a cambio. A quien ya no está entre los vivos, o se le olvida o se le celebra con solemnidad. Incluso se le puede criticar o analizar sin malicia. Pero no se puede reciclar y depredar a un muerto en provecho propio. Todavía estaba esperanzada cuando dejé que se grabara para Mogol la cinta que contenía aquellas indicaciones acerca de *L'Arco baleno*. Esperanzada de que el «síndrome del sepulturero» no hubiese manchado en el fondo el mundo de la música; de que entre dos viejos amigos, aunque uno hubiese fallecido, todavía hubiese un buen entendimiento en el fondo, como si todavía no se hubiese compartido aquel prometido brindis o aquella charla tranquila en el campo. Como si no hubiese pasado nada, o casi nada, en fin. Pero tuve que cambiar de opinión. Se compuso una canción, sí, conmovedora y especial como pocas. La voz de Celentano la cantaba con un nudo en el corazón, el texto de Mogol era bellísimo y misterioso, la música era en parte nostálgica y relajada y en parte tensa como un adiós definitivo, como esos que se dicen en los puertos de

mar con un pañuelo. Pero esta canción también fue incluida en un disco comercial, un disco que ha vendido millones de copias. Quizá en el acto de cantar esté implícita esta explotación de las emociones colectivas. Quizá las que caen son lágrimas de cocodrilo incluso cuando la voz parece sinceramente ahogada por el dolor y la tristeza. No puedo saberlo. Sólo puedo ver que de nuevo han hecho bailar a un fantasma, a su pesar. Y que quien recitó las palabras mágicas responsables de su resurrección también se preocupó de embolsarse, discretamente, sus millones. No creo que sea la mejor forma de homenajear a un amigo fallecido. Si el «síndrome del sepulturero» no hubiese invadido esta época de exhumaciones monumentales virtuales, quizá Mogol habría destinado los beneficios obtenidos por *L'Arcobaleno* a iniciativas más sinceras y desinteresadas, digamos también que pías y caritativas. Entonces la canción sería de verdad un «mensaje de amor» dirigido a quienes sufren. Le invito a pensar en ello.

Porque un adiós, por una vez, también podría ser gratis.

Paola Guidelli

¿Dijiste que había otras diez canciones?

La primera que llegó fue *L'Arcobaleno*.

¿Ya había salido la canción?

Sí.

Era casi de noche, sobre las seis. Me senté en la mesa de la cocina esperando a mi marido y mis hijos.

«Toda esta historia del *Arcobaleno* me parece un caos –pensaba–. Se me está ocurriendo algo, tengo que escribirlo.»

No lo sabía ni yo lo que tenía que escribir. Luego mentalmente oí una frase. No me pidas explicaciones porque no lo sé. «Te voy a hacer un regalo.» «¡Eh, no serás tú?!» «Tengo que hacerte un regalo.» «¿Un regalo? Quizá tengo que hacerme un regalo a mí misma para recompensarme por el esfuerzo.» Me reía yo sola, me tomaba el pelo a mí misma.

Me puse a escribir y escribí páginas sin saber lo que escribía. Al final de cada página escribía números, números repetidos e instrumentos musicales. Piano, guitarra, violín y luego unos acordes. No me preguntaba nada. Pensaba: «Será un desahogo mío».

Estaba molesta por toda la historia del *Arcobaleno*. Todo esto duró unos cuarenta minutos, después hacia las siete llegaron todos a casa y dejé de escribir.

Después de algunos días releí aquellas hojas desordenadas. «Madre mía, esto podrían ser canciones. Pero ¿y los números? No lo entendía, incluso había escrito números en forma de fracciones. Un tercio, un cuarto. No entendía nada. Le pedí ayuda a Flavio, porque quería averiguar si de verdad estaba desbarrando o qué... no lo sé. «Flavio, ¿qué te parecen estos números, estas fracciones?» Incluso yo misma había escrito la palabra vals. «Sí, es un vals, se escribe así, en $\frac{3}{4}$, pero ¿tú cómo lo sabes?» «No lo sé. Oye, ¿por qué no me ayudas? ¿Por qué no intentas trasladar los números a notas musicales?» «No, no me apetece. Me niego, no quiero saber nada.»

Busqué en un libro y encontré unos números que corresponden a notas musicales según un código bastante relativo y que de todas formas no se utiliza en la teoría musical clásica, pero no entendía nada porque yo no sé de música. Para mí daba igual, que fuesen notas o números no cambiaba nada. Le dije a Flavio que había convertido los números en notas. Él se llevó las manos a la cabeza. «¡Pero es absurdo!» «Por favor, Flavio, haz un esfuerzo, intenta ayudarme igualmente.» «Vale... lo voy a intentar, pero no te aseguro nada.»

Se sentó al piano y con gran esfuerzo intentó dar una forma musical decente a aquellos números y a aquellas pocas

indicaciones, si bien el procedimiento estaba lleno de obstáculos porque, como me explicó varias veces Flavio, exasperado, dos números no bastan para hacer música, y además habían mil maneras de interpretarlos, por lo que el resultado es algo bastante personal. No obstante, algo sonaba y yo decía: «Sí, sí. Continúa».

De esta manera surgieron estas piezas que tú también has escuchado. Entonces le pedí que hiciera un último esfuerzo y los grabase, y después los guardé.

No conozco el origen de esas canciones, sinceramente. No creo que puedan ser de Battisti desde el más allá. En mi opinión son piezas mías. Por suerte ahora tengo una pequeña forma sonora gracias al esfuerzo de Flavio.

Es tu mecanismo habitual. En este libro que me has dado de Maria Rita Parsi, El pensamiento niño, donde fueron publicados también algunos pensamientos de tus hijos, hay una poesía de introducción de Peter Handke.

“Cuando el niño era niño,
andaba con los brazos colgando,
quería que el arroyo fuera un río,
que el río fuera un torrente,
y este charco el mar.

Cuando el niño era niño,
no sabía que era niño,
para él todo estaba animado,
y todas las almas eran una.

Cuando el niño era niño,
no tenía opinión sobre nada,
no tenía ningún hábito,
frecuentemente se sentaba en cuclillas,
y echaba a correr de pronto,
tenía un remolino en el pelo
y no ponía caras cuando lo fotografiaban.”

Esta poesía me recuerda a ti. Tu inocencia, cuando dices que estás conectada con el todo y que el todo llega a ti.

Yo he sido una niña sin juegos, por un lado crecí demasiado pronto y por el otro está mi parte infantil, la más profunda...

Es precisamente esa parte la que te hace decir «bien, ahora me pongo a resolver yo este caso», y te lo crees tanto que incluso vas a los carabinieri a contárselo. Cosa que ningún ser normal o adulto haría. «Pero ¿estamos locos o qué? ¿Pero en qué estoy pensando?» En cambio tú no te amedrentas, porque todavía hay en ti esa parte inocente que no ve ningún obstáculo.

Sí, porque también pienso que no hay nada de malo en ello.

Pero ni siquiera tienes un punto de vista sobre esto. Tú reaccionas así, como lo haría un niño, que convierte en verdadero lo que es posible pero se considera imposible. Por consiguiente, eso significa que las barreras y los obstáculos los ponemos nosotros mismos, al crecer, con nuestro escepticismo.

Es lo que hizo Fabrizio cuando lo llevé al mar por primera vez. No dijo ni pío, vio el mar, fue y se metió dentro vestido. Yo hago lo mismo, me lanzo, voy allá.

Porque no te lo piensas, que si no...

No, no me lo pienso para nada y en ese momento no veo las consecuencias, sólo veo la tal cosa. Para mí defender a un niño de la violencia es como defenderme a mí misma.

Vale lo mismo para las canciones. Tú no dices «pero qué es eso, dejémoslo estar». Tú no censuras nada, así que te salen esas cosas.

Pero al mismo tiempo yo me frené en aquella ocasión, porque entró en juego esa parte racional de mí que dijo: «¡Un momento, quieta! Ha ocurrido ya algo que no cuadra». Y entonces me detuve. No le enseñé a nadie aquellas canciones y

las dejé en un cajón. Las sentí como algo que había que defender. Las tengo registradas en el registro de la propiedad intelectual y también en el notario.

Tengo dos amigos en Italia, uno en Turín y otro en Nápoles. Ellos me apoyaron en el asunto de la canción *L'Arcobaleno*, porque habían entendido mi naturaleza, vieron cómo estaba realmente las cosas. Cuando les hablé de las canciones, me pidieron escucharlas. Eran dos amigos de confianza y se lo permití. No tuvieron ninguna duda. Uno de ellos se lo hizo escuchar también a su padre y después le preguntó: «En tu opinión, ¿de quién es este tema?» «De Lucio Battisti», respondió el padre.

Es inútil, hay algo que no cuadra.

Pero es que no lo son. Él dijo que lo son, pero para mí no es así, yo creo que llegaron desde fuera de mí. No lo sé, yo me resisto a creerlo. Me cuesta trabajo creer que haya escuchado a Lucio Battisti y que me haya dicho «te voy a hacer un regalo».

Quizá esté relacionado con el tema de siempre. Estar en sintonía con el todo significa todo y el todo puede incluir también al espíritu de Battisti y su conocimiento musical.

Exacto, creo que has dado con la formulación correcta. Estar en sintonía con el todo. En todos los episodios «extraños» que he vivido había una especie de mecanismo, un todo que se reunía, y en ese instante yo lo veía. Sin darme cuenta, para mí era automático, era como hacer cualquier otra cosa.

Después esas canciones ya no las escuchó nadie más.

Cambiamos de tema. Hablemos de cosas más «normales». Me gustaría saber cómo se formó tu familia.

Me acababa de separar y estaba hecha polvo porque mi corto matrimonio que terminó tan mal. Tenía 28 años y la necesidad de comunicarme. Como la radio siempre ha sido mi pasión y desde hacía poco habían surgido las primeras radios libres, me presenté en la radio de mi pueblo con algunas ideas para un programa. Aceptaron mi propuesta y empezamos con un programa que trataba de los problemas sociales relacionados con los niños.

Dime algo más sobre este programa.

Hablaba sobre las asociaciones para la defensa de los niños, sobre todo de los niños discapacitados, y la ayuda que se les podía brindar.

Yo trabajaba en centros de salud, hacía estos programas y además vendía cosméticos. Me había quedado sola y tenía que pagar el alquiler. Durante las vacaciones de verano



Paola y Silvano 1981

interrumpimos los programas y en otoño regresé, convencida de que los retomaría. En cambio, me quitaron el programa. «No nos interesan tus *niños tontitos*.» Me lo tomé fatal.

Al poco tiempo conocí a unos chicos de otra radio local y una tarde me presenté en su emisora para volver a proponer mi programa. Había un tipo alto y delgado, muy estirado. Tenía una pinta que daban ganas de darle de bofetadas. Me lo encontré otras veces, siempre allí. «¿Tú qué haces?», le pregunté un día. «Un programa musical.» Me dio la impresión de que se daba mucha importancia y le respondí: «Es más importante un programa que trata de problemas sociales. ¿Pero cómo te ganas la vida?» «Soy profesor de arte y trabajo con cerámica.» «Ah, entonces pintas, dibujas.» «Sí, también.» «Yo no soy maestro de arte, pero pinto y dibujo y no se me da mal.» «¿Ah, sí?», dijo él, escéptico, mirándome con aire de suficiencia. «¿Quieres ver mis cuadros?»

Vino conmigo, vio todos mis cuadros, luego empezó a mirar los títulos de las cassettes musicales, mis libros, y dijo: «Te gustan las mismas cosas que a mí».

Nos fuimos a comer una pizza. Él me habló de su padre y de su familia. Me dijo que su padre había muerto y que había sido cantante lírico.

Yo le describí a su padre, le dije cómo era físicamente, le hablé de su flor favorita, de la gardenia que siempre llevaba en el ojal, una gardenia blanca. Le hablé de la última ópera que había cantado en el teatro, *Lucia di Lammermoor*. «Es cierto, ¿a que sí?» «La verdad es que no lo sé.» Me respondió sorprendido: «se lo preguntaré a mi madre».

¿Y él no te preguntó cómo podías decir esas cosas?

No.

Es extraño.

Se quedó de piedra, desconcertado. Cuando volvimos a vernos me dijo que su padre llevaba siempre la gardenia y que la última ópera que había cantado era la *Lucia di Lammermoor*. «¿Pero cómo puedes saberlo?» «Mmm, no sé... nada, no me hagas caso.»

Empezamos a hablar de muchas otras cosas y ya no nos separamos más. Esta historia dura desde hace veintisiete años.

*¿Y él qué actitud adoptaba frente a todas estas experiencias tuyas?
Por ejemplo, la resolución de casos judiciales.*



Nuestro estudio años 80

Él lo aceptaba, porque comprendía que yo era así y además entendía que lo que estaba haciendo no estaba mal, sino que era por buenas causas, aunque para él la molestia ha sido muy grande.

¿Siempre estuvo a tu lado y te ha sido leal en todos los casos?

Sí, pero has de tener en cuenta que él también es un artista y tiene una sensibilidad especial, y además lo que siempre nos ha mantenido unidos es un diálogo transparente. Hay una profunda comprensión mental mutua. Él ha soportado todo lo negativo que me ha sucedido y siempre ha estado a mi lado. Hay que decir que yo también he estado a su disposición y la de la familia. Yo renuncié a cualquier aspiración. Siempre he dicho que lo primero es la familia, lo primero es él y los hijos y si luego queda algo de tiempo, lo dedico a mí misma.

¿Cómo nació la pasión por la pintura, en cambio?

Como algo espontáneo, desde siempre. Recuerdo que mi madre extendía el paño blanco sobre la mesa para planchar y para mí ese paño blanco era un estímulo fortísimo. Un día, en la escuela, hice un dibujo y a la maestra le pareció tan bonito que se lo dio al director, que estaba a punto de partir para Addis Abeba para dirigir una escuela italiana. Quería que lo expusiese en aquella escuela. Mis dibujos y mis cuadros han

viajado más tarde por todo el mundo. Participé en un concurso a los 10 años, dibujé unos fuegos artificiales y gané el premio.

También mi padre dibujaba, no sólo máquinas, engranajes, dibujaba de todo. Esta afición me viene de familia, mi hermana Marinella también pinta y es muy buena.

¿Y cómo habéis vivido tú y Silvano juntos este aspecto artístico?

Bien. Un día empecé a pintar para una casa de modas. Había pintado unos pañuelos por mi cuenta, pero lo hacía por diversión. Se los enseñé a una amiga mía que aun hoy en día tienen una empresa de confección y le parecieron muy bonitos. «Yo te doy mis vestidos y tú los pintas.» Empecé a pintar, pero luego los pedidos aumentaron y le pedí a Silvano que me ayudase. Durante el día él hacía su trabajo y yo el mío en el centro de salud y por la tarde nos reuníamos. Cogíamos una prenda, él empezaba por un lado, yo por el otro y nos encontrábamos en el centro y el dibujo parecía realizado por una sola mano. A menudo nos daba la medianoche y nos percatábamos de que no habíamos comido. Nos preparábamos unos spaghetti y después de comer seguíamos pintando hasta las cuatro de la madrugada. Por la mañana íbamos a trabajar con los ojos hinchados. Los pedidos crecían cada vez más y nosotros trabajábamos muy bien juntos. Más o menos después

SALETTA CAFFE' NAZIONALE

Portici del Collegio - MODENA

Vieni,
puoi guardare,
ci son volti,
corpi,
cose strane,
colori
soprattutto c'è la
NATURA.
Vieni,
e potrai giudicare,
potrebbe essere un

ACQUARIUS

espone :

PAOLA GUIDELLI

dal 6 Febbraio 1971

al 12 Febbraio 1971

Primera Exposición

de un año, me quedé embarazada y lo dejé. Seguí pintando para mí. La pintura siempre ha sido un apoyo y una terapia, siempre que me pasaban cosas tristes, duras o tremendas, me ponía a pintar.

¿Cómo se explica Silvano estas capacidades tuyas?

Él me ve, vive conmigo, me conoce bien, ha visto que yo nunca he actuado de mala fe, así que nunca ha tenido dudas. Pero sí temores. Sí, temores, temía por mi seguridad, se disgustaba porque veía mis tensiones nerviosas.

«No quiero saber nada –le decía a veces–, estoy cansada. Todo esto es terrible.» «Nunca podrás liberarte de ello–respondía–, porque tú eres así. Ésta es tu vida.»

¿Tu primer caso fue el de la niña?

No, fue el del chico del lago. Luego fue el de la niña, después otros más. Después ocurrió el del médico.

¿En aquel periodo ya estabas casada?

Sí.

¿Puedes hablarme del caso del médico?

Ése fue terrible. Ya estaban Silvano y los niños. Un día, precisamente por toda esta publicidad no deseada, vino a mi casa una señora que yo no conocía, con la fotografía de un hombre.

«Esta fotografía es de mi padre, ha sido secuestrado, no sabemos dónde está, hace ya dos años que lo busca la policía. He pensado que quizá usted podría ayudarme.» «No sé si puedo ayudarla, señora. No tengo ni la más mínima idea en este momento, no creo que pueda hacer nada por usted.»

Ella se enfadó. Me dijo que no tenía conciencia, que no entendía su sufrimiento. Yo no sabía qué responder. «Lo siento –le dije–. Déjeme la fotografía, pero no le prometo nada.»

Un día que los niños estaban durmiendo la siesta, eran sobre las cuatro de la tarde, estaba todo tranquilo y me puse a ordenar mis papeles. Llegó a mis manos la fotografía de esta persona, la miré y pensé: «Lo siento mucho porque tú ya no estás en este mundo, ya estás muertos y yo no sé dónde encontrarte, no sé dónde estás, no puedo hacer nada». Sentí algo dentro de mí, como un grito de auxilio. «Dame sepultura, una sepultura cristiana.»

Yo no lo entendía, después me puse a reflexionar, miré su fotografía y fue como si todo empezase a encadenarse, sentí los sonidos, los olores y llegó un punto en el que empecé a ver una zona, a sentir una zona especial. Cogí un mapa, porque me preguntaba qué zona era y telefoneé a una amiga mía que vivía allí cerca y le pregunté si conocía esa zona. «Sí –respondió– antiguamente en esa zona había caballos.» En efecto, yo escuchaba el ruido de los cascos. «Este terreno era suelo público, pero ahora allí pastan las ovejas.» «¿También hay casas?» «Sí, algunas.»

Me despedí de mi amiga. Y luego fue como si me acercase cada vez más a él. «Pues mira qué es raro –pensaba–, primero los caballos y ahora las ovejas.»

Empecé a visualizar una casa, una casa en construcción y un número de portal. Después oí dos palabras concretas y claras: «La lápida». Vi una piedra de cemento. Me repetía estas imágenes, estas palabra y de repente exclamé: «¡Ya lo entiendo! No tiene sepultura cristiana, si no tiene sepultura cristiana está debajo de esta lápida. Pero yo veo el cemento y no una lápida. La casa está en construcción... él está en la casa, bajo este cemento». Oí la voz de una mujer en casa. Uní todos estos datos como en un mosaico y me pregunté: «¿¡Estoy loca!?».

Pero en ese momento tuve la certeza, estaba segura. Llamé a los investigadores y les dije: «Ustedes mismos, pero les digo que la persona que están buscando está en esa zona. Vayan a comprobarlo, hay una casa en obras, es este número. Hay una mujer en casa, ella no sabe nada y la persona que buscáis está en el garaje de esta casa, pero si no cogéis los picos no encontraréis a esta persona, porque está bajo el cemento, bajo dos capas de cementos, así que tenéis que picar en profundidad».

Vigilaron la zona y vieron al propietario de la casa entrando en la cabina telefónica de enfrente. El teléfono estaba pinchado y oyeron que estaba llamando a la hija para volver a pedir el rescate.

¿Después de dos años?

Sí, de hecho ése era el problema, que seguían pidiendo el rescate. Cogieron a este señor y le interrogaron. Él mentía, lo negaba, pero al final se derrumbó. Pero no dijo dónde estaba la persona secuestrada. Entonces alguien recordó mis palabras: «Si no picáis, no lo encontraréis». Fueron al garaje con los picos y lo encontraron bajo dos capas de cementó.

¿Y qué dijo la hija?

La hija no supo que yo había contactado con los investigadores. Ella nunca supo nada. Así pasó. En aquel momento yo sentí con certeza. Sé que puede parecer una locura, pero yo tenía la certeza de que estaba allí.

El mecanismo siempre es el mismo, es un instante, es una fracción de segundo en que los datos empiezan a encajar y tú dices, eso es, así ocurrió. Es necesario –es cierto lo que tú dices– que en ese momento una persona esté... yo no creo que

sea un mecanismo paranormal ni extrasensorial, porque la palabra extrasensorial no significa nada, en mi opinión. Para mí es necesaria una actitud de base, un adiestramiento, un saber, una sensación, saber relacionar rápidamente los datos. Pero en ese instante preciso debes tener una interioridad completamente libre.

Libre de prejuicios. Porque si dices «eso no es posible..»

Entonces te bloqueas.

Y no aprovechas ese instante.

En ese momento has de tener una limpidez absoluta.

Ya tienes esa limpidez porque no está manchada por la opinión, por el pensamiento que te hace decir «esto no es posible».

No, yo no pienso que sea imposible. En ese momento yo estoy ahí, punto. Luego digo: «Ay, Dios mío, ¿será esto posible? ¡Pero qué he pensado!». Me asusta la cosa, me asusta también a mí misma. Pero siento que ese impacto ha sido tan fuerte que no puedo no decirlo.

Por lo tanto en aquellos años también fuiste acosada por la gente, además de por los periodistas.

Cuando te conviertes en un personaje público, se forma un follón. Las personas tienen necesidades, tienen problemas y por tanto te buscan con la esperanza de que tú hagas un milagro y de que les resuelvas quién sabe qué. Pero no es así.

¿Y cómo vivías tú todo esto?

¡Fatal! Vivía como una persona en una huída continua. Me escondía y siempre tenía miedo de la opinión de la gente. Por mi carácter, muchas veces no conseguía echar a la gente, por lo que a veces aceptaba hablar con alguien porque me daba pena. Intentaba darle ánimos, ayudarle aunque fuese sólo hablando, dejándoles desahogarse. Es difícil vivir estas situaciones, se te complica la vida también en tu puesto de trabajo. Yo seguía siendo enfermera y mis compañeros, que antes de aquel famoso artículo no sabían nada, empezaron a verme de forma distinta. También mostraban desconfianza hacia mí.

Todo esto me molestaba porque me aislaba y me hacía sentir como un fenómeno de feria, cuando en realidad yo me sentía y me siento aún la persona más normal de la tierra. Por no hablar además de los términos que se empleaban: médium,

paranormal, extrasensorial. Yo esas cosas no las soporto. Además pasa algo extraño, que llega el punto en que a fuerza de oír que te llaman así, llegar a pensar: «¿Pero será cierto? ¿Y si fuese así en realidad?». Y te confundes. Hasta que empecé a decir: «Entonces necesito saber quién soy».

Siempre buscaba a personas que pudiesen darme respuestas. Nadie me las ha dado. Nadie me lo ha dicho. Tuve que intentar entenderlo yo sola. La persona que me ha ayudado después de tantos años a entender el mecanismo ha sido mi hijo Fabrizio. Quizá porque ha estudiado psicología y es psicólogo. Él ha intentado ayudarme, porque un psicólogo hace eso, aunque es difícil ayudar a la propia madre. «Tú tenías todas estas dudas porque el oír que te llamaban así durante tanto tiempo te ha infundido la duda de que fuese cierto», me dijo un día Fabrizio. «Pero sabes que no es así. Sabes que todas estas manifestaciones dependen de tu forma de ser, de tu forma de ver las cosas, de enfocarlas.»

Pero la vida cotidiana se hace difícil. Cuesta mucho ser racional, seria, etc. y al mismo tiempo sentir un mecanismo interno, independiente de tu propia voluntad que de repente se pone en movimiento.

Por otra parte, ahora estoy pensando en los radiestesistas, los zahorís, y tienen una sensibilidad que parece increíble, notan el agua

a centenares de metros bajo el suelo. Y allí no hay nada de paranormal.

Esto es muy cierto, yo he tenido una experiencia directa. Mi padre compró un terreno para construir la fábrica, no había agua y ni siquiera las tuberías. Llamó al zahorí y ese señor señaló exactamente el punto donde se encontraba el agua y a cuántos metros de profundidad. Eso pertenece a las facultades humanas, no hay nada de mágico o paranormal; en todo caso, algo casual. La magia es algo que hay que refutar completamente. La magia del ser humano es otra cosa.

Yo debería haber sido investigadora, detective, me habría encantado, sobre todo porque odio la injusticia, el abuso, la violencia, la falsedad y la maldad.

Quizá tú llegas a ciertos resultados porque te falta la duda, en el sentido de que no dudas de ti misma.

No es que no dude de mí misma.

Cuando tú das estas pistas tan exactas, ¿no te viene ninguna duda, no te da por pensar «es imposible que yo pueda saberlo»?

No. No, porque si dudo, yo misma pongo el signo de interrogación. A veces dudo y entonces digo: «Si... no lo sé... puede ser». Pero de esos detalles de los que no tengo dudas es así y punto.

No es que esté concentrada todo el día, cuando me viene ese instante yo no soy yo. Me proyecto hacia esa persona, por lo tanto no tengo dudas porque yo no existo. Cuando existo, tengo dudas. En ese momento no tengo dudas porque yo soy él. En aquel instante me olvido de mí y me convierto en esa cosa. Soy aquella cosa.

En efecto, cuando llamé a Mogol le dije a Daniela: «No tiene importancia quién soy». En aquel momento sólo existía la canción, yo estaba proyectada en Lucio Battisti, no porque hablase con su espíritu, yo estaba en comunión con su trabajo, por lo que en aquel momento yo no era ni yo ni él, era la canción. ¿Es quizá un mecanismo de proyección? No lo sé.

Un buen día decidisteis marcharos, romper puentes.

Me sentía perseguida en todos los sentidos. Un poco por lo que yo soy y un poco por el tema de los niños. Tenían que integrarse y no podían esperar más. Teníamos que encontrar una escuela para los chicos.

Espera, porque aquí me encuentro un poco confundida. ¿Todavía les tuvisteis en casa durante el segundo curso de la escuela elemental?

Hicimos la escuela familiar hasta el final del primer curso, luego los niños se examinaron pero no les quisieron admitir en segundo.

No es porque no les quisieran admitir, sino que tú no les querías matricular en segundo sino en un curso superior.

No, no. Yo dije que no era necesaria su admisión en un curso superior. Habría sido suficiente con tener un profesor de apoyo que les pudiese aportar algo más. «No es posible –me respondieron–. Si no tenemos profesores de apoyo para los niños discapacitados, menos aún para sus hijos.» «Y entonces

cómo solucionamos esto?» Me dijeron que no. Al final, después de empezar a cursar segundo también en casa, conocimos al director de una escuela elemental que me propuso hacer un experimento y empezaron tercero simultáneamente, por tanto con un año de adelanto para Flavio, pero separados en dos clases distintas según la decisión del director, que pretendía una mayor autonomía de ambos niños. Hicieron tercero, cuarto y quinto en la misma escuela, donde tuvieron a profesores muy entregados. Todavía recuerdan aquellos tres años «felices» con mucho afecto.

Y después el primer curso de la escuela media fue un desastre.

¿Por qué?

En primer lugar porque ya eran conocidos como niños superdotados y los profesores de aquella escuela no aceptaron de buen grado su presencia. Las maestras de la elemental les habían entendido y les prestaron una atención adecuada para sus exigencias. En la escuela media, cuando los chicos se vieron obligados a aprenderlo todo de memoria para los exámenes, en unas instalaciones deprimentes donde se había perdido la atmósfera «campestre» de la escuela elemental y donde incluso la conserje podía amenazarte si te quejabas del estado higiénico del baño... Sintieron rechazo porque desde

siempre estaban acostumbrados a aprender a través del razonamiento, y también porque en la escuela elemental del pueblecito de Reggio los niños todavía conservaban aquel estilo relativamente libre e instintivo de aprender las cosas. Ellos querían razonar con el profesor y hubo discrepancias. Al cabo de tres meses nos miramos a los ojos: «Ellos sufre, nosotros sufrimos, se acabó, ¡nos vamos! ¿Dónde?». No lo sabíamos. El azar quiso que mi marido encontrase trabajo aquí, en España.

¿Cómo fue al principio?

Llegamos en mayo de 1994. Durante el verano nos informamos sobre las posibilidades que teníamos para los niños, pero lamentablemente no llegamos a tiempo para matricularse en el colegio. Al siguiente curso escolar los admitieron en un colegio privado para aprender el idioma y empezar a aclimatarse y a entender la diferencia entre el sistema español y el italiano. El comienzo fue durísimo a causa de que los compañeros eran desconfiados y estaban poco dispuestos a hacer amistad con dos compañeros extranjeros que además aterrizaban en el mismo curso a pesar de tener edades distintas. Ya se sabe que todo lo que es distinto produce temor... Al principio suspendieron varias asignaturas en los primeros trimestres, pero después lograron comprender el funcionamiento de la clase y acabaron bien el curso (se

trataba de tercero de secundaria). A continuación tuvimos que ir a Barcelona para que se examinasen para la obtención del diploma de la Escuela Media como alumnos libres en la escuela italiana, de lo contrario no podrían continuar el Bachillerato en el sistema español. Les pasó de todo, sobre todo en los exámenes orales, pero para eso haría falta un libro a parte. Flavio, no obstante, aún recuerda como la frase más humillante la de la profesora de Italiano, quien comentando su redacción acerca de uno de los libros que había leído durante el año le dijo: «¿Has hecho la redacción sobre *La Posadera* de Goldoni porque de verdad te gusta o para darte aires de importancia?». Al cabo de un año les matriculamos en el instituto público, donde escogieron el itinerario clásico. Lo hice sin decir nada a nadie. Ellos superaron los primeros tres meses del curso con las notas más altas, siempre 9 y 10 en todas las asignaturas (excepto en gimnasia, donde irremediablemente eran castigados con un suficiente...) y al cabo de tres meses, el psicólogo y la directora me llamaron. Yo entonces pensé: «Ya estamos otra vez». En cambio me encontré con una total comprensión. Se lo expliqué todo y ellos me respondieron: «Comprendemos el problema. El problema es más grande que una catedral».

Gracias a la ayuda de los psicólogos y los profesores para asegurar su mejor integración posible, además porque tenían que aprender dos lenguas distintas, el castellano y el catalán, todo fue de maravilla. La ayuda del psicólogo del centro fue

además vital para Flavio, que en aquella edad tan difícil quizá sufría de manera distinta a la de Fabrizio la marginación y el rechazo por parte de los compañeros, refugiándose en los libros y en la música. Gracias a esta ayuda aprendió cómo debía comportarse para integrarse con mayor facilidad a partir de segundo curso y todo fue más o menos bien. Pasaron el examen de selectividad con notas altísimas y recibieron el Premio Extraordinario de Bachillerato de la Comunidad Valenciana. Gracias a las ayudas del sistema educativo español, el primer año de la universidad fue gratuito en recompensa del alto rendimiento escolar y continuaron después recibiendo becas hasta el final. Después de la licenciatura en psicología, Fabrizio obtuvo una beca de investigación para el doctorado; le gusta mucho escribir y la fotografía y ahora emprenderá una segunda licenciatura en Ciencias de la Comunicación. Flavio se licenció como Traductor e Intérprete motivado por su pasión por la gramática y los idiomas, y también empezó Filología Clásica con las calificaciones más altas y la felicitación de los catedráticos, pero luego tuvo que interrumpir esta segunda carrera para continuar sus estudios en el campo artístico con gran satisfacción: se diplomó en piano y se aplicó de tal manera al canto antiguo, su verdadera pasión, que le admitieron en la escuela más importante de esta especialidad, en el extranjero. Tiene un tipo de voz especial que se llama «contratenor». A los 15 años no hacía otra cosa que escribir sonetos...

Entonces, al estar yo más libre decidí abrir un restaurante.

¿Un restaurante?

Sí. Un restaurante. Preparaba los platos así, igual que cuando pintaba cuadros y los clientes me decían: «Usted pinta mientras cocina». Pero es lo mismo. En el momento en el que veía al cliente, yo no era yo. Era él. Como aquella vez que le hice un puré a una chica porque la estaba sintiendo, y sentía que le gustaría.

Esto me suena.

Si no hay un lado creativo, no puedo trabajar, si me metes en un restaurante a hacer ragout todo el día, me escapo a las dos horas, si me metes en una oficina a ordenar papeles, no soy capaz de hacerlo, pero si me dices: «Quiero que hagas lo más difícil de este mundo». Entonces te la hago, lo intento. Quizá no lo consiga, pero lo intento. Porque tengo que crear, y para crear necesito sentir a la persona, ver los colores, los sonidos, el calor, es todo un conjunto.

Cuando tenía el restaurante, mis colaboradores me preguntaban: «¿Qué preparamos hoy?». «Ya lo pensaremos en



Ristorante Emozioni

su momento.» Miraba la cara de quienes entraban y cocinaba para ellos. Tenía preparados los ingredientes básicos y cuando las personas entraban, decidía lo que les iba a preparar a cada uno de ellos. Al final los clientes ya no me pedían nada porque sabían que decidiría yo. Para mí el restaurante era un lugar de encuentro y yo cocinaba lo que, para mí, era el plato adecuado para esa persona, el que necesitaba. Al final, les daba unas hojas y si querían me dejaban dedicatorias o dibujos. Para mí la gente no entraba en un restaurante sino que entraba en mi casa. Eran mis huéspedes, yo tenía que sentir algo de ellos, tenía la necesidad de establecer una relación con las personas, de lo contrario no conseguía trabajar. Después al final lo que pasaba es que regresaban porque tenían un problema y venían a hablar conmigo, y esperaban hasta que yo terminaba de trabajar.

Pero ésa era mi vida. Yo me daba cuenta si alguien que entraba estaba nervioso, si había algo que no le iba bien; y entonces era inútil ofrecerle un plato fuerte que le iba a sentar mal al estómago. Si llegaban parejas, les preparaba cosas picantes. «Ahora os voy a preparar una cosa muy rica, pero si luego hay follón, no es culpa mía, no vengáis a buscarme.» Si veía que se habían peleado y que había mal ambiente, entonces intentaba prepararles algo que les reconciliase. Una noche vino una pareja que estaba celebrando su aniversario de boca: les recibí con un ramo de rosas azules porque quería que recordasen toda la vida aquel aniversario. Más adelante, por

problemas de salud, ya no pude satisfacer más las exigencias de los clientes, ya no estaba tan disponible. Así que cerré el restaurante.



Ristorante Emozioni

Me has dicho que también me hablarías de una fórmula.

A ver cómo te lo explico...

Va, inténtalo.

Ocurrió durante el periodo de *L'Arcobaleno*. Estaba sentada en la cocina, estaba pensando... en nada. En nada, precisamente. Cogí una agenda e hice un dibujo geométrico que representaba... no sé qué es lo que representaba... una especie de rombo. Cada punto representaba un elemento. Marqué los cuatro elementos: tierra, aire, agua y fuego. Luego había un punto central que representaba el quinto elemento: la materia pura. Todos estos elementos tenían que encajar. Había escrito unos números que tenían un significado. Es difícil de explicar. Por ejemplo: el uno era levantar, el dos, descender, el tres, separar, el cuatro, unir, de modo que se llegase a formar un círculo para llegar a este punto central. Un juego. «¿Pero esto qué es? –me pregunté–. Son los cuatro elementos que, agrupados entre sí en una determinada expresión matemática, llegaban hasta el quinto elemento.» Parecía matemáticas y alquimia al mismo tiempo.

Entonces me puse a reflexionar sobre el levantar y el descender... y luego estaba lo de despedazar y lo de unir. «No entiendo nada. ¿Quién es el que hace esto? ¿Quién levanta la materia, luego la hace descender, la despedaza, la separa y luego la recompone? Se parece al gesto que hace el sacerdote cuando prepara la Eucaristía.» Tú coges la materia sólida, el pan, la materia líquida, el vino, y la energía del movimiento. Entonces es cuando leemos que Jesucristo dijo: «Haced esto en conmemoración mía». A nosotros nos ha quedado sólo la simbología y nada más, pero él probablemente tenía algo más que transmitir. Cogió la materia y la elevó. Después cogió el cáliz con el líquido dentro y a continuación lo bajó, despedazó el pan, lo abrió y acto seguido lo volvió a reunir. «Y haced esto en conmemoración mía.»

Lo que él transmitió fue quizá una cuestión de unión de materias... la Comunión, precisamente. El que te unes con el otro. Entonces me pregunté: «¿Qué es el cáliz, a fin de cuentas?». Representa al *santo grial* con el cáliz. ¿Pero quién dice que no se trata de algo más? Podemos reflexionar sobre ello, hacer todo tipo de conjeturas; probablemente haya documentos que hablen de esto, documentos que no conocemos. ¿Tú qué crees? ¿De qué escritos se trata? ¿Has leído el *Código da Vinci* cuando habla del abad que encuentra este tesoro y que luego se hace rico inexplicablemente? Quién sabe, quizá si un personaje de este tipo existió realmente pudo

haber escrito documentos de este tipo. El abad de la novela adquirió un poder inmenso tras haber encontrado estas cosas.

Volviendo a mis apuntes, recuerdo que se trataba concretamente de los cuatro elementos que, a través de un procedimiento específico, llevaban al quinto. Y al repetirlo de otra forma, se llegaba también a este último.

La simbología de la Comunión... Cuando Jesús hizo la Comunión con los apóstoles , ¿crees que sólo fue un gesto simbólico?

No lo sé.

¿Crees que se limitó a decir «tomad el pan, tomad el vino, éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre»?

No lo sé.

Yo estoy segura de que hay otro significado. He llegado a la conclusión, difícil de explicar para mí, de que el *santo grial* es en realidad algo mucho más complejo de lo que se ha dicho hasta ahora. El *santo grial* no son documentos, no es María Magdalena como dice Dan Brown en el *Código da Vinci*. En el

pasado no hemos sido capaces de entenderlo, y mucho menos en la época de Jesucristo.

Estoy segura de que no he descubierto nada, sólo he advertido e intuido algo. Habrá quien lo sepa. Yo, como no soy una experta, he seguido al pie de la letra lo que estaba escribiendo y puesto que todo es una relación matemática o geométrica, me ha costado un gran esfuerzo.

Creo que esto, junto con la historia de L'Arcobaleno, forma parte de tu locura.

De mi locura, sí.

¿Poner en relación el santo grial con las canciones de Lucio Battisti es un poco loco, no?

Pero no tienen que ver entre sí.

Tienen que ver contigo. Una persona como tú, con una sensibilidad tal que consigue relacionar el todo partiendo de un detalle mental, de una intuición, y construye un mosaico a través del cual encuentra a un hombre enterrado bajo dos capas de cemento, o encuentra a una niña secuestrada, etc... Bueno, son cosas extraordinarias e interesantes que sorprenden. Este asunto de Battisti no me interesa

tanto, parece que te dediques a los cotilleos y las cancioncitas, pero luego vas y pones sobre la mesa el grial, la eucaristía y sus secretos... bueno, es desconcertante. ¿No crees?

Esto de la fórmula me sucedió entre *L'Arcobaleno* y las demás canciones que saqué. Se presentó de repente. Me puse a dibujar geoméricamente los puntos conectados con letras, con números y enseguida comprendí que eran los cuatro elementos y que luego había uno central y que estaba este movimiento. Eso es, así ves por qué tenía que ir hacia arriba, luego hacia abajo, luego despedazarse y luego volver a unirse.

Que además es el signo de la cruz, ¿ no?

Exactamente.

El quinto punto es la unión entre la horizontal y la vertical. Entre el espíritu y la materia, y por lo tanto es la vida.

Exacto. Recuerdo que me volvía loca uniendo los puntos. Como cuando me di cuenta de que los números de las canciones eran notas. Aquí, en cambio, estos números y estas letras no tenían nada que ver con ninguna canción, era una cosa completamente distinta. Era algo geométrico, una expresión matemática con movimientos precisos.

La frase de Jesús, cuando levanta el cáliz y dice a los apóstoles «haced esto en conmemoración mía»... no es casualidad que Leonardo da Vinci representase *La última cena*. Ahora es un hecho que Dan Brown ha llamado la atención del público sobre la Magdalena, pero en mi opinión no quería llamar la atención sobre la Magdalena, sino sobre lo que Jesús les enseñó a los apóstoles: la Comunión. Y la Comunión significa muchas cosas. Él dijo: «Ésta es mi carne y ésta es mi sangre». Es decir, ésta es mi vida. ¿Y él que hace con la vida?

Muy bien, ¿pero qué quiere decir?

Es una fórmula mediante la cual (yo no llego para nada) se puede llegar a entender algo increíble: quizá algo que está relacionado con... ¿la materia?

¿Qué quiere decir?

¿A la materia orgánica?

¿Y eso qué quiere decir, que puedes reproducir al hombre a través de una fórmula?

No. Pero me quedo aquí, no sé cómo continuar. Es una pregunta que hay que plantearle a un experto. Pero podemos imaginarnos para qué sirve la materia viva. ¿No te parece?

¿Estás especulando sobre una especie de inmortalidad?

Leemos que Jesús dijo: «La última en ser vencida será la muerte». Pero, sabes, nosotros somos unos primitivos. Yo todavía estoy segura. Me dan ganas de reírme, de lo segura que estoy. También en este caso he sentido un todo que no está completo porque yo no soy capaz de llegar al fondo de esta cuestión a causa de mis límites, pero sencillamente he sentido algo que seguro que alguien más ya sabe. Pero se cuida mucho de hacerlo público.

¿Por qué?

Ah... en fin. Si escribimos esto, me atacarán. Si Dan Brown ha sido atacado por decir cosas sobre María Magdalena, figúrate si yo voy y digo...

No creo que haya sido atacado por eso. ¿Qué es lo que ha molestado?

La Magdalena.

¿Y no lo que ha escrito sobre el Opus Dei?

Sí, también ha molestado al Opus Dei, pero el Opus Dei se defiende solo. Ha molestado lo de María Magdalena, el decir que Jesús estaba casado con la Magdalena y que tuvo descendencia. Eso es lo que no se ha tolerado.

De todas formas, son cosas que no se pueden demostrar.

Pero tú ya sabes cuál es mi opinión sobre ese libro. Es un mensaje para quien pueda entenderlo. Como en la *Última cena* de Leonardo da Vinci. Hay un mensaje destinado a unos pocos, pero es un mensaje público. Allí ves la última cena, ves a Jesucristo haciendo la Comunión. Pero si alejas la vista ves que está la Magdalena, así que enfocamos la vista en la Magdalena. Pero hay gente que sabe que se intenta decir otra cosa. ¿Por qué lo hizo? Lo hizo porque tenía sus motivos y de todas formas estoy convencida de que *El código da Vinci* fue escrito con un propósito muy concreto y que detrás de ello no está sólo Dan Brown.

Esta fórmula es algo que me tortura desde hace años. Es como la máquina de mi padre. Mi hijo dice que es todo de un misticismo incomprensible, que un físico no sacaría nada en limpio porque es un lenguaje incompatible con el de la ciencia.

Tú has escuchado las piezas musicales ¿no? Esa música ha nacido de números y parece imposible. Has visto los folios ¿verdad? Son un conjunto de números puestos ahí y que no parecen significar nada. Yo puedo explicar el procedimiento, cómo he llegado hasta ello. He seguido un código y ha surgido esa música. También esto es un código.

El código de la Guidelli [risas].

El *Código da Vinci* de la Última Cena... quien tenía que entenderlo lo ha entendido, los demás tenían que desviar la vista... ¿y dónde la han dirigido? Hacia la Magdalena, tan escabrosa es la historia que distrae la atención. En todo caso, esto es sólo un pequeño apunte. No seré yo la que haga y deshaga. Espero llegar a entender un día lo que significa todo esto. *Cum grano salis...*

EPÍLOGO

Es obvio que en un librito de esta naturaleza no es posible explicar las cosas como una querría, ya sea porque hay poco espacio, ya porque el tiempo es un tirano. Faltan muchas historias, muchas anécdotas que surgieron mientras se contaban otras experiencias y que lamentablemente no han hallado su espacio en estas páginas, por ahora. Pero estoy segura de que este humilde relato de algunos episodios importantes de mi vida puede servir no sólo para aclarar algunos puntos que habían quedado sin resolver desde hace muchos años, a causa de incomprendiones, malos entendidos, rumores, maledicencias y falta de tacto, pero también puede ayudarme a deshacer algunos nudos de mi pasado. Porque, ya se sabe, a menudo el narrar no se limita exclusivamente a un propósito de entretenimiento, sino que es una forma de terapia para el alma. Cuando alguien llega a contarse a sí mismo, puede estarse un poco más tranquilo por el hecho de que el corazón está todavía dispuesto a abrirse, que no nos hemos cerrado todavía del todo, a pesar de los golpes de la vida. Por eso, pido perdón si he citado cosas y personas que han aparecido en mi vida, pero sentía una tremenda necesidad de extraer de mi memoria los más pequeños matices de mi vivencia. Algunos se preguntarán ¿para qué? ¿Qué nos



importa a nosotros de la vida de la señora Guidelli? Pues bien, yo les respondo que en mi pequeño ámbito siento que he vivido cosas y hechos dignos de ser compartidos, que quizá parezcan descarnados, poco actuales o absurdos: para mí no lo son y creo que tampoco para muchas otras personas que quizá hayan oído o leído parte de estos hechos y que luego se hayan quedado sin conocer la continuación «del episodio», así como para aquellas personas que ignoran todo esto porque quizá, quién sabe, podrán sacar alguna idea útil o interesante.

Por otra parte, siempre hay algo que aprender de la experiencia humana.

Después de haber colaborado con las autoridades en numerosos casos de secuestro, Paola ha decidido, para siempre, escribir la palabra FIN a este tipo de compromiso.

Bibliografía

Fritjof Capra, *Il Tao della Fisica*, Ed. Adelphi, Milán, 1989.

Eduardo Punset, *Cara a cara con la vida, la mente y el universo*, Ed. Destino, Barcelona, 2004.

Mark Amaru Pinkham, *Los Guardianes del Santo Grial*, Ed. Robinbook, Teià, 2006.

"Promozione dei Talenti - un'istanza democratica"
<<http://web.ticino.com/giovannigalli/APCseda.html>>

"Che stupido quel genio"
<<http://espresso.repubblica.it/dettaglio/Che%20stupido%20quello%20genio/1293487/2>>

"La bimba prodigio sopravvissuta alla madre"
<<http://www.ilgiornale.it/a.pic1?ID=171027>>